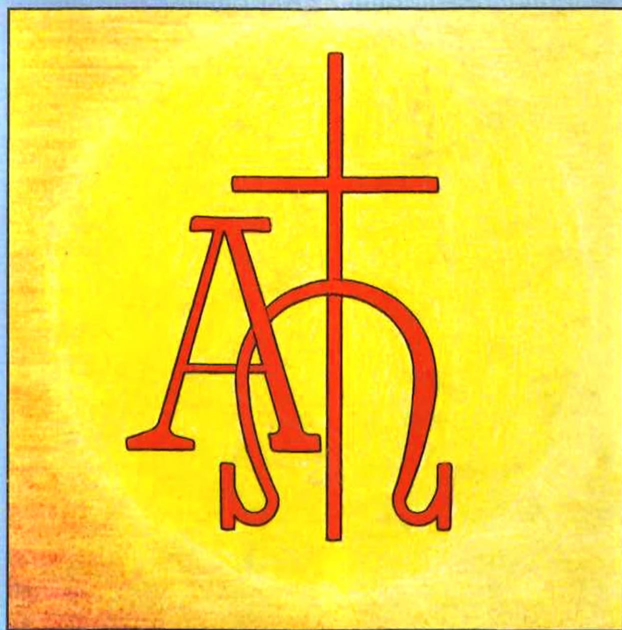
CARLOS STEFFENS SOLER

LA HISTORIA SEGÚN LA SANTA BIBLIA

HISTORICIDAD DE LOS PRIMEROS CINCO LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO - PENTATEUCO



EDICIONES GLADIUS



El Dr. Carlos Steffens Soler nació en la estancia "Maipú" de propiedad de su señora madre, ubicada en Coronel Suárez, provincia de Buenos Aires, que entonces tenía un nombre político porque el coronel Suárez había sido hombre del general Lavalle; pero que entonces se llamaba Sauce Corto, en donde su abuelo fundó la estancia "San Gregorio" en la cual solía residir el general Roca que entonces tenía campos por esos pagos y no tenía casco.

Sus estudios de abogacía los realizó en el viejo edificio de la calle Moreno, donde funcionaba entonces la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Dedicó su vida al ejercicio de la profesión de abogado; excepcionalmente ocupó cargos públicos: así fue abogado de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, abogado Jefe de Cobradores Fiscales y ministro de Gobierno, de Educación y Culto en la provincia de Santa Fe, siendo gobernador el coronel Arturo P. Saavedra.

Tenía 35 años cuando intervino en la polémica que se había trabado entre el Dr. Lisandro de la Torre y monseñor Gustavo Franceschi, director de la revista "Critrerio"; en varios números de el diario "La Fronda", se publicó una refutación al libro del Dr. de la Torre con motivo de esa polémica, que éste no pudo contestar a pesar de que el diario "La Fronda" lo invitó insistentemente a que lo hiciera. Esta refutación del Dr. Carlos Steffens Soler se intitulaba: " El Dr. Lisandro de la Torre - Monsieur Homais 1937". Con posterioridad el P. Leonardo Castellani reprodujo este trabajo en la revista "Jauja". En 1987 se volvió a imprimir en Editorial Imprenta "Encestando", Avellaneda 869, Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires.

P. Víctor A. Sequeiros

CARLOS STEFFENS SOLER

LA HISTORIA SEGÚN LA SANTA BIBLIA

HISTORICIDAD DE LOS CINCO PRIMEROS LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO - PENTATEUCO

GLADIUS

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Con las debidas licencias.
I.S.B.N. 950-9674-41-9

PRÓLOGO

Entre los años de 1953 y 1960 cursé las carreras de abogacía y del profesorado de historia en la Universidad Nacional de La Plata. Tuve allí excelentes educadores, cuya nómina no expongo a fin de no incurrir en injusticias nacidas de deslices de la memoria. Empero, con vistas al propósito con que ahora escribo, no puedo omitir los casos de dos profesores que despertaron mi admiración por su método didáctico. Uno, en la Facultad de Derecho, fue el Dr. José María Rosa (h), orador elocuente, quien para sortear las acechanzas que le tendían los directivos de los alumnos izquierdistas limitaba la bibliografía que usaba en clase al Registro Oficial de la República Argentina. Procedía él a hacer que sus más rencorosos impugnadores tuvieran a su cargo la lectura de las leyes y decretos que controvertían la mitología liberal de la historia constitucional argentina, tesis denominada del "Dogma Mayo-Caseros". Los forzados colaboradores en la liquidación de la "leyenda roja" se revolvían de rabia ante un sistema pedagógico que sólo les dejaba el remedio de morderse los codos. En el piso de abajo, en la Facultad de Humanidades, se reiteraba la inquina de los sujetos del mismo jaez frente a las clases que de "Historia del Antiguo Oriente" dictaba el Dr. Carlos Steffens Soler. Este había adoptado un modo de enseñanza más original y polémico todavía que el de su colega de Derecho. El programa de la asignatura continuaba siendo el mismo que elaborara su antecesor en la cátedra, un evolucionista que no había perdonado ninguno de los tópicos consabidos del materialismo agnóstico. Steffens exigía al alumnado el conocimiento previo de los libros básicos indicados por su predecesor, o lo suplía con lecturas fragmentarias en el aula, a cargo de los asistentes. Después él extraía de entre el fárrago de sus papeles artículos publicados en revistas científicas euro-

peas o norteamericanas en los que los propios autores de aquellas obras se rectificaban, total o parcialmente. Lucien Levy-Bruhl, Máspero, Kroeber, Renán, Wellhausen, Henry Beer, Lods, y tantos otros positivistas antibíblicos eran así sentados en el banquillo para que demolieran todos y cada uno de los supuestos fácticos y teóricos de sus hipótesis naturalistas. El asombro consternaba a los ateos militantes, quienes en los pasillos -ya que no en el aula donde se quedaban mudos de indignación- se desquitaban vociferando contra el catedrático que de tal forma los anonadaba.

El odio y la impotencia intelectual fue, sin duda, los que inclinaron a tales agitadores -y sus mentores ocultos- a reclamar el desalojo prioritario de los profesores Rosa y Steffens a fines de 1955; sin que pudieran invocar para el atentado académico ni tan siquiera la menor colusión de los damnificados con el régimen universitario y político que por esos días caducaba. Al contrario, dejaron intocado al ex Decano (Dr. Agoglia), quien quizás mantendría buenos contactos secretos con el "gorilismo" liberal y marxista que acababa de asaltar los cargos de esas facultades. Los concursos posteriores se adecuaron a los precedentes africanos (recuérdese al respecto el trabajo de Raymundo Pardo que lo documentó). Prebendantes y prebendarios del estropicio prosiguieron en adelante con su sectarismo cerril e impúdico, cual tolerante discípulos de Voltaire, haciendo suyo el dístico de Nuñez de Arce: "El libre pensamiento proclamo en alta voz, / ¡y mueran los que no piensan como yo!"... Y la Universidad platense se privó de la más selecta pléyade cultural que enseñó en sus aulas.

Mas, dejando de lado las tristes faenas de esas olvidables hordas de beocios manipulados por las logias, que nada han creado puesto que su único arte conocido es el de la destrucción y su móvil excluyente es el del resentimiento, volvamos la mirada hacia don Carlos Steffens Soler.

Ante todo deseo registrar que tuve la extraordinaria suerte de contarme entre los beneficiarios de sus notables lecciones. Esto me vino de perlas, ya que unos pocos años antes -por influjo de mis maestros mendocinos- había retomado la fe de mis mayores y deseaba pensar conforme a ella. Quería disponer de una cosmovisión congruente que integrara los conocimientos de las esencias de la filosofía perenne (adquiridos en clases vocacionales) con los datos del orden existencial brindados por los arquetipos históricos. De ahí que una de las enseñanzas de Steffens que más hondamente me conmovió fue ésta de que el cristianismo, en tanto que patrimonio humano, no podía ser una religión intemporal o inespacial, sino que estaba metida, incrustada,

inescindiblemente en la historia de nuestra civilización. Que, por ser una Verdad que era al mismo tiempo Vida y Camino, necesariamente discurría en la historia y se transmitía conforme a ella; por modo tal que para los creyentes actuales nunca sería irrelevante el contexto pretérito en que el mensaje salvífico se había encarnado. Asimismo, que como gran parte de ese pasado trascendente se enmarcaba desde el Patriarca Abraham hasta la "plenitud de los tiempos" (Gál. 4,4), o sea hasta el advenimiento del Redentor, resultaba de importancia capital el estudio de la Biblia. Luego, si en las Sagradas Escrituras estaba contenida la porción histórica imprescindible y paradigmática para modelar nuestra conducta temporal presente y, de consiguiente, para aspirar a nuestra salvación eterna, caía de su peso que debíamos partir de una certidumbre: del valor histórico de los Testamentos, o, para decirlo con el título del libro de Werner Keller, que "la Biblia tenía razón".

En este punto principal es donde brillaba la erudición de Steffens Soler. Desde los detalles técnicos de los hallazgos de Charles Leonard Wolley en la Ur caldea y sumeria, coincidentes con los de Herbert Stephen Langdon en Kis y Jemdet-Nasr, con los depósitos sedimentarios dejados por el Diluvio, pasando por las tablillas de Tell el-Amarna y Nippur o las estelas de Lagash, los paralelismos cananeos de Ugarit-Ras Shamra, los bajo-relieves de Lakish-Tell el-Duweir, descubiertos por James Lesley Starkey, o la biblioteca real hitita de Boghaz Keui (Winckler y Hrozny), los templos semíticos del Sinaí (Sir Flinders Petrie), las caballerizas del rey Salomón en Megiddo (G. Schumacher), las murallas de Jericó (John Garstang), hasta los manuscritos de los esenios -rollo de Lamec- encontrados en las cuevas de Khibert y Wadi Qumram en 1952, todo eso y mucho más nos era exhibido por nuestro orientalista a fin de informarnos de la constante y creciente verificación de la historicidad del relato bíblico. Nada quedaba de la hipotética "imposibilidad histórica" de los hechos que la Biblia narra, mentada por Julius Wellhausen y la escuela germana de la "Alta Crítica". Y volvía a cobrar todo su vigor apologético el pensamiento de Blas Pascal: "Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob... Certidumbre-Certidumbre...Dios de Jesucristo".

Si eso era así, como lo era -y nosotros tuvimos ocasión de actualizar modestamente esas lecciones con nuestro trabajo "Historia y Biblia (la arqueología del antiguo cercano Oriente)", Mza., Fac. de Ciencias Políticas y Sociales, U.N.C., 1980-, ¿qué mella podrían hacernos en el futuro los alegatos necios de los anticlericales decimonónicos o de esos clérigos de vasta (y basta) ignorancia que desinteresados de la realidad histórica repetían machaconamente que los Testamentos sólo servían

para esclarecer situaciones del presente? Si la Biblia es histórica y la historia está en la Biblia: ¿qué nos importaría que incrédulos y fideístas continuaran predicando las amañadas y arcaicas leyendas del transformismo evolucionista o cualquiera otra de las cronolatrías progresistas arrancadas de los albañales de la Modernidad?

También, encima del legado científico objetivo, aprendí del profesor Steffens una otra cuestión fundamental, referente a la integridad de la Verdad.

Él había escrito en su ensayo "Mitología e Historia" ("Trabajos y comunicaciones", Dpto. Historia, Fac. Humanidades, U.N. de La Plata, 1954, Nº 4) que la sustancia de la negación evolucionista de la Biblia residía "en negar lo sobrenatural, tanto en el comienzo de los tiempos, como durante el transcurso de la historia... en no reconocer nada sobrenatural ni nada suprahistórico".

Se trataba del pecado de "naturalismo" del que padecían muchos que se titulaban cristianos, por autosuficiencia filosófica o por cobardía moral.

El acoquinamiento, disimulado de "prudencia" (carnal, se entiende), se solía basar en las circunstancias riesgosas en que nos ha tocado vivir. Dado el reino indisputado del espíritu de iniquidad neopagana en los Tiempos Modernos, en el mundo occidental en general, y de modo más circunscrito en esta Argentina contemporánea, dependencia y vaciadero de cuanta chatarra herrumbrada se fletara desde los centros imperiales de corrupción intelectual, política y económica, habría que ser muy cauteloso en la forma de proponer un mensaje religioso o patriótico. Y, entre tales precauciones, se destacaba la de no hablar de lo sobrenatural, especialmente por los historiadores.

Debo confesar que por esa época no había leído el Breve "Saepenumero Considerantes" de S.S. León XIII (del 18.8.1883), el cual ante "la conjura de los hombres contra la verdad" en que se había tornado la ciencia histórica, recomendaba: "Hay que esforzarse enérgicamente en refutar las mentiras y falsedades, recurriendo a las fuentes... Es necesario que la Iglesia se defienda y que fortifique con más cuidado los flancos atacados con mayor violencia. Es necesario, en síntesis que para un católico cabal y bien nacido, la primera ley de la historia sea no osar mentir, y la segunda, no tener miedo a decir la verdad".

Tampoco conocía el opúsculo "El sentido cristiano de la historia" (trad. Bs. As., Iction, 1984), cuyo autor era el restaurador de la vida monástica benedictina en el siglo XIX, el abad de Solesmes Dom Prosper

Guéranger. Pues allí se subrayaba el peligro para los historiadores católicos de no confesar lo que creen y aparentar imparcialidad. "¡Como si le fuera permitido al cristiano ser imparcial cuando se trata de la fe y de sus aplicaciones!", decía. La historia, añadía Don Guéranger, "es el gran teatro donde se produce lo sobrenatural", por lo que el juicio histórico debe mostrar "el principio sobrenatural como rigiendo y explicando todo", puesto que el expositor cristiano "no es libre para juzgar de otra manera". La hibridez naturalista -agregaba- "se reconoce en un libro, cuando el autor finge velar la acción de Dios para destacar la acción humana; cuando se apega a las ideas filosóficas de Providencia, en lugar de proclamar el orden sobrenatural". Una obra escrita con ese criterio, "aunque fuese de un católico, es siempre un escándalo". Por lo tanto, su consigna final era ésta: "Es preciso pues resolverse a chocar, o, si no se tiene valor, abstenerse de escribir historia".

No contaba, como dije, con el auxilio de esos textos luminosos. No obstante, sí dispuse del testimonio vivo y del ejemplo actuante de mis buenos educadores universitarios. Y no el menor entre ellos el de Don Carlos Steffens Soler. Su estilo y su talante combativos no han sido desmentidos jamás. Puede afirmarse que si algún peligro no corre es el de ser vomitado de la boca del Señor por tibio. Bien podría haber puesto él de epígrafe a su obra este parágrafo de Bossuet:

> "Venir a hacerme el neutral o el indiferente por el hecho de estar escribiendo una historia y disimular lo que soy cuando todo el mundo lo sabe y yo me enorgullezco de ello, sería buscar en el lector una ilusión demasiado grosera".

Porque este libro que ahora queda a disposición del público es recto, honesto, fundado y valiente; científicamente serio y cristianamente comprometido; tal cual deben ser las páginas salidas de la pluma de un escritor católico en estas catacumbas de fines del siglo veinte, en este tiempo tan indigente que los conciliacionismos con su contracultura sólo suenan a puerilidad bastarda cuando no a medrosidades incalificables.

Y eso es todo cuanto diré del volumen que me toca prologar por inmerecida distinción de su autor. "La Historia según la Santa Biblia" no requiere ni acepta de otras introducciones ni de síntesis explicativas. Se basta a sí mismo, y queda en manos del lector aprovecharse de su contenido cuanto antes.

Lo que a mí me incumbe es consignar una vez más mi entero agra-

decimiento a Don Carlos Steffens Soler por su dilatada lección magistral de vida y de obra intelectual; por haber predicado siempre, oportuna o inoportunamente, con la edificante caridad de la Verdad. Que así conste.

Enrique Díaz Araujo
Mendoza, junio de 1997

DOS PALABRAS NECESARIAS RELACIONADAS CON ESTOS APUNTES, QUE TRATAN DE LA HISTORICIDAD DE LOS CINCO PRIMEROS LIBROS DE LA BIBLIA

Estos capítulos dedicados a la historicidad del Pentateuco, necesitan una explicación, porque el tema es complicado; en el siglo XIX el positivismo que se consideraba científico había excluido lo sobrenatural de la ciencia, en una forma terminante y hasta agresiva; y el Génesis bíblico es sobrenatural desde el principio hasta el fin; cuando en 1859 apareció la obra de Darwin, recibida y propagada jubilosamente por los del positivismo, el acceso a la historicidad del Pentateuco se hizo imposible porque teníamos que someter su historia a los tres estados que había inventado Morgan: salvajismo, barbarie, civilización, salvo naturalmente la fe religiosa que hasta bien entrado el siglo XVII aceptó el relato tradicional sin preocuparse de buscar explicación a los misterios que residen en el relato bíblico. La historia de Bossuet todavía sobrevivió hasta más allá de esa época. Shakespeare, Dante Alighieri, Cervantes, Lope de Vega, Molière y otros muchos, creían en ella.

Después la incredulidad se apoderó del mundo católico, se planteó el problema entre la ciencia y la religión y se hizo burla del relato bíblico; apareció el ateo militante que emprendió una campaña contra el atraso sostenido por la Iglesia que impedía el progreso de la ciencia; se exigía la verosimilitud al relato bíblico, aunque no estaba escrito en parte alguna que el mundo tenía que haber sido hecho de una manera que a nosotros nos pareciera verosímil. Fuimos víctimas de la verosimilitud; Levy Brhul sostuvo al término de su vida la paradoja de que la citada

verosimilitud conducía al error .

En el siglo XX ocurrieron dos cosas completamente imprevistas: en el microcosmo las cosas sucedían de una manera asaz distinta de lo que ocurría en el macrocosmo: el principio de causalidad y las leyes inviolables que regían al mundo y que habían servido para destruir la historicidad del Pentateuco, cayeron verticalmente; por otra parte, las excavaciones hechas en el Cercano Oriente pusieron al descubierto civilizaciones arcaicas en las que no funcionaba de ninguna manera ni el positivismo científico ni la evolución; no se encontraban edades de piedra pulimentadas o no pulimentadas.

Se podía suponer que el mundo que había caído en el materialismo y en la incredulidad, reaccionara y aceptara que la ciencia no puede ya negar el milagro, cosa que no ocurrió; de manera que todos los autores que describen las excavaciones en el Cercano Oriente siguen creyendo en el positivismo científico y en el evolucionismo, que para ellos eran dogmas que necesariamente tenían que encontrarse en los pueblos sumerios, babilónicos, egipcios y otros.

Al invocar yo a los autores que están investigando en las excavaciones en el Cercano Oriente, tendría en cada caso que demostrar el error en que incurren, lo cual alteraría la exposición de los hechos, de manera que he dejado para los capítulos finales las impugnaciones al positivismo científico y al evolucionismo, que corren por mi cuenta.

En el año 1950 se nos concedió a los profesores un cuarto de hora en la radio que funcionaba en La Plata; yo aproveché para hacer una síntesis de lo que estaba enseñando; va agregado a estos apuntes, antes del Capítulo Primero.

Antes que yo, el profesor Abraham Rossenvaser ocupó la titularidad de la cátedra del Mundo Antiguo, y sostuvo la falta de autenticidad del Pentateuco, que como sabemos es la Torah de los judíos; ningún católico le salió al cruce, ni tampoco los rabinos ortodoxos que no creen en el evolucionismo.

Estos capítulos son una síntesis del curso de Historia del Mundo Antiguo, que dicté allá por el año 1950 en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata; y conservan su estilo y no pocas expresiones de lo que dije en clase.

La fe se convirtió para mí en algo primordial y decisivo el día que leí, estudié y medité el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo y acerca de la creación del hombre por Dios Padre, en estado de ciencia y de conocimiento.

Pero yo no había advertido al redactar la síntesis de mis apuntes -

lerdo de inteligencia que soy- que la posición de los católicos evolucionistas, que lamentablemente los hay, importaba la negación del Génesis bíblico en cuanto allí queda bien establecido que Dios Padre creó al hombre en el estado de ciencia y de conocimiento, de ciencia en el sentido de sabiduría, se entiende; y en consecuencia no traté el asunto en sí mismo aunque lo hice en mis clases.

Cité entonces y voy a volver ahora por su importancia a la posición de A. Robert y A. Tricot porque son profesores de Escritura Santa en el Instituto Católico de París; la tesis evolucionista la sostienen en la obra "Initiation Biblique-Introduction à L'Étude Des Saintes Écritures" y sólo cuentan con una Carta-Prefacio de S.E. el cardenal A. Liénart, "évêque de Lille"; y felizmente no aparece todavía el *nihil obstat* y el *imprimatur* de la Iglesia.

Los autores citados son evolucionistas, en el sentido que Darwin le dio a esa palabra, es decir, el significado de transformación de las especies hasta llegar al hombre; la palabra evolucionismo está, pues, mal empleada, porque la evolución que nadie niega es la del estado de huevo; un huevo de gallina fecundado a los veintiún días produce un pollito, no un caballo de carrera; Darwin ha conseguido y de mala fe que hoy evolución y transformismo sean sinónimos; y digo de mala fe, porque todos los argumentos de Darwin sólo prueban el proceso evolucionista pero no el transformismo; jamás ha intentado demostrar cómo se produce biológicamente la transformación de un mono en hombre; Darwin es más bien anti-inteligente y ha engañado también a la gente anti-inteligente.

Digo esto porque Robert y Tricot hablan de un "evolucionismo moderado" (pág. 514); el adjetivo moderado es aplicable a cualquier cosa menos a la transformación de un mono o de un ascendiente del mono en un hombre; también hablan de una "cierta evolución": hay, pues, camándula.

Desde luego niegan la creación *ex nihilo* del hombre; Dios Padre en presencia de un proceso de evolución habría inyectado el alma a un ser que siguió evolucionando, sin decir qué es lo que era ese ser: un zulú, un australiano, un pigmeo, etc.; que hoy sabemos que son pueblos atrasados pero no los primitivos que han evolucionado hasta nosotros como lo pregonan los incrédulos; los primitivos son los sumerios, los babilonios y los egipcios que vivieron miles de años antes de Cristo, siempre en estado de ciencia y conocimiento; la historia de estas altas civilizaciones arcaicas no los describe a los sumerios ni a los babilonios y egipcios como pueblos en un proceso evolutivo; y estos primitivos -los auténti-

cos- no vieron llegar a los hombres de Darwin; es pues, ridículamente inútil, que Robert y Tricot pretendan probar que alguna vez existieron; por lo demás, no se han referido para nada a la opinión del famoso etnólogo alemán Franz Boas que demuestra brillantemente que el evolucionismo darwiniano no ha existido porque faltan las secuencias históricas indispensables para justificar el proceso.

Robert y Tricot atropellan al Génesis Bíblico con olvido que la Revelación es de interpretación literal como lo ha declarado la Iglesia.

Dice el Génesis: **"Y por fin dijo: Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra... Creó, pues al hombre a imagen suya: a imagen de Dios lo creó... Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, e inspiróle en el rostro un soplo de vida y quedó hecho el hombre con alma viviente... Formado, pues, que hubo de la tierra, el Señor Dios trajo todos los animales terrestres y todas las aves del cielo, los trajo a Adán, para que viese cómo los había de llamar y en efecto todos los nombres puestos por Adán a los animales vivientes, ésos son sus nombres propios. Llamó, pues, Adán por sus propios nombres a todos los animales"...**

El diálogo de la serpiente con Eva sobre el bien y el mal, es un diálogo filosófico planteado a una mujer inteligente.

Todo esto demuestra que Dios habló largamente con la pareja, desde luego con amor porque eran una creación suya hecha a su imagen, que evidentemente no podía ser de un zulú ni cosa parecida; la indignación de Dios frente al pecado de la pareja que fue grande: maldijo por Adán la tierra; todo lo cual demuestra que la pareja estaba en estado de ciencia y conocimiento.

En definitiva, lo que han negado Tricot y Robert es el significado del pecado original que por vía de Adán y Eva llegó hasta nosotros.

Hay una aristocracia cristiana precisamente porque alcanza el significado de lo sobrenatural y a esto pueden aspirar aun los humildes, pero no los sabios de ciencias humanas como Robert y Tricot, que yo diría que son dos ateos que se ignoran.

Los autores antiguos ciertamente no dudaron de que Dios creó al hombre en estado de ciencia y de conocimiento; hay unanimidad; la estupidez evolucionista no había aparecido aún; no es necesario que lo cite, pero voy a hacer una excepción con el Eclesiástico, ese gran libro que así se llamaba por el buen uso que la Iglesia hizo de él y que sobre el punto dice lo siguiente:

"Dios creó de la tierra al hombre,
y formólo a imagen suya...

Y lo revistió de virtud
conforme a su ser,...
Y le dio potestad sobre las cosas
que hay en la tierra...
Formó Dios una ayuda semejante a él;
dióles a entrambos razón y lengua...
e ingenio para inventar
y los llenó de luces del entendimiento.
Creó en ellos la ciencia del espíritu;
llenóles el corazón de discernimiento
y les hizo conocer los bienes y los males..."

Algo más he hecho en defensa de mi Iglesia; en 1937 el Dr. Lisandro de la Torre, ateo escandaloso, tuvo la polémica con Monseñor Franceschi, quien no pudo redargüir ninguno de los malos argumentos del ateo y se limitó a exponer sus creencias personales; de la Torre publicó un libro que contenía los argumentos que había dado en la citada polémica; cuidó de decir que le había ofrecido a Monseñor Franceschi la publicación de los suyos y éste no había aceptado.

De la Torre rebajó el asunto e insultó a la Iglesia y a sus sacerdotes y nadie contestó; el libro del Dr. De la Torre fue un best seller; y entonces lo hice yo en el diario "La Fronda". Descubrí que en el clero argentino hay un vacío histórico impresionante; no tienen ni una ligera noticia de las guerras religiosas que agitaron al mundo y al país; ni tampoco de la lucha heroica de los católicos en la Edad Media para salvar milagrosamente a la Iglesia: estudian filosofía y teología y las grandes verdades y los sólidos argumentos están en el campo de la historia.

Eso es lo que me llevó a aceptar una cátedra de Historia del Mundo Antiguo en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de la Plata; a eso me dediqué con espíritu polémico y los resultados son las clases que dicté en dicha Universidad; coseché dos buenos frutos: un alumno mío, el Dr. Enrique Díaz Araujo, hombre de mucho talento y de copiosa información, publicó oficialmente en la Universidad de Cuyo una síntesis de mis clases dictadas en La Plata, agregando también un trabajo suyo sumamente importante: la crítica al evolucionismo de los católicos; otro discípulo mío, después Ministro de Educación del General Onganía, Pérez Guilhou, al visitar el Superior Tribunal de Justicia de San Luis, me encontró allí e inmediatamente hizo las gestiones necesarias para que la Universidad de Cuyo me contratara para dictar allí un curso de Historia Antigua, que por razones de salud no pude concluir.

Creo que soy el único profesor católico que ha estudiado la historicidad

del Pentateuco en una universidad argentina: el trabajo es por lo menos original, no hay imitación.

Abona generosamente esa historicidad, el desenvolvimiento de una humanidad inteligente que explica el comienzo de la cultura, sin el enigma superimbécil que se debate desesperadamente en la prehistoria, que atribuye al analfabeto la invención del alfabeto; siendo así que éste no aprende a leer ni a escribir -como está ampliamente demostrado- sin que alguien le meta obligadamente en la cabeza el alfabeto, precisamente.

Una tradición milenaria que Platón recuerda en el Fedro, le atribuye los signos de la escritura al dios Toth y la sabia crítica a la escritura y a lo que es nuestra enseñanza universitaria, a un legendario rey egipcio.[1] Los signos de la escritura como los mandamientos vienen de lo alto; esto es lo que dice la sabiduría antigua que, aunque linda con lo sobrenatural, mantiene un orden lógico; porque no atribuye la sabiduría a la mala bestia transformada en hombre; hipótesis -sin duda- siniestra.

La humanidad después de la creación empezó su carrera sobre la haz de la tierra; dice el Génesis que **"Caín conoció a su mujer la cual concibió y parió a Henoc; y edificó una ciudad que llamó Henoc del nombre de su hijo; y vino la descendencia de Henoc... que llega hasta Ada y Sella que tuvo un hermano llamado Jubal, el mismo que fue padre de los que tocan la cítara y el órgano; y Sella también parió a Tubalcaín que fue**

1 "He oído contar, pues, que en Naucratis de Egipto vivió uno de los antiguos dioses de allá, aquel cuya ave sagrada es la que llaman ibis, y que el nombre del dios mismo era Theuth. Éste fue el primero que inventó los números y el cálculo, la geometría y la astronomía, a más del juego de damas y los dados, y también los caracteres de la escritura. Era entonces rey de todo el Egipto Thamus, cuya corte estaba en la ciudad de la región alta que los griegos llaman Tebas de Egipto, cuyo dios es Ammón, y Theuth vino al rey y le mostró sus artes, afirmando que debían comunicarse a los demás egipcios. Thamus entonces le preguntó qué utilidad tenía cada una, y a medida que su inventor las explicaba, según le parecía que lo que se decía estaba bien o mal, lo censuraba o lo elogiaba. Así fueron muchas, según se dice, las observaciones que, en ambos sentidos, hizo Thamus a Theuth sobre cada una de las artes, y sería muy largo exponerlas. Pero cuando llegó a los caracteres de la escritura: "Este conocimiento, ¡oh rey! -dijo Theuth- hará más sabios a los egipcios y vigorizará su memoria: es el elixir de la memoria y de la sabiduría lo que con él se ha descubierto". Pero el rey respondió: "¡Oh ingeniosísimo Theuth: una cosa es ser capaz de engendrar un arte, y otra ser capaz de comprender qué daño o provecho encierra para los que de ella han de servirse, y así tú, que eres el padre de los caracteres de la escritura, por benevolencia hacia ellos, les has atribuido facultades contrarias a las que poseen. Esto, en efecto producirá en el alma de los que lo aprendan el olvido por el descuido de la memoria, ya que fiándose a la escritura, recordarán de un modo externo, valiéndose de caracteres ajenos; no desde su propio interior y de por sí. No es, pues, el elixir de la memoria, sino el de la rememoración lo que has encontrado. Es la apariencia de la sabiduría, no su verdad, lo que procuras a tus alumnos; porque una vez que hayas hecho de ellos eruditos sin verdadera instrucción, parecerán jueces entendidos en muchas cosas no entendiendo nada en la mayoría de los casos, y su compañía será difícil de soportar, porque se habrán convertido en sabios en su propia opinión, en lugar de sabios".

Fedro 274c - 275b

el artífice en trabajos con martillo toda especie de obras de cobre y de hierro" Génesis 4, 17-22).

Es decir, los signos de una alta civilización que está en el comienzo de los tiempos bíblicos, sin haber pasado por la edad de piedra que supone millones de años que no se pueden ubicar en la historia.

Con el diluvio concluye la historia universal; y el Génesis pasa a relatar la historia de Abraham (Génesis 11, 27): dando comienzo así a nuestra Sagrada Biblia, el más valioso aporte a la cultura conocido por el género humano, incluidos ciertamente los Libros Sapienciales, ignorados en nuestra cultura universitaria.

No hay noticias de cómo pasaron las cosas en el mundo después de la Creación y antes del diluvio; el prisma de Wellblunded registra una lista de reyes antediluvianos que reinaron muchísimos años; se ha tratado de buscar una explicación a estas monarquías sin haberlo logrado; pero el prisma existe -está en el Museo de Londres- y las dinastías posteriores al Diluvio parecen exactas.

El Dios de los filósofos católicos es omnisciente u omniscio, palabras que se refieren sólo a Él, es decir, supone la suma de los conocimientos reales y posibles, como dice la Academia; pero el Dios Padre del Génesis se equivoca, se arrepiente y suele ser víctima de unas rabietas olímpicas en su trato con la humanidad, desagradecida, por cierto: **"Viendo, pues, Dios ser mucha la malicia de los hombres de la tierra, y que todos los pensamientos de su corazón se dirigían al mal continuamente, pesóle de haber creado al hombre en la tierra y penetrado su corazón de un íntimo dolor..."** y decretó el Diluvio para extinguir al hombre y a todo lo existente hasta las aves del cielo.

F.W. Schelling en su "Introducción a la Filosofía de la Mitología", ha llevado a cabo uno de los pocos libros sino el único -que yo sepa- que ha dicho algo inteligente acerca de la Mitología; tema éste en que los incrédulos positivistas han logrado decir la mayor cantidad de gansadas posibles, empezando por Voltaire; *sbagliare di grosso*, como dicen los italianos.

Schelling advierte que todos los pueblos del mundo tienen sus respectivas mitologías que son anteriores a ellos y en las cuales creen fervorosamente, de manera que no se puede creer que ellas son un invento, que no explicaría la fe que tienen en ellas.

Yo hice un resumen de su obra que con el título de "Mitología e Historia" se publicó en la Revista *Trabajos y Comunicaciones* de la Universidad Nacional de La Plata; el decano mandó hacer una separata

que fue remitida a todas las universidades del país, y que se reproduce a continuación del presente bajo el título de **"CIENCIA E HISTORIA ANTIGUA"**.

Schelling coloca estos sucesos extraordinarios y a veces inverosímiles, en el comienzo de los tiempos; habla de una humanidad más fuerte que la nuestra que a veces cometía toda suerte de desmanes; el Génesis hace una misteriosa referencia a esos sucesos: **"En aquel tiempo había gigantes sobre la tierra; porque después que los hijos de Dios se juntaron con las hijas de los hombres, y ellas concibieron, salieron a la luz estos valientes del tiempo antiguo, varones de renombre"** (Génesis 6, 2-4).

Esto es todo lo que se sabe de esos tiempos.

El Diluvio fue universal en el sentido de que pereció todo lo que entonces existía; las excavaciones en el Cercano Oriente han permitido establecer que un pasaje del Génesis es rigurosamente histórico; él dice que cuando el Arca de Noé descendió en el monte Ararat, Noé y sus hijos se dirigieron hacia el Oriente y fueron a parar a una planicie que la Biblia designa con el nombre de Sennear, que hoy se ubica entre el Éufrates y el Tigris; allí, continúa diciendo el texto bíblico: **"Como ellos habían partido de Oriente encontraron una planicie en el país del Sennear (o Chinear) y allí se establecieron; y se dijeron los unos a los otros: Vamos, hagamos ladrillos y cocinémolos al fuego; los ladrillos le sirvieron de piedra y el betún de argamasa"** (Génesis 11, 2-3).

El que transcribe este párrafo es Edward Chiéra, profesor de asiriología en la Universidad de Chicago y lo considera rigurosamente histórico porque ha fotografiado los ladrillos encontrados en Ur de los Caldeos que él reproduce en su libro: "Las Tabletas de Babilonia Hablan Hoy Día" (pág. 25).

La historia después del desastre del diluvio empezó luego con Noé y sus hijos, que son evidentemente los sumerios instalados en las proximidades de la desembocadura del Éufrates y el Tigris en el Golfo Pérsico.

Así empieza la historia de la humanidad después del diluvio, que he intentado narrar en los apuntes que tratan de la historicidad del Pentateuco, que sirvieron para mis clases en la Facultad de Humanidades en la Universidad Nacional de La Plata.

Las excavaciones en el Cercano Oriente han llenado un vacío en la historia, porque recién al finalizar el siglo XIX y en el siglo XX se terminaron de descifrar las escrituras egipcias y la escritura cuneiforme que usaron los babilonios y los sumerios.

El Génesis tiene una síntesis histórica de los hijos de Noé, (Génesis 10), una especie de tabla de las naciones o de los pueblos, que empieza así: "Estos son los descendientes de los hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet; y éstos los hijos que nacieron después del diluvio".

Nos interesa a nosotros los descendientes de Jafet, porque uno de ellos habría ido a parar a Grecia; dice el Génesis: ..."éstos se repartieron tiempo después las islas de las naciones y las diversas regiones cada cual según sus lenguas y familias y naciones".

Es interesante consultar la nota de Straubinger al Capítulo 10 del Génesis, porque trae una interesante distribución de los pueblos según cada descendiente de Jafet; Elisa habría ido a parar a Grecia, Tarsis a España, etc.; quedaría así establecida la conexión entre los primitivos sumerios y nosotros los cristianos; Grecia, Roma y nosotros.

Estos son hechos históricos hoy perfectamente comprobados con las excavaciones en el Cercano Oriente; el principio, la Creación, es por cierto sobrenatural, pero a partir de ella se escribe una historia lógica de la humanidad sin que quepan los millones de años de la prehistoria, necesarios para explicar cómo una mala bestia se transformó en hombre y cómo un hombre bruto se transforma en un hombre inteligente.

Es de suponer que Moisés para escribir la historia de los comienzos, consultó la tradición oral entonces existente, que por otra parte coincide con la tradición de todos los pueblos, pues en ella aparece Dios siempre hablando con los hombres.

LA TRADICIÓN COMO FUENTE DE LA HISTORIA ANTIGUA

Palabras pronunciadas por el Dr. Carlos Steffens Soler, Profesor Titular de Historia de la civilización antigua en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de la Plata, en los quince minutos otorgados a la Radio Universidad, La Plata, 1° de diciembre de 1952.

No son pocos los autores profanos que han reconocido que la concepción cristiana de la historia, otorgó al destino de los hombres sobre la tierra un sentido espiritual de inconfundible jerarquía; y que, inclusive, hizo posible la idea de una historia universal; así lo declara Hans Freyer -por ejemplo- profesor de la Universidad de Leipzig.

De "La Ciudad de Dios" de San Agustín, dice Alfred Weber que constituye una grandiosa filosofía de la historia, que brotó de la fe; y Ernest Bernheim señala que fue el cristianismo el primero que trajo consigo el vigoroso principio fundamental de la solidaridad de todos los hombres, como hijos de Dios, unidos todos por la comunidad del pecado original, de la Redención y del juicio final; bajo ella toda la evolución terrestre queda determinada por un grandioso ideal religioso; Erich Kahler añade que tal planteo nos condujo hasta el concepto más espiritual que la humanidad ha alcanzado.

No obstante esta cosecha de frutos óptimos, reconocida con conmovedora generosidad por los historiadores profanos, no sería demostrar una manifiesta inclinación por la verdad si no dijéramos que la concepción histórico-cristiana fue decididamente abandonada como explicación poco satisfactoria para las exigencias intelectuales de los tiempos modernos; y que fue substituida por una investigación de los hechos según sus causas; entendiendo por causas no las sobrenaturales de la historia sagrada, sino las que suministran una explicación estricta

y rigurosamente racional de los acontecimientos.

La tradición como fuente de la historia de los tiempos primeros, llegó de Asia a Europa, por el camino de los cinco primeros libros de la Biblia; es decir el Pentateuco, que hacia el siglo II a.C., aparece traducido al griego en la versión llamada alejandrina o septuaginta; contiene además de una cosmogonía, la historia de la humanidad desde sus comienzos; y particularmente la historia del pueblo hebreo. Está abonada por una larga y respetuosa tradición; y la Iglesia Católica al consagrar los libros canónicos y deuterocanónicos, aceptó la tradición de los judíos alejandrinos.

Sobre esta base bíblica fue construida "La Ciudad de Dios" de San Agustín, que Bernheim llama "el sistema más antiguo de Filosofía Universal y en realidad el primero que pudo ser considerado como tal".

No deja de producir algún desconcierto y cierta angustia, que este árbol milenario, y generoso en buenos frutos, excelentes para la salud, la inteligencia y para la elevación espiritual del hombre, estuviera afirmado sobre las tierras movedizas de un fraude histórico, que no justificaría su permanencia inmemorial en el recuerdo de los hombres.

Sin embargo, no se podría negar que hacia fines del siglo XIX, la crítica histórica había producido una imponente literatura -que según ellos era rigurosamente científica- y que habría demostrado que la tradición bíblica carecía de todo fundamente serio; los cinco primeros libros de la Biblia, no habrían sido escritos por Moisés ni por contemporáneos, testigos oculares de lo que en ellos se cuenta, sino con posterioridad; y su contenido de tipo fantástico, no sería otro que las leyendas que se encuentran regularmente entre los pueblos primitivos.

Paralelamente con este proceso de pulverización de la historia bíblica, los historiadores científicos transplantaron el concepto de evolución del campo de la biología al de la historia, muy particularmente la evolución darwiniana que, con sus principios y leyes fundamentales, la lucha por la existencia, la selección natural, la herencia y la adaptación, debía servir para explicar tanto los fenómenos de la naturaleza como los de la historia.

Los que a veces se sorprenden hoy por la irreligiosidad de nuestro tiempo, entre otros Alexis Carrel por ejemplo, no se han detenido a meditar sobre las consecuencias que indefectiblemente tenían que derivarse de la cumplida destrucción de la base histórica del Cristianismo, pues a una fe que hunde sus raíces en los libros sagrados, corresponde una historia rigurosamente materialista que en lo esencial no se diferencia de la concepción histórico científica que sustenta el comunismo.

Esto no deja de tener cierta actualidad: un conflicto bélico entre lo que hoy se llama Occidente y Oriente -por ejemplo- no se justificaría en nombre de la historia de los comienzos. La obra "Ancient Society" de Lewis H. Morgan, informa científicamente por igual al comunismo y a la burguesía liberal.

Hasta aquí las novedades científicas del siglo XIX; ahora las del siglo XX son de otro orden distinto.

El acontecimiento científico más importante -al que Huizinga le dedica un capítulo de su obra "Concepto de la Historia y otros Ensayos"- es que han advertido al fin que la evolución no funciona de ninguna manera en el campo de la historia. En la prehistoria parece que sí, porque los prehistoriadores suelen tener a mano unos cuantos millones de años para que puedan producirse con holgura las transformaciones exigidas por los dogmas científicos.

Pero en los tiempos históricos las cronologías, aún las más remotas, son más ajustadas; y sucede que los períodos se han acortado de tal manera que no se encuentra el tiempo necesario para explicar el tránsito del salvajismo a la barbarie y de la barbarie a la civilización.

Los trabajos arqueológicos de los últimos tiempos, nos han puesto en contacto con lo que hoy se sabe a ciencia cierta que son las civilizaciones más antiguas; geográficamente están situadas allí donde la Biblia dice que empezó la historia; se han descifrado distintas escrituras y se han traducido algunos idiomas que se hablaron en aquellos remotos tiempos.

Lo que sucintamente puede informarse en el breve tiempo de esta exposición, es que los historiadores evolucionistas se encuentran frente a graves problemas y algunos los confiesan pero no parecen haber percibido los verdaderos términos del conflicto.

El doctor Contenau, el famoso profesor de la Universidad de Bruselas, ha publicado en 1947 su libro sobre la magia entre los asirios y los babilonios; se ve en la necesidad de declarar que todos los testimonios que el famoso etnólogo mister James Frazer ha acumulado sobre los hechos religiosos en sus investigaciones al través del mundo, no tienen ni el menor significado frente a las civilizaciones egipcias y mesopotámicas evidentemente más antiguas que esos salvajes: y la pregunta era inevitable; y el Dr. Contenau, que la ha demorado más de treinta años, la formula al fin, en estos términos:

"Estos salvajes (papus, melanesios, etc.) ¿son realmente los primitivos que se encuentran en un estado de cultura por el cual debieron pasar nuestros antepasados y que en lo futuro

deberán llegar al nivel al cual hemos llegado nosotros; o son más bien retardados ("arrierés") cuyos testimonios carecen de valor?"

La interpretación religiosa de la historia estaba pues en lo cierto; el honrado e inteligentísimo Conde Maistre que en 1809 escribía sus "Veladas de San Petesburgo" para defender la fe cristiana ridiculizada por el cientificismo, no dejó de decir que el hombre había sido creado en estado de ciencia y de conocimiento; y que el salvaje, o mejor dicho, lo que nosotros llamamos el salvaje, no podía ser sino una rama desgajada del árbol social.

Las fiestas científicas eran entonces demasiado ruidosas para que se oyeran sus palabras. Habría sido interesante que el Dr. Contenau las recordara, porque es muy sospechosa esta ciencia que dice marchar hacia la verdad, cometiendo los más terribles errores.

Otro investigador de nuestro tiempo, Sir Leonard Wolley, también evolucionista, que dirige los trabajos arqueológicos en Ur de los Caldeos, en representación del Museo Británico y de la Universidad de Pensilvania, ha encontrado bajo lo que fue el diluvio bíblico, los rastros de una imponente civilización antediluviana; y en su último libro publicado en 1948, intitulado: "Abraham - Descubrimientos Recientes sobre el Origen de los Hebreos", le ha dedicado a la tradición como fuente de la historia, un capítulo que -sin duda- los hombres de los siglos XVIII y XIX no pensaron jamás que pudiera escribirse en nombre de la ciencia; los libros históricos del Antiguo Testamento, dice por ahí: **"que son la única autoridad que tenemos sobre los hechos que relatan, deben ser reconocidos como tales por toda sana crítica".**

Bedrich Hrozny, Doctor Honoris Causa de la Universidad de París y profesor de la Universidad de Praga, una de las autoridades más respetadas como conocedor de las lenguas orientales y que ha descifrado además el idioma hitita, ha publicado en 1947 su "Historia de Asia Menor, de la India y de la Creta".

Evolucionista también, racionalista decidido, no puede aceptar que lo sobrenatural intervenga en el proceso histórico; la idea de un pueblo elegido por Dios, parece resultarle insoportable a su concepción racionalista de la historia.

Sin embargo sabe a ciencia cierta -y lo declara- que las investigaciones arqueológicas confirman el relato bíblico; aquel relato que la crítica racionalista del siglo XIX había creído destruir como fuente histórica.

Está frente al pueblo hebreo que escapa así a la ley histórica corriente. Trátase de unos pastores trashumantes que nada significaban para el

desenvolvimiento material e intelectual de la civilización, comparativamente con los grandes imperios, que como el Egipcio y el Asirio-Caldeo habían alcanzado en las ciencias y en las artes las más altas expresiones.

Sin embargo, estos pastores vagabundos aparecen ceñidos con el prestigio singular de haber iniciado la más elevada religión que conoce la historia.

¿Qué explicación racional tiene este hecho?

Bedrich Hrozni no la encuentra; abandona el problema con unas frases tan misteriosas como su incredulidad: "Estamos -dice- frente a la más curiosa paradoja de la historia universal".

Ciento cincuenta años de crítica destructiva, para cosechar una paradoja.

CIENCIA E HISTORIA ANTIGUA

La Historia que hoy llamamos Antigua -la que circula por este abigarrado y sobreabundante mundo de la cultura- es la que fue compuesta -o para señalar un matiz- aderezada debajo la inspiración de las ideas científicas, que se explayaron allá por el siglo XVIII; y que camino adelante, dieron en congregarse bajo el nombre de Método Histórico-Crítico, actualmente en uso; así como están en vigencia -aunque un tanto mortecinos- los correspondientes principios que iluminaron a su manera, la visión de los tiempos remotos.

Pero antes no fue así: la idea que el hombre pudiera tratar su propio pasado, por un procedimiento científico, como algo separado de sí mismo -de la manera en que un entomólogo examina a sus insectos-, no había sido declarada como sistema en el siglo XVI; la Biblia hasta entonces, no regía solamente la conciencia de los hombres de Europa, sino que también era su cosmogonía y su historia; era para ellos el testigo irrecusable que adjudicaba a la humanidad un mismo origen y un destino común; y admitiendo un plan sobrenatural que escapara a una estricta explicación, era también una historia lógica, desde que, al través del velo inamovible que recubre el pecado de la primera pareja, el juego contradictorio del bien y del mal, no aparecía raído de toda explicación, como vino a acontecer, cuando los propagandistas de la liberación científica enfrentaron la tradición cristiana en la seguridad de haber dado con otra clave de la historia universal.

La idea religiosa, como la propia legislación, se presentaba encerrada en un cuadro Histórico; y fue ésta una particularidad del pueblo hebreo; y por mucho que los partidarios del método crítico imputen una sospechosa combinación a los redactores bíblicos -como lo alega entre nosotros Rosenvasser- lo cierto es que de ser así, habrían sido los únicos en el mundo en encontrar esa variante, que el Cristianismo trajo consigo; ya que el mismo autor nos dice:

"En tanto que los babilonios asirios e hittitas nos han legado sus leyes como cuerpos documentales independientes de todo relato o cua-

dro histórico, los hebreos nos transmitieron las suyas como formando parte integrante de la Biblia" (Abraham Rosenvasser: *Fundamentación histórica del Código de la Alianza.* Maia, 1947, Bs. Aires, p. 23).

El Cristianismo no era pues -solamente- una concepción metafísica, sino una realidad histórica que arrancaba en los comienzos del mundo, se tornaba historia cercana con Abraham hacia 2000 a.C. -todo incluido en ella- para arribar al drama universal del hijo de Dios, simiente de Abraham, porque en éste iban a ser benditas todas las naciones de la tierra (*Génesis,* XII 3).

Este relato bíblico se ligó al pensamiento del hombre como ningún otro; pasó de Oriente a Occidente como no lo hizo libro alguno; se tradujo como ningún otro libro; la historia de las traducciones bíblicas es también un hecho histórico tan impresionantemente real, como único. El relato parte de tiempos que ahora denominamos mitológicos, entra en las épocas históricas, atraviesa distintos pueblos y distintas culturas que lo traducen y lo incorporan; y en el mundo que llamamos occidental, hasta el siglo XVI, su credibilidad no es discutida.

Aunque haya que llorar la teoría de los ciclos y consolar a los que creen que la historia se repite, es éste un acontecimiento que no tiene precedentes ni semejanzas en su trayectoria en el espacio y en su camino de siglos, por el tiempo, con ninguno otro: No hay nada parecido tampoco.

Antes del esquema tripartito: Antigüedad, Edad Media, Edad Moderna, la historia se dividió conforme a la concepción bíblica; San Irineo propuso la división en seis edades como reflejo histórico de los seis días del Génesis; Tertuliano hizo lo propio con las edades del hombre; y la doctrina de los cuatro imperios universales -las cuatro bestias que emergen del mar en el sueño de Daniel -se mantuvo en pie- según Huizinga:

"Como esquema para la división de la Historia sin que nadie lo impuganase, hasta entrado el siglo XVI" (*Concepto de la Historia y otros ensayos.* Fondo de Cultura Económica, 1946, p. 72; véase Bernheim: *Introducción al Estudio de la Historia*, Editorial Labor, S.A., pp. 20 a 25 y 81 a 83).

Y todavía Bossuet (1624-1704) en su discurso sobre la Historia Universal (1681, 1ª edición) decía, majestuosamente, en su dedicatoria al Delfín:

"Así, en el orden de los siglos, hay que tener ciertos tiempos marcados por algún gran acontecimiento, al cual se refieren todos los demás.

"Es lo que se llama época, de la palabra griega que significa detenerse, porque uno se detiene allí, para considerar como desde un lugar de

reposo, todo lo que ha sucedido antes o después; y evitar por este medio los anacronismos, es decir esta especie de error que hace confundir los tiempos".

Y luego nos daba las épocas:

"Adán o la creación; Noé o el diluvio; la vocación de Abraham o el comienzo de la alianza de Dios con los hombres; Moisés o la ley escrita; Toma de Troya; Salomón o la fundación del Templo; Rómulo o Roma edificada; Ciro o el pueblo de Dios libertado de la cautividad de Babilonia; Escipión o Cartago vencida; Nacimiento de Jesucristo; Constantino o la paz de la Iglesia; Carlomagno o el establecimiento del nuevo imperio".

Hasta el momento, la ortodoxia Católica mantenía la fe tradicional en el terreno histórico; era sin duda un elemento poderoso de convicción: es todo lo que tiene de esforzado, de conmovedor y de inigualado; pues es una fe metida en el suceder histórico, ligada al acontecer de los hombres y de los pueblos en un largo proceso de siglos, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, no es un Dios abstracto incapaz de milagros [1] ; filósofos hay muchos y sistemas filosóficos también, pero Jesús asesinado en la Cruz, los profetas, los apóstoles y los primitivos cristianos sacrificados y perseguidos no tienen ningún parecido con una escuela filosófica; por eso hay una Historia Cristiana y un Cristianismo histórico y con igual sentido, no hay un socratismo, un platonismo o un kantismo históricos. Spengler, que no fue precisamente un caso de hiperestesia religiosa, escribió las páginas más puras de su contradictoria *Decadencia de Occidente* conmovido por este espectáculo de Jesús. "La metafísica conocida, demostrada -o tenida por tal-, es mera filosofía o erudición. Aquí me refiero a la metafísica "vivida", a lo impensable como certeza, a lo sobrenatural como hecho, a la vida en un mundo irreal, pero verdadero. Ni un momento ha vivido Jesús de otra suerte" (Oswald Spengler *La decadencia de Occidente*, edición Espasa-Calpe, 1946, t. III, p. 308. En análogo sentido Alfred Weber: *Historia de la Cultura*, Fondo de Cultura Económica, 1943, p. 177. La 1a. Edición se publicó en alemán, en 1935, bajo el nombre:

---

1 Jesús como los apóstoles no dejaron de consignar los lazos históricos; y San Esteban al comparecer frente al Sanhedrin que debía juzgarlo presenta una minuciosa exposición del proceso histórico desde Abraham hasta Jesús, para concluir enrostrándole la persecución a los profetas y la entrega y muerte de Jesús cuya llegada había anunciado el propio Moisés. Los fariseos no ponen en duda el relato histórico, sino que los enfurece la interpretación de San Esteban: "Mas ellos clamando con gran gritería, se taparon los oídos y arrojándose a una sobre él lo sacaron fuera de la ciudad y lo apedrearon" *(Los Hechos de los Apóstoles,* capítulo VII).

Kulturgeschicte als Kultursoziologie.

Hay grandeza -sin duda- en la soledad de Bosuet, bizarro defensor de esta posición histórica:

"¡Cuánto desprecio a esos filósofos que, midiendo los designios de Dios por sus pensamientos sólo lo hacen autor de un cierto orden general, de donde todo el resto, se desarrolla como puede! Como si tuviera a nuestro modo miras generales y confusas, y como si la suprema inteligencia pudiera no comprender en sus designios las cosas particulares, las únicas que verdaderamente subsisten" (Oración fúnebre a María Teresa el 1º de setiembre de 1693).

Este cristianismo hecho histórico -y no mera filosofía- era reclamado por Pascal, como respuesta a su espíritu atormentado; *Le memorial* dice así:

> "Dieu de D'Abraham, Dieu d'Isaac, Dieu de Jacob
> non des philosophes et des savants.
> Certitude - Certitude. Sentiment. Joie. Paix
> Dieu de Jesus-Christ"

(Agregado en la edición Brunschwigg, *Pensées*, Garnier, 1925, p. 63 y nota 27).

Y en su artículo VII, *Moral y Doctrina* (obra citada, p. 178), encuadra al pecado original como explicación única de la historia y del hombre:

"Le péché original est folie devant les hommes, mais on le donne pour tel. Vous en me devez donc pas reprocher le defaut de raison en cette doctrine puisque je la donne pour être sans raison. Mais cette folie est plus sage que toutes les sagesses des hommes..."

"Le noeud de notre condition prend ses replis et ses tours dans cet abîme, de sorte que l'homme est plus inconcevable sans ce mystère n'est pas inconcevable a l'homme" "...de sorte que ce n'est pas par les superbes agitations de notre raison, mais par la simple soumission de la raison, que nous pouvons véritablement nous connaître".

Voltaire le rindió homenaje implícito en su preocupación insistente a pesar de no haber alcanzado un impacto entre los numerosos disparos desde distintos ángulos y a lo largo de su vida, (*Lettres sur les Anglais, Remarques sur les pensées de M. Pascal, Additions aux remarques sur les Pensíes de Pascal)*; escapó a la cuestión de fondo, como lo reconoce Cassirer,(*Filosofía de la Ilustración,* Fondo de Cultura Eco-

nómica, p. 114).

Pero el movimiento científico que crece rápidamente en el siglo XVIII intentaría reducir a escombros esa historia escrita bajo la inspiración de lo sobrenatural; Bossuet la vio, con horror, desmoronarse en su tiempo; y pocos como él sospecharon las consecuencias, que entonces sólo se vislumbraban muy a lo lejos. (Véase Paul Hazard: *La crise de la conscience européene*; hay traducción castellana: Ediciones Pegaso, Madrid).

Esa concepción que un autor de los del método profano, Cassirer, llama: "un plan de conjunto de la historia, sublime en su género, una interpretación religiosa universal de su sentido..." (obra citada, p. 199), retrocedía bajo el sol melancólico de la tarde, anonadado por esas "supremas auroras" que el "siglo de las luces" prometía a la humanidad doliente y que -dicho sea de paso- la dejaron encandilada hasta los días que corren.

Estos fueron los tiempos de hombres sin fe religiosa, pero terriblemente optimistas y crédulos para las cosas de este mundo; fueron además batalladores y organizados; creyeron en sus verdades las más de las veces contradictorias; y por ellas trabajaron intensamente: escribieron mucho y largo, se repitieron y se agasajaron los unos a los otros; y dieron, efectivamente, un espectáculo cultural, variado y copioso, al cual el mundo no estaba acostumbrado; y que se perfeccionó en el transcurso del siglo XIX y que aún no ha cesado; se multiplicaron las disciplinas y los establecimientos de enseñanza, porque fueron siglos educadores y propagandistas; y la nomenclatura científica y filosófica tuvo un desarrollo hipertrófico. Ninguna de estas cosas eran indicios de que estuvieran en la verdad, pero ellos, que siempre confundieron la cantidad con la calidad, lo creyeron así. Por lo contrario, en el terreno histórico se han rectificado "científicamente" todas y cada una de las premisas que en su momento se esgrimieron con violencia, pues también fueron apasionados y vehementes; en materia de cosmogonías, ni una sola ha quedado en pie; parece que el mundo ha sido hecho de una sola manera y no de varias, para satisfacer cumplidamente a todos los forjadores de hipótesis; y los sistemas filosóficos se han ido substituyendo los unos a los otros, de suerte tal que hoy tenemos tres nutridas especialidades: la Historia de las Ciencias, la Historia de la Filosofía y la Historia de la Historia.

Pero la "ciencia" ha salvado estos inconvenientes con entereza, ha confesado errores con voz que apenas se oye, pero ha mantenido el principio; y en su nombre ha seguido animosamente en busca de "nue-

vas verdades", como ellos dicen cuando se equivocan.

Acaso sea oportuno consignar que el planteo que se originó y encontró su centro en la cuestión histórico-religioso, con la vista dirigida a la destrucción del Génesis Bíblico, fue complejo en su desarrollo: es difícil conocer el manejo secreto que pudieron organizar fuerzas que se agitaron indistintamente en el terreno religioso, cultural, político, social y económico y que sin embargo parecen responder a una intención única aunque difícil de precisar en el orden temporal, aparte naturalmente las testas confusas o despistadas que cabalgan en varias de ellas, a la vez, como los católicos evolucionistas, etc., etc.

Algo de esto ha visto Bernheim cuando dice:

"Desde el siglo XVII se aprestaron las ideas de la filosofía dominante, las Ciencias naturales y los sistemas políticos, a un esfuerzo mancomunado de explicar el mundo según sus causas y efectos naturales. Aunque de momento no se excluía la causa última y universal de la Providencia divina, sin embargo, se llega a ello, en parte, cuando del descubrimiento de la regularidad mecánica de las leyes en los seres inanimados se pasó a concluir que la naturaleza animada, que el mismo hombre, no es sino una máquina que, creada por fuerzas mecánicas y animada tan sólo por móviles y fuerzas mecánicas, llega a sentir, pensar y querer únicamente por medios mecánicos: de esta suerte se establece un vivo contraste con la fe en Dios y con la existencia de móviles independientes. Al mismo tiempo se volvieron contra las Constituciones políticas dominantes de carácter absolutista, que se decían y creían establecidas y queridas por Dios y tornaron a la primitiva igualdad y libertad del género humano, tanto más cuanto que se negaba el fundamento de ordenación tradicional, esto es, la debilidad de la naturaleza humana como consecuencia del pecado original: quedó así establecido el principio de igualdad y de la libertad como un derecho natural, el cual debe prevalecer para lograr la más amplia liberación de todos.

"Todas estas teorías se abrieron pleno paso con la Revolución Francesa y se aplicaron entonces a la evolución de la Humanidad. La Filosofía de la Historia, consecuente con esta tendencia, trata de ocuparse preferentemente de las masas y de su labor cultural colectiva más bien que de las personalidades distinguidas y de los principales acontecimientos políticos, según era antes tradicional; esta nueva escuela pretende explicar la Historia por leyes semejantes a las mecánicas o naturales, elevándolas a la categoría de ciencia". [2]

---

2 Véase un estudio muy preciso de DANIEL MORNET: *Les origines intellectuelles de la Révolution Française, 1715-1787*. Armand Colin. 4ª edición, 1947, pp. 106, 205, 267, 357.

Y cabe agregar a lo de Berheim, que aún aparecen las fuerzas capitalistas que imprimen ciertas particularidades al movimiento, pues se las ve vinculadas al protestantismo o corriendo tras la igualdad y la democracia, o enfrentando los poderes absolutos en situaciones históricas turbias o nada limpias, como resulta de un estudio muy documentado y minucioso del profesor de la Universidad de Columbia Louis M. Hacker (*Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1942. Título del original en inglés: *The triunph of Americam Capitalism*).

Fue éste un movimiento "a gran orquesta", que contó con poderosos medios de divulgación y de propaganda; y a cambio de haber promovido un desarrollo técnico de asombrosas proporciones, acostumbró a los hombres -gradualmente- a no reconocer nada sobrenatural ni nada suprahistórico; y desde entonces, la historia fue profana o científica para uso de la inteligencia y de la cultura y sagrada para el uso reducido de niños de corta edad.

Y fue a la sazón, cuando el mundo moderno deshizo lentamente la continuidad con el mundo antiguo, hasta quebrar el sentido de unidad y de universalidad de la historia humana, problema que hoy, según se verá, preocupa intensamente a los historiadores de la cultura; y hasta llegar a una incomprensión absoluta y total de la vida en los tiempos primeros, porque lo sobrenatural nos venía de la antigüedad al través de la historia bíblica, que era su tradición más pura y elevada, pero en realidad la idea de lo maravilloso presidía el origen de las cosas en todos los pueblos antiguos, incluido los bárbaros y los paganos griegos y romanos.[3]

3 "Es notable hasta qué punto estuvieron ligadas las especulaciones de los griegos acerca de la civilación primitiva, por aquella tradición de una decadencia desde una edad de oro que expresa Hesíodo en su esquema de las cinco edades" (J. B. BURY: *The Ancient Greek Historians* (1909), p. 187).

Moret refiriéndose a las listas de reyes dice: "cuando encontramos las de los comienzos, pretenden remontarse a la creación del mundo como la crónica de todos los pueblos en los cuales la literatura histórica no tiene todavía fundamentos reales" (ALEXANDRE MORET: *Histoire de l'Orient* en "Histoire General" fondée par Gustave Glotz, t. I, p. 142).

"La mitología fue realmente considerada como una doctrina concerniente a los dioses y ha dirigido imperiosamente los actos, los pensamientos y toda la vida de los pueblos"; "...no podemos concebir un pueblo sin mitología" (F. W. SCHELLING: *Introduction a la philosophie de la Mythologie.* Traducción del alemán de S. Jankélévitch, Aubier, 1945, pp. 57 y 75).

"Los romanos no han estado libres de esta vanidad. No se han contentado con querer pertenecer a Venus por Eneas, conductor de los Troyanos a Italia; han refrescado su alianza con los dioses en el fabuloso nacimiento de Rómulo, a quien han creído hijo del Dios Marte y a quien hicieron dios también después de su muerte. Su sucesor Numa no tuvo nada divino en su raza; pero la santidad de su vida, le dio una comunicación particular con la diosa Egeria y este comercio le sirvió de no poca ayuda para establecer las ceremonias" (SAINT-EVREMOND: *Réflexions sur les divers genies du peuple romain*)

Monoteístas o politeístas, la asistencia de Dios o de los dioses fue reclamada constantemente para todas las empresas y vicisitudes de la vida; tanto por los poderosos y los sabios como por los humildes y los ignorantes; y la mitología fue para ellos una explicación real y "vivida" del Universo, como era -a salvo la distancia para Jesús y los primeros cristianos- el Génesis Bíblico y dentro de él, la figura de Abraham o de Moisés colocadas por Jesús enérgicamente en la base de su misión divina que cobra de esa manera, un profundo sentido histórico, al proyectar para los tiempos futuros, todo lo acontecido desde el primer hombre hasta él.[4]

Pero cuando la educación científica se extendió por el mundo, trajo consigo más que un nuevo principio, la imposibilidad de creer en lo maravilloso; y la historia bíblica estaba impregnada de esa permanente intervención divina en el acontecer humano, que de ninguna manera estaba de acuerdo con las "leyes de la física" como decía Monsieur Homais; pues todo estaba -en realidad- regido por leyes naturales; y a la Historia se le aplicaría los principios que brillaban en el campo de la biología, donde la idea de una evolución explicaba el mundo de una manera racional y absolutamente segura, pues la *Ciencia* gozaba entonces de un predicamento tal de certidumbre, que ha prorrogado su prestigio hasta los tiempos actuales, en el común pensar de la gente ilustrada.

En un tránsito penoso, el *Concordismo* o tentativa de poner de acuerdo a la Biblia con la Física, vale decir a Dios con las teorías de los hombres, el conflicto entre la Religión y la Ciencia perdía vigencia en la medida en que los Cristianos fueron desvinculándose de la idea de lo sobrenatural aplicada a la historia; y muchos de ellos, clérigos inclusive,

---

4 En *S. Mateo,* XXII, 23-34, Jesús dice a los saduceos, a propósito de la resurrección: "Errados andáis por no conocer las Escrituras ni el poder de Dios"... "Y acerca de la resurección de los muertos ¿no leístes lo que os fue dicho por Dios, al hablar así: Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. No es Dios de muertos sino de vivos. Y oyendo esto, las turbas se pasmaban de su enseñanza".

La referencia de Jesús va directamente al Pentateuco y a la vocación de Moisés cuando fue llamado por Dios "de en medio de la zarza" que ardía. "Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob" (*Éxodo,* III, 6). Se ha interpretado con carácter general el desvío de las escrituras como fuente de error; así Bacon: "Pues no se equivocó aquel que dijo "erráis ignorando las Escrituras y el poder de Dios" mezclando y uniendo con lazo inseparable la información de su voluntad y la consideración de su poder" (Bacon Francis: *Novum organum,* LXXXIX).

En S. Mateo XXIII, 1: "Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos". En S. Juan V, 39: "Escudriñad las escrituras, porque a vosotros os parece que tenéis en ellas vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí"... "Porque si creyerais a Moisés me creyerais a mí, ya que de mí, escribió él. Pero si no creéis en sus escritos ¿cómo vais a creer a mis palabras?"

se acogieron a un evolucionismo espiritualista, que explicaba prudente y satisfactoriamente para la razón y para la ciencia, cómo Dios -causa primera- habría originado las causas segundas, que se regían por un proceso evolutivo en el cual el Supremo Hacedor tenía poca o ninguna intervención. (Véase un resumen de procedencia católica en Guibert Chinchole: *Los orígenes,* cuestiones de apologética, pp. 250 y 63. Editorial Litúrgica Española, sucesora de Juan Gil).

Los propios cristianos aventaban de esta manera toda verdad y toda grandeza en la Historia Bíblica; expulsaban a Dios de la Historia: aparecía por fin el Dios de las personas cultas y sensatas como lo quería Voltaire; el Dios autor de un orden general que se retiraba luego para no molestar a la Biología; "de donde el resto se desarrolla como puede", como lo repetía en estado de excandescencia Bossuet, en los olvidados tiempos...[5]

De cualquier manera, parecía evidente que los hechos históricos no pudieran descansar en principios contrarios a las leyes naturales, consideradas universales, eternas e infrangibles; sin embargo el relato bíblico aparecía abonado por una larguísima y respetuosa tradición de Judíos y Cristianos, mantenida con convicción profunda, a veces con voluntad heroica y también con estrecha unidad en lo que al Antiguo Testamento se refiere; y si bien la creación y la caída -la lamentable peripecia de los comienzos- estaba fuera del ámbito histórico y contenía más bien un planteo filosófico, descontando la parte entonces legendaria de los tiempos antidiluvianos y del propio Diluvio; y aún la vocación mística de Abraham que también escapa a un control arqueológico; y la vida de los patriarcas por el mismo motivo, la cuestión no podía estirarse mucho más, porque en definitiva los Judíos vivían en el mundo; y de todos los pueblos antiguos eran los únicos que estaban presentes con sus genealogías al parecer indivisibles o por lo menos

---

5 Asistimos evidentemente a una transfiguración del Cristianismo: el canónigo H. De Dardolot, profesor de Geología y Paleontología en la Universidad de Lovaina, dice: "Por otra parte, como ciertas dificultades de orden científico parecen oponerse a la teoría del evolucionismo absoluto, la hipótesis de la intervención especial de Dios en el origen de la vida *parece* legítima" ("Le darwinisme au point de duc de l'orthodoxie catholique", París, Beauchesne, 1921).

Recuérdese los "Hechos de los Apóstoles", la visión sobrenatural de San Esteban que lo arrastra serenamente al martirio, la de Saulo de Tarso, la "gesta martyrum" frente a las persecuciones, etc. Trátase de hechos perfectamente históricos aunque la historia científica se interesa poco por ellos. Salomón Reinach que es autoridad insospechada en materia de incredulidad reconoce que la enseñanza laica bajo el pretexto de "Neutralidad" ha dejado fuera de la historia el problema religioso (Orfeo). Lo cierto es que el Cristianismo primitivo, para la Historia es como si hubiera sucedido en otro planeta. Conociéndolos se podría apreciar la diferencia que guarda con el Cristianismo científico o sea el que se ve al través de la concepción evolucionista.

creídas e invocadas como tal, de suerte que había que discriminar la leyenda de lo que era propiamente un hecho histórico; y éste fue el gran movimiento que emprendieron los de la "duda metódica", trasladada también al campo de la historia, para someter a una severa crítica a esa tradición que pretendía oponerse a las verdades científicas y a la unión de los filósofos, que según Voltaire, habían creado en Europa "esa gran sociedad de los espíritus" en la *República de los Sabios*.

Tratábase de ubicar al pueblo hebreo dentro del esquema rigurosamente evolutivo (Rosenvasser, *obra citada*, p. 14, nota 5 bis) considerado válido para todos los primeros hombres, quienes por lo demás, habían tramitado por propia iniciativa, importantes progresos rigurosamente personales en los tiempos prehistóricos (sin olvidar el tránsito de animal a hombre); y en los tiempos históricos habían seguido un camino ascendente al través de distintas etapas, de suerte tal, que un simple pueblo de pastores nómades, que de un día para otro, se viera favorecido por una legislación de categoría y por una religión de altos principios, en virtud de una actitud particular y preferente de la Divinidad concretada en la montaña del Sinaí, por mucho que estuviera escrito y por más que fuera creído solemnemente por los Judíos de todos los tiempos, aun por los de alta jerarquía intelectual como Flavio Josefo (*Antigüedades Judaicas*), y también por los cristianos no podía ser considerado seriamente por el Método Histórico-Crítico. Para "el estado de los conocimientos" -frase favorita de los hombres de ciencia- que había sentado el siglo XVIII y que confirmaría el XIX, tales hechos -como otros semejantes- no podían ser históricos; y así iba a tomar cuerpo la exégesis bíblica fundada en lo que era verosímil o inverosímil para ellos, es decir, un subjetivismo que en sí mismo no tenía nada de científico, ni estaba sujeto a ley alguna. (Dilthey menciona el comienzo de este proceso imputándole "una forma extremadamente subjetiva y sin reglas". *El Mundo Histórico*. Fondo de Cultura, p. 369).

En realidad los sistemas filosóficos independientes, que en el siglo XVII habían pretendido tomar altura, se vieron en la necesidad de resolver una cuestión histórica, que era evidentemente previa: la de la concepción cristiana de los comienzos, que incorporada a la *Biblia*, era artículo de fe, hasta entonces indiscutida.

Esto se ve claro en el *Leviatán* de Hobles (1ª edición inglesa, 1651) que formula en el capítulo XXIII el planteo histórico relacionado con la posibilidad o imposibilidad de que Moisés fuera el autor del *Pentateuco* y extiende en general la crítica a otros libros incorporados a la *Biblia* (*Leviatán*, Edición Fondo de Cultura Económica, Méjico, pp 311 y

sigs.) y Baruj Spinosa aunque en una posición espiritual distinta y con otro criterio interpretativo de las Escrituras, en su tratado Teológico Político (publicado en 1670), dedica el capítulo VIII a la demostración de que el "Pentateuco y los libros de Josué, Jueces, Ruth, Samuel y los reyes no son auténticos y examina si son obra de varios o de uno y quién sea éste". (Ediciones Lautaro, p. 159).

Pero éstos eran simples detalles alrededor de contradicciones encontradas en los textos sagrados; lo importante estaba destinado a las postrimerías del siglo XVIII y al siglo XIX; y particularmente a los alemanes, que iban a desplegar esa minuciosa capacidad de trabajo que tienen para organizar los grandes y fatales errores de su historia.

Se trataba de demostrar, mediante la crítica literaria, la alta crítica (ya insinuada por un médico francés, simple aficionado: Astruc, 1753) que el *Pentateuco* no había sido escrito por Moisés ni por persona alguna contemporánea de los sucesos relatados, sino que había sido un arreglo fraudulento muy posterior, que algunos profetas o sacerdotes habían urdido con propósitos políticos o religiosos, mediante la combinación de viejas tradiciones orales, que fueron compaginadas con más o menos acierto; y que como era de suponer, habían dejado rastros que no podían escapar a la sagacidad de los investigadores científicos: palabras, frases, conceptos, costumbres con las que identificaron a los respectivos autores de cada una de las combinaciones, las cuales sumadas todas, constituyeron lo que hoy conocemos con el nombre de Pentateuco o Hexateuco, según que contemos los cinco o seis primeros libros del Viejo Testamento.

Mediante la alta crítica o crítica literaria (Eichhorm, *Einleitung in das alte Testament*, 1780) y con la actuación de numerosos autores - entre los cuales, sea dicho de paso, reina sospechosa anarquía acerca de quiénes y en qué tiempo realizaron las imputadas combinaciones- se desarrolló el movimiento y la "ciencia" paleo-testamentaria, con toda buena voluntad para consigo mismo declaró triunfante la teoría, conocida más tarde con el nombre de su principal expositor, J. Wellhausen. (*Prolegomena zur Geschichte*, Israel, 1883).

Parecería indudable que el método Histórico Crítico se había desenvuelto a expensas de la primogenitura que ejercía el Cristianismo (Voltaire ha liquidado la historiografía teológica de Bossuet, dice Dilthey); muchos cristianos no lo creen así, en homenaje a la recordada transacción del evolucionismo espiritualista, el plato de lentejas; pero es difícil negar la incompatibilidad si se tiene en cuenta que nació una nueva disciplina, la Prehistoria, fundada "por una pléyade de hombres libres" como con-

secuencia "del gran movimiento de emancipación intelectual del siglo XVIII" "pasaje entre la Historia y la Geología", "Conclusión de la Geología y prefacio de la Historia" (según los conspicuos propagandistas: G. Et A. de Mortillet, *"La Prehistoire, origine et antiquité de l'homme*, Schleicher Fréres, París).

A la "Alta Crítica", a las leyes de la "Física", a los principios de la "Biología" se unía esta nueva ciencia, que con la ayuda de una disciplina auxiliar, la Estratigrafía, estaba en condiciones de fijar con exactitud la época en que vivió el dueño de cualquier esqueleto, hueso, cacharro o utensilio que se encontrara bajo tierra así fueran diez mil años como doscientos mil o más; verdaderos ojos de lince porque los historiadores, no obstante contar con muchísimos elementos, no han conseguido ninguna seguridad cronológica de tipo general, más allá del año 700 a.C. (En Egipto y en Mesopotamia, no obstante las obras de Manetón y de Beroso, las numerosas inscripciones, tabletas y papiros no hay cronología cierta con anterioridad a la indicada).

Además la Prehistoria fijó etapas por las que había pasado la humanidad en su marcha progresiva en el tiempo de millares de años, que se llamaron edades (piedra, bronce, hierro, etc.,); y el examen atento de los huesos encontrados, le facilitó la comprensión de los tiempos en que vivieron y cómo vivieron los dueños de esos huesos; sus costumbres, carácter; y la raza, de manera que fue fácil reconstruir un panorama de los tiempos remotísimos -y liquidar de esa manera- por mitológica, la tradición cristiana escrita en los libros de la Biblia.

Así, mientras la Historia desconfiaba de la existencia de Moisés, de Jesús, como de Homero y hasta de Shakespeare, se podía tener una noticia puntual de la vida de los hombres y sorprenderlos hasta en el tránsito mismo en que ascendían por rigurosos méritos personales de animales a hombres; y eliminada ya la época de los mitos, desterradas las fantasías bíblicas, podría leerse en Renán cosas como éstas, terriblemente científicas, pero que ningún hombre de ciencia suscribiría hoy.

"El paso de la animalidad a la humanidad no se ha verificado en un solo punto del globo ni por un solo esfuerzo espontáneo... Es preciso imaginarse que la primitiva humanidad era muy mala. Lo que caracterizó al hombre durante largos siglos, fue la astucia, el refinamiento en la malicia y también su lubricidad de mico, que sin distinción de épocas, lo tenía todo el año en celo... Como todo lo grande, la familia se fundó por medios atroces. Millones de mujeres apedreadas por adúlteras han establecido la fidelidad conyugal. Los celos sin partir de un principio muy elevado, fueron una condición esencial de progreso. El varón con-

servó a la hembra, armado de un garrote y ayudado por su perro, el sátiro honrado acechaba delante de la pequeña fortificación que había construido. Si sentía sospechas mataba a pedradas a la mujer adúltera..." (*Historia del Pueblo de Israel*, Argonauta, Buenos Aires, pp. 22, 23 y 24).

Renán, Máspero, Michelet, Duruy y otros formaban parte del Instituto de Francia que tomó a su cargo la tarea de redactar una *Novísima Historia Universal* (numerosas traducciones) que vino a ser el alimento que la ciencia entregó a las nuevas generaciones de esto que llamamos Civilización Cristiana, en nombre de la cual, estamos dispuestos a enfrentar al Comunismo materialista.

Todo el mundo complejo que Bernheim describe en el fragmento transcripto, celebraba con orgullo estos esfuerzos que venían a demostrar que el hombre no estaba hecho a imagen y semejanza de ningún ser superior, sino que reconocía como antepasado a una bestia ambiciosa y progresista; gran explicación del moderno *Self-made-man* por lo demás; y sin responsabilidad ultraterrena, es decir enteramente libre.

Las enciclopedias y los diccionarios vulgarizaron los nuevos principios; y se escribió tanto y las fiestas científicas -para saludar el advenimiento de la bestia- fueron tan ruidosas, que sepultaron la *scienza nuova* del talentoso napolitano Giambatista Vico que desconfiaba algo, en medio de tanto optimismo; y el inteligentísimo Conde de Maistre, que no se cansaba de advertir que acaso los salvajes actuales podían no ser los primitivos hombres, sino ramas degeneradas del tronco principal, se cubrió de polvo en los anaqueles de las bibliotecas; y a diferencia del señor Renán, no figura en la Bibliografía Universitaria (de Maistre Joseph Comte del "Les soirées de Saint Pétersbourg ou entretien sur le gouvernement temporel de la Providence)".

Hasta aquí, el siglo XVIII y sus herederos legítimos: el XIX y nuestra propia cultura. Es una ilusión creer que el siglo XVIII ha sido superado; vive plenamente aún en su concepción esencial; si nos hemos alejado de él, es por la picada que abrió; y no sabemos pensar sino dentro del esquema preestablecido, independientemente de que sea falso o verdadero.

Claro está que después de la sátira de Flaubert, nadie quiere ser Monsieur Homais; es una cuestión de prestigio personal, pero no un motivo suficiente para dejar de serlo; de ahí que por parte de los propios herederos abunden críticas al siglo XVIII; y algunas reservas, como las de Salomón Reinach, para no identificarse con los "libres pensadores de café"; y para que no crean que -como Monsieur Homais- está

enseñando las verdades de Voltaire pues -agrega- el siglo XIX ha revelado: "acerca de la esencia de las religiones y de su historia, "verdades" que Voltaire ignoraba todavía". (*Orfeo*, p. 493).

Las verdades del siglo XIX han corrido la misma suerte que las del siglo XVIII, y si Reinach cree que con decir que: "El racionalismo del siglo XVIII ha caminado mal, porque consideraba a los primeros sacerdotes opresores y embaucadores, cuando por el contrario hemos de reconocer en ellos los obreros de una emancipación relativa" (p. 25) ya no es un "libre pensador de café", se equivoca; porque ve -por ejemplo- en la religión "un producto de la razón todavía infantil". Afirmación que entraña un error tan grave y tan "racionalista" como el anterior, porque los problemas metafísicos como son los religiosos, no están al alcance de los niños; y los niños no son un punto de comparación para explicar la mentalidad primitiva ni la "mayor consistencia lógica o psicológica tiene un valor cronológico" como lo observa un antropólogo del siglo XX: Franz Boas (1858-1942, *The mind of Primitive Man*, aparecido en 1911) de manera que, con otros argumentos, Salomón Reinach es Monsieur Homais y además "habla en prosa" sin saberlo. [6]

Es indudable que ahora se esquivan frases como "altares de la ciencia" o "religión de la ciencia" que en su momento se pronunciaban con unción; pero la sátira de Flaubert -que hilaba delgado-, fue algo más aguda: enjuició "l'esprit cientifique"; y no hay signos de mejoría a la vista.

Si ya no somos evolucionistas o si somos evolucionistas Darwinianos o Lamarckianos, o espiritualistas Cristianos; si la evolución es continua o a saltos, más o menos lenta o más o menos rápida, individual o colectiva, rectilínea, cíclica, en espiral o en racimo, no altera en lo más mínimo el problema planteado en el terreno de la historia; lo que cuenta es que se ha destruido una creencia tradicional y una manera de creer y de conocer, que ni la ciencia ni la filosofía pueden sustituir por otra equivalente, por la misma razón que no pueden plantarse árboles seculares, como los quería para sus jardines, un millonario norteamericano (la anécdota es inglesa).

En realidad nuestra época -que es inseparable del siglo XVIII- enfrenta como éste, temerariamente, a la historia anterior a ella. Destruir la tradición bíblica, que era nuestra propia memoria o si se quiere la

6 El ejemplo deja a la intemperie el itinerario mental de la ortodoxia científica: Reinach, que sabe las "verdades" del siglo XIX que naturalmente Voltaire desconocía en el siglo XVIII, ignora a su vez las del siglo XX. La receta consiste en encubrir errores bajo la fórmula de "Antiguas verdades" y "Nuevas verdades" que transmite la ilusión del progreso científico.

única historia orgánica que nos venía del mundo antiguo, importaba tanto como poner un momento de historia frente a miles de años de Historia. Entrañaba en su sentido más hondo, un desafío a la escarmentada sabiduría de largos siglos, en nombre de media docena de experimentos a los que atribuimos valores universales de certidumbre, mucho antes de que hubieran acreditado capacidad para sobrevivir a las lecciones del tiempo, "el mayor maestro del mundo, heredero universal de los hombres", como dice significativamente don Francisco de Quevedo.

Corrido el tiempo -como es de rigor- esas pequeñas "verdades" se han decapitado por turno las unas a las otras. La moderna historiografía profana reclama un beneficio de inventario, para escapar al escandaloso pasivo de necedades que han dejado la idea de la evolución y del progreso aplicada a la historia. Cree que siempre está en manos del hombre el reparar sus errores; y que el tiempo, va a decretar una contramarcha para colocarnos de nuevo doscientos años atrás, para hacer con seso lo que hicimos sin él.

Huizinga define bien el sentido del movimiento científico:

"Hacia fines del siglo XIX, parecía como si las ciencias naturales, en su brillante carrera, hubiesen descubierto por fin las normas de la auténtica ciencia, imponiendo con ella sus métodos al pensamiento moderno como único camino para llegar al conocimiento de la verdad...".

"La segunda mitad del siglo XIX registra la gran cruzada triunfal de la idea de evolución propia de las ciencias naturales. Este concepto se sienta en el trono de la eternidad bajo su forma biológica moderna. La idea de la evolución fascinó a generaciones enteras y llegó a impregnar todo nuestro pensamiento. Posee tal fuerza de atracción y tal hechizo como hipótesis considerada como la evidencia misma, que se trasluce, consciente o inconscientemente, en casi todos aquellos casos en que intentamos ver como una conexión una sucesión de acaecimientos. El antiguo concepto idealista y etéreo del desarrollo va cobrando un aspecto cada vez más biológico. Es como el eco de la capilla luterana: se grita cambio, transformación, sucesión de fases, y el eco contesta: evolución. No hay ningún estado, ninguna institución de la sociedad, ningún organismo de la naturaleza que no se preste a priori como producto de una evolución. La palabra llega a hacerse tan corriente, que se desgasta a fuerza de usarse. Pierde la grávida consecuencia de su acusado contenido metafórico para convertirse en un vago sinónimo de causalidad determinada en general; se emplea al buen tuntún, sin que se sepa decir lo que encierra lógicamente esta idea".

Pero la continuación de Huizinga, sin dejar de ser rigurosamente exacta, no lo es en el análisis bibliográfico, como se verá:

"Surgen así esos certeros e infalibles evolucionistas, para quienes la historia universal no guarda ya ningún secreto y que nos la leen de corrido como si leyesen en el periódico de la tradición. Tienen en el bolsillo la clave para explicar en un abrir y cerrar de ojos todas las diferencias que se acusan entre las épocas, todos los cambios que se advierten entre los reinos y las culturas. Meten sin escrúpulo alguno esta ganzúa en las siete cerraduras del pasado. Y lo hacen con éxito. Entre sus manos, el proceso histórico universal se convierte en la cosa más sencilla del mundo. Son los que ponen alegremente mano en la historia de la humanidad y la desarrollan ante nuestros ojos como un gran pliego de estampas, recibido entre grandes aclamaciones de júbilo. Basta pensar en el aplauso con que fue acogida por parte del gran público la *Outline of History* de H. G. Wells primero y más tarde la *History of Mankind* de H. W. Van Loon. Pero no se crea que estos ambiciosos evolucionistas tienen bastante con el pasado de la humanidad. Para poder ver las cosas con una perspectiva adecuada, necesitan anteponer a la historia de la tierra la de los planetas y la vida. Nos obsequian así con el baño de vapor de la condensación de la tierra. Idea aparentemente feliz pero que denota en realidad la ignorancia de lo que es el conocimiento histórico, pues los fenómenos geológicos y paleontológicos se captan con otro órgano espiritual que no es el de la historia, a saber: con el de las ciencias exactas, que corresponde a otro tipo de saber. *El emparejamiento* de ambas cosas no sirve más que para producir un todo híbrido, en el que el espíritu se pierde desconcertado.

"Se dirá que son, pura y simplemente, obras de diletantes, que ofrecen al gran público lo que éste apetece. Pero esto sería desdeñar peligrosamente la importancia del gran público. Una ciencia histórica que corra exclusivamente a cargo de un conjunto esotérico de sabios, no es nunca segura. Para serlo, tiene que acoplarse a una cultura histórica que sea patrimonio de todas las personas cultas. *Y los libros como éstos dan un testimonio bien triste de la orientación del interés histórico general que hoy prevalece*. Y no es sólo esto: también sus méritos innegables contribuyen a robustecer esta clase de interés. La tradición histórica de Europa brinda todavía en este punto, cierto contrapeso. Pero en los Estados Unidos se considera como un resumen valiosísimo del saber actual, incluso dentro del mundo científico, un libro como el de J. Harvey, *The Mind in the Making*, que es, indudablemente,

obra de un serio historiador de la cultura, pero basada en un evolucionismo absolutamente simplista".

El cargo a los norteamericanos me parece harto severo; no encuentro tampoco ningún "contrapeso" en la tradición europea; por lo contrario fue allí donde la evolución nació, y se desarrolló; a los americanos, enfermos de nacimiento, nada debe exigírseles.

Las grandes obras de Historia dedicadas al mundo antiguo, compuestas en Europa, están inspiradas en el más estrecho y pobre evolucionismo; el mundo antiguo está destinado a padecer terribles torturas, para que juegue el salvajismo inicial y su ulterior transformación progresiva.

Así la famosa de Eduardo Meyer *Geschichte des Altertum* que es donde aprende historia antigua don José Ortega y Gasset, como todas las obras sobre Egipto de Adolfo Erman. La de G. Stéindorff: *Urkunde des Egystischen Altertum*, Maspero, Moret, Contenau, Croiset, etc., etc. y las grandes obras generales que dirigen Gustavo Glotz, Walter Goetz y nada digamos de la que dirige Henry Berr, porque para Berr, hay historia si hay progreso pues: "Las modalidades y el progreso de la vida en las sociedades, bajo la forma humana, he ahí el objeto propio de la ciencia histórica" (Introducción General a la obra de Edmundo Perrier, *La tierra antes de la Historia*. El título de la obra y el de la Biblioteca *La Evolución de la Humanidad* lo dicen todo); alguna excepción podría hacerse con la Historia Universal de Juan Bautista Weis y aún con reservas. Las propias historias de las religiones de procedencia católica están infectadas de pensamientos evolucionistas más o menos disimulados[7]. En los Estados Unidos, quiere intentarse una rectificación como en la *Historia de la Civilización* de Henry S. Lucas o en la

---

7 La Iglesia, a despecho de sus fieles, tentados de ciencia profana -porque está dicho que todas sus luces no se apagarán a la vez-, salvó el principio con inspirada grandeza y con insistencia inquebrantable; y Pío XI en la Encíclica "Mit brennender sorge"; dijo:

"Los libros santos del Antiguo Testamento son palabra de Dios y parte orgánica de su revelación... Solamante la ceguera y la terquedad pueden cerrar los ojos ante los tesoros de saludables enseñanzas escondidas en el Antiguo Testamento. Por tanto, el que pretende que se expulsen de la Iglesia y de la escuela la historia bíblica y las sabias enseñanzas del Antiguo Testamento, blasfema de la Palabra de Dios, blasfema del plan de salvación del Omnipotente y erige en juez de los planes divinos un estrecho y restringido pensamiento humano. Niega la fe en Jesucristo, aparecido en la realidad de su carne, que tomó la naturaleza humana en un pueblo que después había de crucificarlo. No comprende el drama universal del Hijo de Dios que al delito de sus verdugos opuso, a fuer de Sumo Sacerdote, la acción divina de la muerte redentora, con lo cual dio cumplimiento al Antiguo Testamento, lo consumó y lo sublimó en el Nuevo Testamento."

La carta encíclica de Pío XII del 30 de septiembre de 1943, "sobre el promover oportunamente los estudios de la Sagrada Biblia" es decisiva. (Publicada en la edición Nacar-Colunga, Sagrada Biblia.)

Historia de la Etnología de Lowie sin que esto signifique que hayan comprendido el problema; pero eso le sucede también a los europeos; y al propio Señor Huizinga, que en definitiva, elimina la evolución y no la reemplaza con otra noción que pueda darle un sentido de unidad al desenvolvimiento humano; insiste en que "una Historia adecuada a nuestra cultura sólo puede ser una Historia científica"; advierte que las "fábulas míticas sobre el pasado" -y no sabemos si incluye a la Biblia pero puede suponerse que sí- "tienen un valor literario como forma de juego para el hombre de hoy, pero no son ya Historia para él".

La evolución mala o buena servía precisamente para darle a la historia carácter científico; y en su nombre fue descartada la Biblia como forma mítica, pero descartada la evolución y las formas míticas, como lo propone Huizinga, nada queda.

La solución final podría considerarse humorística, si algún hombre de ciencia fuera capaz de ser humorista, lo que no ha sucedido jamás en la historia del mundo: Propone como tipo de historia científica, una historia indiferente a la verdad; "Historia, dice, es la forma espiritual en que la cultura se rinde cuenta de su pasado", definición gaseosa e inestable, que se escapa de las manos como una anguila.

Así, concluye: pueden subsistir la historia escrita por un católico y por un socialista; y el final es grandioso:

"Nuestra actual cultura científica, tiene el dudoso privilegio de hallarse por vez primera en condiciones de abarcar con la mirada, conscientemente la posible pluralidad de las formas de la Historia. Y si se conoce lo bastante bien para ello, podrá confesar sin empacho el valor relativo de sus propias creaciones espirituales" (*El concepto de la Historia y otros ensayos.* Fondo de Cultura, pp. 24, 28 y 95).

Esto indudablemente podrá ser científico, como lo afirma Huizinga, pero es poco serio; y nada hay aquí, salvo la muerte opaca de la "Historia", que a diferencia de la novela no puede vivir inteligentemente desvinculada de la verdad. Huizinga identifica el fracaso de su "ciencia" con el fracaso de la "Historia".

El empastelamiento Histórico-científico revira en busca de oxígeno en la *Antropología Cultural* publicada por el profesor de la Universidad de California A. L. Kroeber. En el primer capítulo rechaza la idea evolucionista aplicada a la historia en los términos siguientes:

"Lo que más ha influido en la antropología, principalmente en su perjuicio, no ha sido el darwinismo sino la vaga idea de la evolución a cuyo aspecto orgánico Darwin dio tal importancia que desde entonces todo el grupo de las ideas evolucionistas se ha desarrollado

exuberantemente. Llegó a ser un hecho común y corriente en la antropología social "explicar" cualquier parte de la civilización humana según el arreglo de sus múltiples formas, en un orden evolutivo desde lo más bajo a lo más alto y admitiendo cada etapa sucesiva como consecuencia espontánea de la precedente -en otras palabras, sin causa específica. En el fondo, este lógico procedimiento era de una asombrosa ingenuidad, pues según él, nosotros mismos, los de nuestra tierra y época, quedábamos en la cumbre de la ascendencia. Todo aquello que se presentaba diferente a nuestras costumbres se consideraba, por consiguiente, como más antiguo, y se acomodaban otros fenómenos dondequiera que mejor contribuyeran a la recta uniformidad de la escala ascensional. No se tomó en cuenta la ocurrencia de los fenómenos en el tiempo y en el espacio para facilitar su lógico ajuste a un plan. Se dijo que, puesto que decididamente nos apegamos a la monogamia en el matrimonio, es probable que los principios de la unión sexual humana se encontrarán en la promiscuidad. En virtud de que concedemos precedencia al hecho de descender del padre, al que generalmente conocemos, la sociedad primitiva debe haberse considerado descendiente de la madre sin conocer nunca al padre. Nosotros aborrecemos el incesto, por consiguiente, los hombres primitivos normalmente deben haberse casado con sus hermanas. Éstos son claros ejemplos de las conclusiones o postulados de la clásica escuela evolucionista de la antropología, que se vio honrada con algunos de los nombres más ilustres de la ciencia. Superfluo es decir que estos hombres suavizaban la crudeza básica de sus opiniones mediante amplios conocimientos, mediante la agudeza o el encanto de su presentación, y frecuentemente con perspicacia y sano sentido en detalles concretos. Por aquel entonces, hace una o dos generaciones, bajo el hechizo del concepto de la evolución en su nacimiento, tales métodos de razonamiento eran casi inevitables. Pero ahora hace mucho que están gastados, descendieron al nivel de material de ciencia periodística o de vanas especulaciones y comprueban cuán fácil es admitir la tendencia a sentirse superior a todo el pasado. Estas maneras de pensar sólo se mencionan aquí como un ejemplo de la confusión que resulta de transferir al dominio de la historia conceptos legítimamente biológicos, o de considerar que aquélla se desenvuelve conforme a un simple plan de progreso."

Pero el profesor Kroeber considera esa misma idea perfectamente legítima en el campo más restringido de la evolución orgánica como se verá por lo que dice en el capítulo II:

"Ningún zoólogo moderno puede tener la menor duda acerca del

concepto general de la evolución orgánica. Por esta razón, los antropólogos toman como punto de partida el hecho de que el hombre deriva de alguna otra forma animal. Tampoco cabe duda de la forma general en que se debe buscar la ascendencia del hombre, porque tratándose de un mamífero que presenta grandes vínculos con otros, debe descender de algún tipo de mamífero. Su origen puede especificarse todavía con más exactitud, pues los mamíferos comprenden varios grupos bastante definidos como son el de los carnívoros, de los ungulados, de los roedores, de los cetáceos y otros más. El más elevado de estos grupos de mamíferos es el de los primates, o sea, el "primer" orden del reino animal. Este grupo de los primates comprende los diversos monos, los antropoides y el hombre. Por consiguiente, los antepasados de la especie humana deben buscarse en el orden de los primates, del pasado o de la actualidad".

Según el profesor Kroeber, el hombre primitivo no sería descendiente del mono, sino hermano del mono, variante que por cierto no es muy consoladora.

Estos neo-evolucionistas son mucho menos lógicos que los del siglo XIX que aplicaron el principio a la historia. Suponen dos principios contradictorios rigiendo el desenvolvimiento de la vida, uno conocido aplicable a la materia orgánica y otro innominado y misterioso que regiría la vida histórica.

El señor Kroeber abandona el problema en su momento decisivo; no nos dice por qué el "hombre" que -antes de ser "hombre"- habría iniciado una brillante carrera ascensional para librarse de la animalidad no ha continuado después de haber vencido la primera y más terrible dificultad. Efectivamente, el estudio de la civilización antigua nos presenta a los hombres en declinación. Encontramos grandes imperios que se desintegran, recuerdos de tiempos mejores, vestigios de una antigua sabiduría heredada que se ha corrompido. Encontramos a los hombres en la historia, lamentándose porque se les ha traspapelado una felicidad primitiva y lejana.

La crítica del concepto de evolución aplicado a la historia, ha sido severa, pero poco fructífera, porque no parece posible que se prescinda de este concepto. En su mayor parte, esa crítica proviene de la historiografía profana, no de la religiosa; y generalmente reconoce excelentes fundamentos, como puede verse en las siguientes transcripciones:

Paul Radin en su *Primitive Man as Philosopher* (p. 373):

"La mayor parte de nosotros se ha formado en, o ha sido influida

por la tesis de una etnología ortodoxa y ésta fue en gran parte un intento entusiasta y carente totalmente de sentido crítico, para aplicar la teoría Darwinista a los hechos de la experiencia social. Muchos etnólogos, sociólogos y psicólogos persisten todavía en esta empresa. Sin embargo no se logrará jamás progreso alguno, hasta que los eruditos se desprendan de una vez para siempre de la curiosa idea de que todo tiene una historia evolutiva; hasta que se den cuenta de que ciertas ideas y determinados conceptos, son tan definitivos para el hombre en cuanto a ser social, como las reacciones psicológicas específicas, lo son para el hombre con entidad biológica."

Capart en *El legado de Egipto* (Oxford, p. 173):

"Quizás lo más importante radique en una extensión infortunada de las modernas teorías de la evolución. Se imaginan las gentes que pueden transferir estas teorías con impunidad desde el mundo físico a la esfera de los fenómenos humanos. El resultado inevitable ha sido que se ha adoptado el arte de Grecia, como un patrón absoluto de la perfección en virtud de la cual se han de juzgar todos los movimientos artísticos anteriores y dispuestos ordenadamente según la escala de un proceso evolutivo. Así ninguno de esos movimientos más temprano podría propiamente alcanzar un peldaño más elevado en el estado evolutivo, al lado de las producciones perfectas del siglo V a.C. Si nos ponemos de acuerdo sobre el término milagro en la esfera del arte, el error que supone esta teoría es la creencia de que el milagro de la perfección, sólo puede darse una vez en la historia del mundo".

c) Otro recurso en boga en la historiografía profana -del que se vale también Huizinga- es cargar con otro significado a la palabra "evolución", para seguir usándola en los procesos históricos, dejando pasar el torrente de objeciones, con un elegante juego de capa o de "capote" para ser más castizo.

En el caso de Henry S. Lucas, profesor de historia de Europa en la Universidad de Washington, que explica así el asunto:

"Hace setenta años era muy corriente hablar de la "evolución de la civilización". Se supuso que el hombre de todas partes del mundo empezó su marcha por el camino de la civilización en idénticas condiciones y que pasó por las mismas fases culturales. Se creyó que todos los hombres, habían atravesado las fases de la caza, el pastoreo y la agricultura. Muchos eruditos pensaron que en la religión se había producido una evolución semejante, sostuvieron que toda la vida religiosa atravesó varias etapas, magia, animismo, politeísmo y monoteísmo y los pensadores más optimistas, creyeron que tal evolución progresiva, era una

ley que regía el desarrollo de toda la civilización. Actualmente ningún antropólogo responsable sostiene estos puntos de vista. Tampoco los historiadores y los sociólogos deberían suscribir estas ideas, acerca del desarrollo de la civilización. Es perfectamente correcto sin embargo hablar de la evolución de la cultura siempre que aclaremos, que en materia de cultura no puede establecerse un sistema evolutivo rígido, si la palabra evolución se emplea en relación con la cultura, no significa otra cosa que "desarrollo"."

Bernhein (obra citada, p. 13) habla de evolución restringiendo el concepto al "sentido estrictamente neutral de continuidad".

"Desarrollo" según Lucas, "continuidad" según Bernhein. Efectivamente éste puede ser el sentido genuino de la palabra "evolución" esto es: "des-envolvimiento de lo que estaba envuelto" (Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*). Pero no es ése el sentido, con el cual fue aplicado a la historia, para desterrar la interpretación religiosa y explicar a la civilización y a la cultura encontrada siempre en los pueblos más antiguos, pues el estado de salvajismo es una hipótesis de la ciencia pero no ha sido comprobado, ya que jamás se ha encontrado a los hombres de los más remotos tiempos, de las más viejas civilizaciones ("Cercano Oriente") sino en estado de pleno conocimiento, siempre organizados y con concepciones espirituales de alto estilo.

Es decir, es una hipótesis del preconcepto de la evolución aplicado a la historia; se supuso que antes de la civilización en que se las encontraba, vivieron en estado de salvajismo que corresponde a la situación intermedia entre los dos extremos, el animal y el hombre civilizado; de ahí que, para que la "evolución" explique algo, debe significar "transformación" y suponer así, el perfeccionamiento que determina el progreso.

El concepto de "desarrollo" y el de "continuidad" no explica el paso de la forma animal a la forma humana, ni el de la no cultura animal a la cultura del hombre, ni una transformación que denote un perfeccionamiento, que aclare el asunto del supuesto progreso.

Observa Bernhein (obra citada, pág. 176): "Los progresos y estados creados por la actividad de los hombres en el decurso de los siglos, son en sí mismo productos de los hechos históricos y a su vez obran en cada momento como factores presupuestos, porque *prescindiendo de los comienzos de la humanidad*, no hay ningún hecho histórico que no se halle condicionado por un grado previo de cultura".

La afirmación de Bernhein es exactísima y tiene -sin excepciones- una segura comprobación histórica, de manera que haciendo jugar ex-

clusivamente las causas naturales, no hay explicación posible dentro del materialismo, para ese estado de cultura inicial que sea anterior al que encontramos en los tiempos ya históricos; y si es una ley no desmentida hasta ahora que "no haya ningún hecho histórico que no se halle condicionado por un grado previo de cultura", solamente la interpretación religiosa puede dar una explicación al estado de "ciencia" inicial, porque ella supone no solamente al hombre creado por Dios, sino asistido por su Providencia; y eso es lo que creyeron también los más antiguos pueblos, que guardaron en sus memorias, poemas relacionados con sus orígenes.

Es posible que esos relatos fueran alterados por los poetas que se inspiraron en ellos, como hizo Ricardo Wagner con los *Eddas* escandinavos, pero la sustancia del asunto -esto es la Creación sobrenatural- queda a salvo.

La ciencia histórica los desdeña, porque dice que ésos son mitos, fábulas o leyendas; pero la verdad es que queda sin explicar el por qué todos los pueblos dieron en la extraña faena de inventar mitos del mismo tipo y contenido; que por lo demás en los remotamente antiguos, son de una gran belleza expresiva y dejan pasar, al trasluz de las formas poéticas, un sentido metafísico o moral que entraña aptitud especulativa, nada convenible con el estado de salvajismo; Levy Bruhl acudió a su teoría de la mentalidad prelógica, pero fue derrotado y lo reconoció así en una retractación fundada.

Claro está que se trata de sucesos sobrenaturales que escapan a una explicación racional; de ahí que, necesariamente, la historia de los tiempos primeros, fuera poética; pero no estamos autorizados a rechazarla por ese solo motivo, pues usaron un recurso adecuado a lo maravilloso del asunto; y Schelling en un estudio perspicaz, desplegó atinadas consideraciones que la historiografía crítica no toma en cuenta, pero que tampoco ha rebatido (véase obra citada en la nota Nº 3).

Desde otro punto de vista, la historiografía moderna vuelve a recordar insistentemente la vieja idea del pecado original; y la explicación sobrenatural y subordinada a un misterio, que el *Génesis* le había dado a la historia:

Ernst Bernhein dice: "La cristiana, que fue como veremos el primer paso para una historia genética..." "Fue el cristianismo el primero que trajo consigo el vigoroso principio fundamental de la solidaridad de todos los hombres, como hijos de Dios, unidos todos por la comunidad del pecado original, de la redención y del juicio final"; y un discípulo de Levy Bruhl, de los tantos que éste dejó huérfanos con su retractación

dice: "La gran crisis que se inició en el siglo XIX y culminó con el XX, ha socavado el concepto de humanidad como un conjunto coherente y también el de historia como la evolución lógica de la humanidad..." "...Arrancando del renacimiento cuando el hombre se libertó de la tutela religiosa...". "La alegría del hombre en el desarrollo sin trabas de sus facultades intelectuales y técnicas originó la creencia en el progreso ilimitado...". "Se supuso que con ese crecimiento y con la mejora de las condiciones materiales, los hombres llegarían a ser mejores y más felices...". "Mas el rápido progreso que tuvo lugar durante el siglo XIX demostró que el hombre no llegaba a ser mejor ni más feliz...". "Aumentaba el número de sus problemas el optimismo ingenuo..."

"El libro que llamamos la Biblia es la primera historia lógica de la humanidad..." "y nos conduce por las etapas subsiguientes del género humano, hasta el concepto más espiritual que la humanidad haya alcanzado" (Erich Kahler, *Man de Measure*, 1ª edición en inglés, 1943. 1ª edición en castellano: *Historia Universal del hombre*. Fondo de Cultura Económica, pp. 14, 15 y 118, 1946).

Hans Freyer, profesor de la Universidad de Leipzig, concreta de esta manera el problema:

"Pero el cristianismo es el que definitivamente injerta la idea de la Historia Universal en el pensamiento histórico...". "Y se encuentra este sentido, porque la revelación da la clave; principio, medio y fin de la Historia, quedan determinados en los conceptos de pecado original, salvación y juicio final...". "Estas dos ideas: La Historia de la Humanidad como unidad de fin y el valor histórico Universal de cada suceso temporal, son productos de la metafísica cristiana de la Historia y han hecho posible la idea de la Historia Universal" (*Historia Universal*, Walter Goetz, t. I, p. 28).

Sería difícil negar que el Método Histórico Crítico se encuentra envuelto en una densa niebla: por una parte, aspira a una explicación científica de la Historia Universal y rechaza las concepciones míticas como anticientíficas; y por la otra, reconoce que una de esas formas míticas de la Historia: La Biblia, "producto de un fraude" (Wellhausen), "ha hecho posible la idea de Historia Universal" (Freyer) y ha conducido a los hombres "hasta el concepto más espiritual que la humanidad haya alcanzado" (Kahler) y trajo "consigo el vigoroso principio fundamental de la solidaridad de todos los hombres" (Bernheim).

Parecería que -ajustándonos a la noción científica de causa y efecto- podría encontrarse algo de inconciliable entre la supuesta falsedad del *Génesis* y los maravillosos resultados, aún descontando su persistencia

en la memoria de los hombres [8]; como entre la presunción del método científico y la magra cosecha que confiesa haber obtenido, en sus desastradas experiencias, por los vastos dominios de la Historia.

La ciencia en general, parece sometida a un proceso de autodestrucción; y ése sería el sentido de su actual marcha progresiva; tal proceso no afecta los adelantos técnicos, pero la misión de la ciencia, no sería otra sino ésa, dado que en los últimos años, sus aspiraciones al conocimiento absoluto y a la certidumbre -en nombre de la cual, descabezó temerariamente la interpretación religiosa del mundo antiguo- se han esfumado; y los más prudentes prefieren hablar de aventuras del pensamiento; y limitarse a los conocimientos de tipo secundario; y no ver en las famosas leyes de la naturaleza, otra cosa que productos de la mente humana y no factores del mundo externo.

En punto a la Historia, la cuestión es ardua, por la ausencia de sensibilidad religiosa en la cultura moderna, que carece hasta de las inquietudes de Voltaire, que al menos, se preocupaba -y mucho- por la cuestión del *Génesis*, que en su momento había planteado Pascal; y aún está algo más atrás que el propio paganismo, como lo anota Gonzague de Reynolds, con "dedicatoria", en el recuerdo de aquella observación sin duda intensa de Barbey D'Aurevilly: "Peuple modernes, vous en vaudrez bientôt plus assez pour être idolâtres", (*Le monde grec*, II, p. 337. Egloff, 1944).

Evidentemente, el aniquilamiento de la idea de lo sobrenatural en el hombre "culto" de nuestros días, ha sido llevado a cabo cumplidamen-

---

8 La persistencia del Pentateuco en la memoria de los hombres como la necesidad que tuvieron de traducirlo son hechos históricos aunque no resulten de un documento. En la historia juega "L'esprit de finesse" para no olvidar nada de lo que no deba ser olvidado y darle jerarquía a los hechos, entresacándolos de la multitud de acontecimientos sin importancia.

En un diálogo de "El evangelio de los hermanos Barnabas", Bernard Shaw deja en descubierto humorísticamente las limitaciones científicas:

"Frankly.- Pues es como si estando al pie del Snowden me preguntaran dónde está la montaña. Los verdaderos niños la ven tan clara, que condensan su historia en dos versos de romance:

El viejo zancudo no quiere rezar;
cogedle y echadle allá al muladar.

"Lubin.- (Todavía inmoviblemente escéptico) ¿Y qué dice la Ciencia a ese bonito cuento, doctor Barnabas? Con seguridad la Ciencia no sabe nada del Génesis, ni de Adán y Eva.

"Conrado.- Entonces no es tal Ciencia, eso es todo. La Ciencia tiene que dar cuenta de todas las cosas, y en ellas está comprendida la Biblia.

"Franklyn.- El libro del Génesis es una parte de la Naturaleza como cualquiera otra parte de la Naturaleza. El hecho de que el cuento del jardín de Edén ha pervivido y mantenido tensa la imaginación de los hombres durante siglos, mientras centenares de historias mucho más verosímiles y divertidas han pasado de moda y desaparecieron como las coplas populares del año pasado, es un hecho científico, y la Ciencia está obligada a explicarlo. Me dice usted que la Ciencia no sabe nada de él. Entonces la Ciencia es más ignorante que los niños de cualquiera escuela de aldea".

te; la imposibilidad de concebir lo que escapa a las causas naturales y a nuestros sentidos, es acaso la diferencia real entre el mundo antiguo y el nuestro; tenemos una manera de conocer y de saber, distinta a la de ellos, y en nombre de esa manera restringida de conocer y de saber, creamos una imagen deformada y anti-histórica de los tiempos primeros forzados a soportar el esquema evolutivo; y así sea éste falso, como evidentemente lo es, es difícil que estemos en condiciones espirituales de imaginarnos los comienzos de otra manera; a pesar que las concepciones científicas que pretendieron justificarlo, son hoy y desde hace tiempo, un montón de escombros -palabras ociosas- y la *Historia de la Etnología* de Roberto Lowie, que las somete a un análisis crítico, equivale a un paseo piadoso entre las tumbas de un cementerio, aunque él crea -con seriedad rigurosamente científica- que equivocarse es contribuir al progreso de la Etnología.

En materia de Prehistoria, si el fin principal de ésta es establecer el orden cronológico de los hechos (A. Vayson de Pradenne: *La prehistoria*, p. 73) con relación a ese fin, contemplamos fuertes sacudidas demoledoras; y el artífice de ese desastre, es precisamente un hombre de ciencia, la gran figura de la Etnología moderna, Franz Boas (1858-1942). ("Comparados con él -dice Lowie- todos sus contemporáneos parecen carecer de profundidad").

Boas ha liquidado todas las generalizaciones prematuras; y como sólo de eso se componía la prehistoria, nada ha quedado de ella, en verdad. No hay secuencias históricas, consideradas como una ley de conjunto, de manera que sólo nos es dado observar, una completa incertidumbre metodológica. Esto es lo que se deduce de su obra *The Mind of Primitive Man*.

Por otra parte, la investigación arqueológica en el Cercano Oriente (Egipto y Asia Anterior) ha revelado una civilización de alta categoría muy anterior a la vocación mística de Abraham; y la literatura egipcia y mesopotámica de remotísimos tiempos, muestran muy al vivo una elevada cultura filosófica y literaria, que puede remontarse a cinco o seis mil años a.C. o más; y que se considera a sí misma vinculada a las tramitaciones iniciales de la Creación. [9]

---

9 El racionalismo que por principio niega lo sobrenatural, se mantiene aferrado a la hipótesis de Wellhausen; pero con todo reconoce que la cuestión del "Cercano Oriente" ha demostrado las limitaciones del sistema; y que la época de la crítica literaria ha sido sucedida por la época del "Cercano Oriente", de esa manera, la ciencia aunque se equivoque, progresa siempre. (Resumen en Rosenvasser, obra citada, pág. 20 y Nota Nº 11).

Ricciotti transcribe un párrafo de Wellhausen que dice así: "La tradición israelita en este punto vale más que todas las objeciones. Basta con que sea posible para que sea una locura preferir

9 = No son pues inverosímiles los altos principios que contiene el Pentateuco, ni hay imposibilidad de que fueran escritos por Moisés; en verdad, la Biblia refleja el estado de las dos grandes culturas del mundo antiguo: Egipto, donde estuvieron los Hebreos y Moisés, y Caldea, de donde procedía Abraham; esto naturalmente sin perjuicio de la revelación concreta a los que se llamarían Israelitas, que nada tiene que ver con la "cuestión" del estado cultural de "Pueblo elegido" en el momento en que ella se produce.

La Biblia resulta prodigiosamente veraz, en su confrontación con las fuentes profanas, renovadas por las investigaciones arqueológicas modernas; y la comprobación "física del diluvio" (Wooley), entre otras, acredita hasta qué grado de fidelidad refirió remotísimos acontecimientos.

Todo este mundo, no está sometido a ninguna ley de evolución progresiva; no hay rastro -ni allí ni en otra parte- de un proceso ni corto ni largo, que explique cómo y de qué manera, aparecieron en pleno estado de esplendor y de organización, estos grandes centros culturales; salvo naturalmente que aceptemos el acto inicial de la Creación, como ellos mismos lo creyeron y lo contaron con unanimidad, rara, si no hubiera una tradición común a todos, como lo explica la Biblia.

La historia científica habla siempre de migraciones de pueblos; y uno de sus dogmas ineludibles, es que los hombres no tienen jamás su origen en el lugar donde se les encuentra en estado de ciencia, por temor a llegar a creer que Dios los creó así; de manera que siempre

---

otra posibilidad"; y los comenta de esta manera, refiriéndose a la intervención de los sobrenatural en el relato bíblico: "La razón es evidente. Los hechos primeros y fundamentales de aquella historia mientras para el uno son posibles para el otro son imposibles y por eso deberán ser rechazados por él y la génesis de su narración habrá de ser explicada de esta o de aquella manera. El punto de discriminación que dividirá siempre a los investigadores es la previa posibilidad filosófica de una historia de Israel, tal como se presenta en su desenvolvimiento general en la Biblia". (RICCIOTTI, GIUSEPPE: *Historia de Israel*, t. II, pág. 105, especialmente Nº 117).

Ricciotti sitúa la cuestión en un terreno interesante; pero si la aplicación del esquema evolucionista a la historia, ha dado un resultado catastrófico, como se reconoce hoy, el asunto varía; y además una tradición es indivisible y no puede quebrarse arbitrariamente allí donde al intérprete deje de parecerle posible, porque entonces tortura las fuentes y dice arbitrariamente lo que él piensa y no lo que surge del asunto histórico en sí mismo.

No veo tampoco una cuestión filosófica en el fondo de la misma, sino que, con documentos históricos, por eficaces que sean, no se le puede dar caza a lo sobrenatural; como fallarían las más discretas razones, para explicar el juego de armonías de un concierto de Mozart, a quien no tiene "oído"; y sin duda no sería razonable negarlo a Mozart por ese motivo; o decir que Mozart divide a sus intérpretes en dos grupos, los que tienen oído y los que carecen de él.

Si la imaginación no da para más, quiere decir que a algunos les está vedado conocer la historia; como otros se pasarán la vida sin penetrar en el concierto de Mozart...

se pregunta, de dónde vinieron, lo que equivale a indagar dónde relizaron los primeros progresos, pues en el lugar en que los enfrenta la Historia, jamás hay rastros de transformaciones penosas, sino memorias de tiempos dorados. Así, todavía andan en busca de la cuna de los Semitas y de los Arios...

Pero por otra parte, la presencia en Asia Anterior y en Mesopotamia mismo, en tiempos remotísimos de elementos de distintas razas y lenguas incluidos los famosos "arios" -según las últimas investigaciones arqueológicas, invita a reconsiderar la distribución de pueblos que contiene el capítulo X del Génesis (los hijos de Noé) que fue tenida por cierta, en tiempos pasados por escritores de prestigio como Flavio Josefo, que en sus *Antigüedades Judaicas* la comenta y la explica animadamente; y a la luz de los actuales conocimientos, se torna a ella, porque sino tendríamos que imaginar que los "sublimes bárbaros" de Lagrange y los "Sátiros honrados" de Renán, que dispersos por el mundo, se transmitieron -quién sabe por qué medios de comunicación- una cita de honor a realizarse a lo largo y en los alrededores del Tigris, del Éufrates y del Jordán; y que una vez reunidos allí se dispersaron en distintas direcciones. No se podrá creer en lo sobrenatural del "Génesis", pero será difícil prescindir de él, como hipótesis de trabajo.

En resumen, es "científicamente" imperioso -y además convendría a la inteligencia y a la salud mental del mundo moderno- un replanteo a fondo de la Historia de los tiempos que nosotros llamamos antiguos; y que en realidad son los tiempos primeros, porque en el orden cronológico y si aceptamos la unidad de la especie humana, los antiguos somos nosotros, encorvados de historia y con un pasivo grande sobre nuestras espaldas; ricos en conquistas materiales, pero sin solución espiritual satisfactoria, dentro de los cánones alegres del progreso indefinido.

Y no se crea -fácilmente- que por ser asunto antiguo, es un problema de museo; los cimientos de la historia universal "científica" no pueden haber estallado, sin que algo ocurra..., y los filósofos -un tanto desaplicados en la materia- harían bien en estar atentos a este proceso de la "mitología" que se vuelve "historia", ya que de los comienzos se trata.

HISTORICIDAD DE LOS CINCO PRIMEROS LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

(PENTATEUCO)

CAPÍTULO PRIMERO

CANON DEL ANTIGUO TESTAMENTO
LA BIBLIA - LA SEPTUAGINTA

La palabra Pentateuco viene del griego: penta igual cinco y teuco estuche; supongo que esta etimología debe referirse a que los cinco Primeros Libros de la Biblia se dividieron en rollos resguardados en estuches; en latín aparece como masculino, "Pentateuchus" y habría sido usado por primera vez por Tertuliano, (Adversus Marcion, I, 10, t. II, col. 257) y en la forma neutra, "Pentateuchum", en San Isidoro de Sevilla (Etimologie, VI, II, 1, 2, t. LXXXII, col. 230).

Voy a estudiar la historicidad del Pentateuco, la Torah de los judíos, en su conflicto con la ciencia que tuvo su eclosión en el siglo XIX, pero que sus consecuencias han alimentado la incredulidad de nuestro tiempo, hasta el punto que monseñor Juan Straubinger, frente a lo que padeció San Pablo en la ilustrada Atenas, se pregunta si no lo estamos viviendo ahora: "... en esto que aún llamamos civilización cristiana" (Hechos de los Apóstoles 17, 16 nota).

La Biblia y la Iglesia Católica han sido atacadas con violencia en el siglo XIX; se cometió la enormidad de colocar a la tradición frente al positivismo científico primero y luego frente al positivismo científico apoyado por el evolucionismo de origen darwiniano; y la sentencia fue para la cultura y para las universidades: ignorancia, atraso.

La autoridad de la Biblia no depende de un decreto de la Iglesia Católica; representa la tradición más importante que no se puede com-

parar por su antigüedad con ninguna otra tradición religiosa. Es también conjunta y al mismo tiempo una religión y una historia del mundo; no hay nada parecido en la historia de la humanidad, como lo demostrará la historia del Canon del Antiguo Testamento.

La palabra Canon, es una palabra griega que posiblemente tiene origen semítico "qaneh" que significa "caña"; en francés "roseau" y de la que se deriva la palabra francesa "canne"; del latín "canna" es una caña de un determinado largo que se usa para medir, pero su sentido propio en griego era la de un bastón derecho, como el que usaban para sostener los escudos.

De aquí vienen las derivaciones metafóricas posteriores, en el sentido -por ejemplo- de "regla" o reglar o lo que sirva como regla; Demóstenes la usó con ese significado y en gramática los cánones eran lo que nosotros llamamos reglas gramaticales; también fue usada como la regla de proporción que debía tener el cuerpo humano; los críticos de Alejandría llamaban así a los escritores clásicos que debían servir de regla o modelo.

En la traducción de Aquila se usa la palabra hebrea "qav" por canon en el sentido de línea o regla. En las Escrituras el sentido metafórico es usado por primera vez en el Libro de Macabeos para significar regla de sabiduría.

En los Padres de la Iglesia significa "regla de verdad", "regla de fe" y como los libros de la Biblia eran reglas de verdad y de fe, se fue introduciendo paulatinamente la denominación de libros canónicos. La significación de canon de la escritura en su sentido actual fue introducida posteriormente.

En definitiva se concluyó llamando "canon" a la colección o a la lista de libros que forman y contienen las reglas de la verdad inspirada por Dios para instrucción de los hombres.

La condición para que un libro fuera canónico, era pues, la inspiración divina.

Se distingue entre la asistencia y la inspiración. La inspiración importa una influencia positiva; la asistencia no enseña nada, no inspira nada, previene solamente y libera de errores.

Este asunto de la inspiración o de la asistencia no interesa a la historia porque no es un criterio histórico, pero sí son historia sus consecuencias; es un hecho histórico por ejemplo, que la Iglesia considera canónicos a los libros "porque escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor y han sido confiados como tales a la Iglesia misma".

Trátase de una forma dogmática que escapa a la investigación histórica propiamente dicha, lo que no quiere decir que la Iglesia haya llegado a establecer el canon descuidando los antecedentes históricos.

Esa fórmula dogmática fue ya empleada por los Padres de la Iglesia y luego consagrada por el Concilio de Florencia; constituyó la base cierta de una enseñanza recibida en la Iglesia; fue reproducida por León XIII en la carta encíclica "Providentissimus Deus" en la cual además se agrega: "El Espíritu Santo ha determinado y excitado a los hombres para que escribieran y de tal manera los ha asistido de una gracia sobrenatural cuando escribían, que éstos han concebido exactamente y expuesto fielmente con infalible justeza, lo que Dios les quiso hacer decir y solamente lo que les quiso hacer decir. Si así no fuera no sería El mismo autor de la Escritura" (Publicada el 18 de noviembre de 1893).

La Iglesia ha mantenido firmemente este criterio absoluto contra todas las corrientes científicas, aún la de los propios católicos, que pretendieron sin negar la inspiración, restringirla, frente a las investigaciones históricas que podían modificar ciertas afirmaciones contenidas en la Biblia o ciertas verdades que no coincidían con las científicas en el orden de la astronomía o de las ciencias naturales.

Francois Lenormant, que era católico, en su obra "Les Origines de L'Histoire D'Aprés la Bible et les Traditiones des Peuples Orientaux" (segunda edición, París 1880, Tomo I, Prefacio pág. VIII), sostuvo que las decisiones doctrinales de la Iglesia relativa a los libros inspirados, se referían a la religión, la fe y a las costumbres; es decir, a aquellos puntos en que lo sobrenatural aparecía de una manera directa.

En lo demás, el intérprete recobra su propia personalidad, pues es de suponer que el Espíritu Santo no se ha dedicado especialmente a lograr una exposición de las ciencias físicas o de cualquier naturaleza.

Su obra fue no obstante puesta en el Index.

El Cardenal Newman pensaba lo mismo "porque si no estaríamos obligados -dice- a creer que por inspiración divina la tierra permanece inmóvil, que el cielo es una realidad sobre nuestra cabeza y que no hay antípodas, parece indigno de la majestad divina que Dios se erija en narrador, historiador y geógrafo, cuando estas materias no tengan vinculación directa con la Verdad Revelada" (Sobre la Inspiración de la Escritura: artículo traducido al francés en 1884 en "Le correpondent").

Pero León XIII en la encíclica referida, sostiene que no puede haber oposición entre teólogos y sabios **"si cada uno trabaja dentro de sus límites propios y que en ese caso de conflicto hay que considerar que fue usado por los escritores bíblicos un len-**

guaje metafórico de acuerdo con las apariencias y si el conflicto se plantea en el terreno histórico hay que considerar como solamente aparente cualquier error y acudir a la crítica del texto mismo, aplicando las reglas comunes de la hermenéutica, pero en ningún caso cabe restringir la inspiración ni aceptar que pudo equivocarse el autor de los libros sagrados".

Esto no obstante no hay que considerar que la Iglesia ha procedido arbitrariamente a la elección de los libros incluidos en el canon, ni menos aceptar que ha elegido determinados libros o excluido porque así convenía a sus enseñanzas.

La Iglesia ha respetado escrupulosamente la tradición y no hay que olvidar que hoy día para la ciencia histórica, la tradición es una fuente que no tiene por qué ser desdeñada, como lo ha sido hasta ahora con resultados harto pobres y contradictorios según se sabe a la luz de las investigaciones arqueológicas de los últimos tiempos.

La Iglesia ha seguido el canon de los judíos helenistas que en lo fundamental no está en desacuerdo con el canon de los judíos de Palestina; y ambos están abonados por una corriente histórica que tiene todas las características de una tradición perfectamente seria. Lo que es absolutamente seguro es que no hay otros libros que tengan un apoyo tan formidable como el que tiene el Viejo Testamento; el que quiera contradecir esta opinión tendrá que decir cuál es ese libro o libros y cuál es esa tradición; es un libro que ha atravesado todas las culturas; que viene de Oriente a Occidente y que es adoptado por los pueblos más diversos mediante traducciones que por su número y su importancia tampoco tienen punto de comparación con los de ningún otro libro. La Biblia y su difusión es un fenómeno único en la historia de la cultura humana. En el siglo XVIII todas las fuerzas intelectuales y económicas parecen unidas para destruirla; en el siglo XX, las investigaciones arqueológicas le devuelven el crédito que las especulaciones racionalistas habían empañado. Este es un acontecimiento que yo al menos considero como el de mayor jerarquía espiritual de los últimos tiempos. Aun los historiadores evolucionistas modernos, los más serios no niegan ya que el relato bíblico coincide de una manera sorprendente e inesperada con las fuentes profanas (Contenau G., "La Civilisation des Hittites et des Hurrites du Mitanni", Payot 1948, pág. 12. Hrozny Bedrich, doctor honoris causa de la Universidad de París, profesor de la Universidad Charles IV, Praga, "Histoire de L'Asie Anterieure, de L'Inde et de la Crete", 1947, pág. 6).

Y Sir Leonard Woolley, nada menos que el Director de las Investiga-

ciones en Ur de los Caldeos en representación de la Universidad de Pensilvania y del Museo de Londres, le dedica con las pruebas a la vista, un sorprendente capítulo a la autoridad de la tradición ("Abraham", Payot 1949, Capítulo I Autoridad de la Tradición, pág. 13).

No otra cosa que recoger la tradición hicieron los hebreos bíblicos antes de Jesús; y no otra cosa hizo la Iglesia, al recoger esa tradición que tenía -como ningún otro documento de la antigüedad- el respaldo de una unanimidad secular de tal manera concordante que su legitimidad no podía ponerse en duda.

Un escritor que no ha rehuido el libre examen de la Biblia, sometiéndola a un riguroso método crítico, Alfred Loisy, dice:

"En lo que se refiere a la conservación de los textos bíblicos, las decisiones y enseñanzas de la Iglesia no garantizan sino dos hechos generales, igualmente reconocidos por una crítica imparcial; a saber, que los libros bíblicos no han sido alterados en su sustancia y que las alteraciones accidentales que pueden existir en los textos eclesiásticos jamás han tenido por resultado introducir un error doctrinal, una creencia extraña a la Revelación contenida en las escrituras auténticas. La integridad sustancial, que la Iglesia asegura a la Biblia que usa, se encuentra garantida implícitamente a los otros textos antiguos de la Escritura, en razón de la relación estrecha que tienen con los textos eclesiásticos. La Biblia hebraica, la Biblia griega, la Vulgata latina no obstante las numerosas divergencias que existen entre ellas, representan sustancialmente las Escrituras originales".

Si bien, agrega Loisy, ninguna de estas biblias puede ser un testigo indiscutible y perfectamente exacto del texto primitivo en sus menudos detalles. ("Etudes Bibliques", troisieme edition revue et augmentée, París 1903, Alphonse Picard et fils. Editeurs, pág. 107).

La Iglesia ha adoptado el canon de los judíos alejandrinos, en otras palabras, la traducción al griego llamada de los setenta o septuaginta o alejandrina que como hemos visto tuvo lugar entre los siglos II y I antes de Cristo.

Los judíos de Palestina excluyeron de su canon algunos libros o partes de ellos que habían sido traducidos al griego en la Biblia de los setenta y los protestantes siguieron el canon de los judíos palestinianos.

Tal es en síntesis el origen de las actuales denominaciones: Biblia hebrea, Biblia protestante, Biblia Católica.

En lo fundamental son una misma cosa; las diferencias residen en la exclusión de algunos libros y pasajes de otros; la Biblia Católica como la de los judíos alejandrinos es más amplia. Los judíos de Palestina excluyeron en algunos casos los libros que no estuvieron escritos en idioma hebreo y acaso también fueron más rigurosos en admitir sólo los libros que tuvieran una más lejana antigüedad.

Pero es evidente que estas discrepancias entre judíos de Palestina y judíos de Alejandría que adoptaron la traducción de los setenta porque no hablaban hebreo, no se manifestó sino después del advenimiento del cristianismo y acaso porque la lucha entablada entre los judíos que aceptaron o rechazaron a Jesús, los envolvió en un torbellino de pasiones que los indujo a diferenciarse.

No hay que olvidar que los judíos celebraron como un gran acontecimiento la traducción de la Biblia hebrea al griego dijeron después del advenimiento de Jesús que la traducción al griego de los setenta fue más trágica y nefasta para ellos que la adoración del becerro de oro.

Una enciclopedia protestante dice sobre el particular: **"Cuando en los primeros siglos de la era cristiana la versión de los setenta fue sospechada por los judíos de Palestina, no fue porque contenía libros que no estaban en su propia colección. Esta circunstancia parece haberles sido posiblemente indiferente"** (*Encyclopedie des Sciences Religeuses* publie sous la direction de F. Lichtenberger - Doyen de la Faculté de Thelogie Protestante de Paris - Paris 1877, T. II, pág. 982. El artículo pertenece a M. Nicolas).

Sin embargo parece probable que si la dirección espiritual del judaísmo partió siempre de Jerusalem, cuando los judíos alejandrinos aceptaron los libros llamados después canónicos, es porque también los habían aceptado los palestinos.

Así parece entenderlo no obstante la ambigüedad de algunos de su párrafos, el autor protestante que dejo citado; porque más adelante, dice:

"En realidad (se refiere a los judíos) **veían con pena que esta versión** (la de los setenta) **empleada por los cristianos de Oriente lo fuera al mismo tiempo por una notable cantidad de correligionarios. Tenían en esto una suerte de comunidad que les resultaba inoportuna y desagradable. Hubieran querido que el culto judío fuera celebrado en todas partes en el idioma de sus antepasados. Trabajaron con tanta perseverancia como ardor, para excluir de las sinagogas toda versión griega, y concluyeron por obtenerlo"**, pero tardíamente porque durante mucho

tiempo después siguieron la mayor parte de los judíos apoyándose en la biblia griega.

Sin embargo, no se plantea entonces la cuestión de libros canónicos y deuterocanónicos y aún la palabra canon en el sentido que le dieron los cristianos en el siglo IV les era desconocido. La vida religiosa se desenvolvía entonces alrededor del Pentateuco y sobre el particular en momento alguno se planteó ni entonces ni ahora, cuestión alguna referida a que fueran o no canónicos.

En realidad dice el protestante Nicolas que los judíos de Alejandría agregaron algunos libros impregnados como los demás de espíritu judío y que venían a enriquecer la colección de la historia de la familia hebrea; y agrega:

"Desde el punto de vista judío no había ninguna razón para impedirlo y el acontecimiento probó que no estaban equivocados, porque más tarde cuando los conocieron sus hermanos de Judea no la observaron".

La cuestión de los libros protocanónicos o sea los de la Biblia hebrea y los libros deuterocanónicos o los de la septuaginta, se replanteó cuando se produjo la desviación protestante que aceptó la colección de los judíos palestinos.

Es interesante desde este punto de vista conocer la opinión protestante mencionada en la citada obra de Lichtenberger:

"Los católicos no han cesado de reprocharle a los protestantes de haber cercenado la Biblia y los protestantes acusan a los católicos de haberla falsificado, mezclando una cantidad de elementos extranjeros e impuros. En realidad las acusaciones están mal fundadas de una parte como de la otra. Los protestantes no han cercenado nada ni los católicos han falsificado cosa alguna; solamente circunstancias históricas en gran parte independientes de su voluntad han llevado a los unos a adoptar el Antiguo Testamento Alejandrino y a los otros el Antiguo Testamento Palestiniano".

Sin embargo es evidente que los protestantes no tienen razón en haber roto la antiquísima tradición judeo-cristiana, planteando una disidencia más que no se refiere concretamente a ningún punto de fe. Yo veo en esto una intención política para ahondar diferencias que debían originar tan serias consecuencias para la unidad cristiana pues se rompía una tradición histórica que durante muchos siglos les fue común.

La Iglesia no había elegido arbitrariamente la tradición de los judíos griegos: la lengua hebrea, lo reconoce el citado autor protestante, **"era**

una lengua muerta, mientras que la lengua griega se había extendido en todos aquellos lugares en que el cristianismo empezaba su desenvolvimiento". "Cuando pasó a los países de lengua latina se hicieron una gran cantidad de traducciones de las Escrituras Santas en esta lengua, pero siempre sobre la versión de los setenta" (ídem. pág. 584) **"... para la gran masa de los fieles el Antiguo Testamento fue el de la versión de los setenta"** (ídem, pág. 585).

Canon de los judíos de Palestina: Comprende los libros del Antiguo Testamento escritos en hebreo con algunas partes en caldeo y en arameo. Son 36 reducidos a 22 para que coincida con las letras del alfabeto hebreo.

Son la ley "Torah" - Los Profetas "Nebi um" - Los hagiógrafos "Ketubin".

Torah - Pentateuco.

Nebi um - Josué, Jueces con Ruth, los Dos Libros de Samuel, los Dos Libros de Reyes. Son los primeros profetas.

Los otros profetas Nebi - últimos profetas, Isaías, Jeremías, Ezequiel y los doce pequeños profetas.

Salmos, profetas, Job, Eclesiastés, Esther, Daniel, Crónicas y Paralipómenos. Moisés.

Sobre la Biblia

Biblia: es el nombre por el cual se designa al conjunto de los libros santos. En hebreo la palabra *sefer,* libro, es empleada en el sentido de libro sagrado.

En Daniel IX: El plural Hassefarim, los libros, designa una colección de libros sagrados.

En griego *Biblos* que deriva de *Bubhos, papyrus* y equivalen a *sefer*. Antiguamente se decía libros sagrados.

La palabra biblia se conservó en latín en su forma griega para indicar "los libros".

El plural se transformó en femenino singular: La Biblia, en la época de la baja latinidad y así la emplearon los escritores de la Edad Media.

Libro en griego y latín "liber", corteza interior de algunos árboles y después se dijo del papyrus -después *liber* el rollo de papiro escrito, por oposición a "chartra" o el no escrito. En definitiva tuvo el sentido del hebreo *sefer,* hojas escritas.

~~hebreo sefer hojas escritas.~~

El texto del Antiguo Testamento.

No es fácil la historia del texto del Antiguo Testamento, los manuscritos hebreos son recientes y no demuestran sino el estado de la versión masorética.

Con estos antecedentes se puede más o menos formular una historia del texto del Viejo Testamento, considerando cuatro períodos:

1º : anterior a la versión de los setenta.

2º : desde esta versión a la constitución del texto masorético.

3º : el período masorético.

4º : el período posterior al masorético.

La división en capítulos fue hecha por Etienne Langdon -1228- Profesor de la Universidad de París, introducido en la Biblia llamada parisine hacia 1226. Pasó de ahí a todas las ediciones bíblicas incluso a la hebraica.

La división en versículos fue obra de Roberto Etienne en la versión de 1551.

La versión de los setenta.

Según Fhilon "De Vita Mosis", los judíos veneraron tanto la griega como la hebrea celebrando anualmente una fiesta en la isla de "Faros".

No hay ningún manuscrito de la Biblia anterior al siglo X, en hebreo; en griego y en latín, no anterior al siglo IV. Qumrán

Los judíos enterraban los ejemplares deteriorados en escondites llamados: ghenizah.

En grandes caracteres que se emplearon hasta el siglo VIII y de una Vulgata del latín, se conservan textos de los setenta en Londres, Museo Británico, llamados alexandrinos - Vaticanos - Roma - Sinaíticus - San Petersburgo.

De la Biblia hebrea sólo queda la reproducción hecha por los masoréticos.

Más tarde la septuaginta fue adoptada por los cristianos, por lo que perdió prestigio frente a los judíos.

La versión del profeta Daniel no es de la septante sino de Teodoción (judío traductor de la Biblia posterior a los setenta).

No hay ningún manuscrito hebreo de la Biblia que sea anterior al siglo X de nuestra era. Ningún manuscrito de interés, griego o latino, es anterior al siglo IV.

La historia de los textos del Viejo Testamento presenta todas las dificultades que pueden derivar de la reconstrucción de una literatura tan antigua como ésta.

Hay que recurrir a las más antiguas versiones hechas en hebreo y a las citas y explicaciones de los rabinos y de los padres de la Iglesia que se han referido a esos textos, comparándolo con la edición masorética.

El período anterior a la publicación de la versión de los setenta, es sin duda el más obscuro. No se sabe en qué condiciones fueron transmitidos los textos hebreos anteriores a la edición de los setenta; una mínima parte podían estar escritos en arameo.

La versión de los setenta es pues la más antigua y por ella podemos tener noticias del respectivo texto hebreo.

Se ha dicho por algunos Padres de la Iglesia, que Esdras -de estar a lo que se dice en el Libro Esdras IV, Nº 22 a 24- habría bajo la inspiración divina reconstruido los libros que se destruyeron bajo el impío Manasés o por el incendio de Jerusalem y el templo por Nabucodonosor.

Esdras, después de ingerir un brebaje misterioso, habría padecido **"por la inteligencia y la sabiduría que crecía en su pecho". El Altísimo le habría dado el don de la inteligencia y ordenado que escribiera lo que viera en estado de exaltación, juntamente con sus compañeros... "y en cuarenta días se escribieron doscientos cuatro libros".**

La referencia no es directa y además el Libro IV de Esdras, pese a su valor literario y a la profundidad de su contenido, no tiene un valor como libro de historia (Vigouroux le niega al apocalipsis de Esdras toda autoridad).

Puede afirmarse en cambio que los cautivos llevaron la Ley y en II Macabeos II, 2, se dice de Jeremías: **"y cómo prescribir varias cosas a aquellos que eran llevados cautivos, dioles asimismo la luz para que no se olvidasen de los mandamientos del Señor y no se pervirtiesen sus corazones con la vista de los ídolos de oro y plata y de toda su pompa. Y añadiéndoles otros varios avisos los exhortó a que jamás apartasen de su corazón la Ley"** (II Macabeos II, 2). Durante el cautiverio, Instrucción a sus hijos (Daniel IX-11).

Es posible que de acuerdo con San Irineo, Esdras haya recogido, restablecido y puesto orden en lo que quedaba de los libros santos incendiados. Se dice también que Esdras, de acuerdo con la sinagoga clausuró el canon de los libros sagrados, pero es posible que así no fuera, entre otras cosas, porque todos los libros canónicos no estaban escritos en esa época.

Esdras trajo la ley del libro y restauró el divino conforme a la Ley de Moisés (I Esdras VII, 14).

Existieron también otras hipótesis, pero lo más sensato sería suponer, teniendo en cuenta las características de la personalidad de Esdras, que éste vigilara la transmisión del Pentateuco y de los libros santos que le fueron anteriores. Pero éstos estaban ya en poder de los cautivos antes de Esdras.

Aunque en el transcurso de los siglos los libros santos han debido sufrir todo lo que puede suponerse en materia de injurias propias del tiempo y la injuria de los copistas, puede suponerse que si estaban bajo el cuidado de los sacerdotes, no debieron producirse sobre lo sustancial; sobre todo si tenemos en cuenta que la memoria era un elemento de mucha consideración en los pueblos antiguos.

El cambio de escritura que tuvo lugar a la vuelta de la cautividad, debió ocasionar algunos cambios no importantes; para saberlo vale la comparación con el Pentateuco Samaritano escrito en la vieja escritura que se puede comparar con la edición de los masoretas. Hay algunas diferencias; entre ellas la edad de los patriarcas.

La confrontación con pasajes repetidos (deuterógrafos) nos advierten que las diferencias en las diversas copias no son en realidad fundamentales y dejan intacto el relato histórico en la substancia del mismo.

La comparación de la septuaginta con la edición de los masoretas, demuestra que se ha tenido en cuenta ejemplares distintos, pero aún así para los tiempos posteriores a la edición de los setenta las diferencias, por notables que parezcan no alteran el fondo del relato y su verdad.

Flavio Josefo en el "Contra Apión", lleva un fuerte ataque a la cultura de los griegos, especie de advenedizos en medio de grandes culturas cuyo significado no comprenden sino tardía y parcialmente.

Flavio Josefo quiere demostrar que los griegos no tuvieron historia ni supieron escribirla después, a diferencia no solamente de los judíos, sino también de los babilonios y los egipcios. Acerca de la historia de los judíos dice:

"Puesto que no es permitido entre nosotros a todo el mundo escribir historia, es que nuestros escritos no presentan divergencias y sólo los profetas relatan con la claridad los sucesos lejanos y antiguos, por haberlos sabido por inspiración divina y los hechos contemporáneos por lo que han visto ellos mismos... Los hechos muestran con qué respeto nos acercamos a nuestros libros. Después de haber transcurrido tantos siglos, nadie se ha permitido agregar nada, ni omitir ni cambiar nada. Es natural para todos los judíos, desde su nacimiento, pensar que está en los libros la voluntad divina y de respe-

tarla y de, inclusive, morir por ella con alegría. También hemos visto a muchos judíos cautivos soportar torturas y todo género de muertes en los anfiteatros para no pronunciar una sola palabra contraria a las leyes y a los anales; entre los griegos ¿quién soportaría tanto por un tal escrúpulo? Ni aún para salvar toda su literatura nadie sufriría ni el menor daño, pues para ellos son discursos improvisados según la fantasía de sus autores..."

Estas palabras son significativas en lo que se refiere a la conservación de los textos bíblicos y en igual sentido se expidió Filón.

Algunos padres de la Iglesia, han acusado a los judíos de haber alterado los textos del Viejo Testamento en los pasajes proféticos y mesiánicos, que los cristianos invocaban en favor de la divinidad de Jesucristo.

La acusación de San Justino no es legítima y sin duda provenía de un ejemplar de la septuaginta que tenía interpolaciones; San Irineo supone en cambio que no la falsificaron porque no apreciaron que serviría de prueba a los cristianos, pero si lo hubieran sospechado habrían quemado la traducción de los setenta.

San Jerónimo se apoya en Orígenes, quien dijo que Jesús y los apóstoles, no obstante los ataques a los escribas y fariseos, no les imputaron el haber alterado las escrituras; y no es admisible que las hayan falsificado después, puesto que Jesús y los apóstoles citaron las escrituras en aquellos puntos que son precisamente los que debían falsificarse después.

San Crisóstomo, sólo les imputa el hacer traducciones obscuras de los párrafos que se referían al Mesías.

En general se piensa que no hubo alteración maliciosa de los judíos, sino inconvenientes de que en esa época se empleaban las traducciones de Símaco, Teodoción, Aquila y la de los setenta. Conforme Richard Siomon; ("Histoire Critique Du Vieux Testament" - II - Cap. XVII, pág. 97 - 111).

El período masorético va del siglo VI al XI (DC). No es propiamente una edición del texto bíblico, sino una transcripción que se propone fijar la pronunciación tradicional que estaba ya establecida de una manera más o menos uniforme desde el siglo II de la era cristiana. Han usado signos convencionales para expresarlo así.

Los masoretas han vocalizado el texto hebreo mediante el invento de los "puntos-vocales". No cambiaron las consonantes y fueron respetuosos del texto hebreo hasta el punto que aún los errores los

transcribieron con el nombre de Ketib, anotando al margen del texto tal cual debía leerse el keri. Los keri son variantes discutidas entre los doctores palestinianos y babilonios.

En conjunto son 216 para todos los libros de la Biblia, excepto el Pentateuco que tiene pocas y fueron publicadas por Jacobo Ben Chaman en la segunda biblia rabiniana de Bomberg, en Venecia en 1524.

Algunas fallas de los masoretas reposan en que no tuvieron la vista varios textos hebreos, sino uno solo sin compararlo con otro. Era uno de los ejemplares corrientes en el siglo II de nuestra era.

Los masoretas con ese extremado respeto por los textos, impidieron nuevas alteraciones y contribuyeron a fijar así un texto único salvando su integridad a toda costa.

En el siglo XVI la biblia íntegra fue impresa (1511), después la Políglota de Alcalá (1514).

La Masora, en hebreo Mâssôrah, viene posiblemente de *mâsâr*, transmitir oralmente, es decir tradición. Algo de *âsâr*, ligar, por donde masorético sería el lazo que fija la inmutabilidad del texto. Usaron los puntos vocales.

Terminado el Talmud en el siglo V, trabajaron hasta el siglo VIII hasta terminarla.

La Septuaginta

Es la primera traducción del Antiguo Testamento hebreo hecha en griego vulgar antes de la Era Cristiana.

Aristóbulo (judío alejandrino y posiblemente preceptor de Ptolomeo, rey de Egipto, según II Macabeos 1-10) pretendió que existían otras traducciones muy anteriores, aún de la época de la dominación de los persas. Esta afirmación se encuentra en un fragmento conservado de su libro a Ptolomeo VI Filometas (170-150).

Su propósito era demostrar que Platón había conocido la ley de Moisés o por lo menos un extracto de ella. La crítica moderna ha rechazado esta afirmación que en su época y aún después fue creída inclusive por padres de la Iglesia.

La septuaginta o versión alejandrina, tiene excepcional importancia por haberse realizado sobre su base importantísimas exégesis bíblicas y haber sido la base de las traducciones posteriores.

Representa el texto hebreo del Antiguo Testamento en un estado bien anterior a la fijación del texto masorético; tiene en consecuencia

importancia para la reconstrucción del texto original de la mayor parte de los libros del Viejo Testamento.

Ha sido empleada y citada por los Apóstoles y los escritores del Nuevo Testamento, es pues un testimonio apostólico y base de la fe cristiana.

Ha sido escrita en griego vulgar, como los del Nuevo Testamento; sirve para comprender el estilo y el sentido de muchos pasajes.

Las más antiguas versiones del texto latino han sido hechas de la septuaginta.

Ha sido la base de las versiones siríacas, etiópicas, coptas, árabes, armenianas, etc.

La leyenda que existe alrededor de la traducción proviene de una carta del sabio judío Aristeo a su hermano Filocrates (hacia el año 200 a.C.).

Ptolomeo Filadelfico habría escrito al gran sacerdote Eleazar, para pedirle traductores instruidos, para vertir el texto hebreo y enriquecer así la biblioteca de Alejandría.

El gran sacerdote habría elegido setenta y dos ismaelitas, seis por cada tribu y los envió a Egipto con un ejemplar.

Fueron conducidos a la isla de Faros e instalados en un palacio; en setenta y dos días terminaron la traducción.

Filón que conoció esta leyenda sostiene que los traductores trabajaron independientemente y no sólo obtuvieron identidad en el sentido sino en las expresiones, por lo que los supuso inspirados por Dios. Sostuvo que se celebraba el acontecimiento todos los años, con una fiesta en la isla de Faros, en donde se reunían griegos y judíos.

Flavio Josefo transcribió gran parte de la carta e hizo un resumen de la misma en sus *Antigüedades Judías* XII 2.

Repitieron esta leyenda con variantes, San Justino, San Irineo, Clemente de Alejandría, San Cirilo de Jerusalem; agregando algunos de ellos que fueron encerrados de dos en dos, pero no negando la inspiración divina en la traducción.

El Talmud de Babilonia y los samaritanos admiten la leyenda y también el propio San Agustín; y hasta el siglo XVI la carta de Aristea fue tenida por cierta.

La primera duda la dio Luis Vives en una nota a San Agustín, en la *Ciudad de Dios* (1522).

Pero la Iglesia no enseñó nunca la inspiración de los setenta.

La verdad puede estar en que la leyenda tiene algo de verídico, porque si fuera completamente falsa no se habría difundido sin que nadie la

contradijese; la versión debió pues ser hecha bajo Ptolomeo Filadelfo sobre todo para necesidad de la colonia judía muy numerosa en Alejandría, que ya no hablaba hebreo. La traducción debió ser hecha por judíos alejandrinos y no por hebreos enviados de Jerusalem; lo prueba el tipo mismo de la traducción que revela un conocimiento del hebreo poco perfecto y el manejo del griego vulgar que se hablaba en Alejandría.

La traducción no debió ser hecha en conjunto y en una sola vez (acaso la leyenda de Aristea se refiera exclusivamente al Pentateuco). Los intérpretes no han seguido los mismos principios ni empleado iguales palabras griegas para traducir términos hebreos.

Los nombres divinos no han sido traducidos de la misma manera.

Esta cuestión está bien estudiada en Loisy "Histoire Critique du Texte et des Versions de la Bible".

Existieron traducciones posteriores de Aquila, de Teodoción y de Symmaco y fueron consideradas por muchos cristianos como tentativas de alterar la septuaginta en aquellos puntos que pudieron referirse a la llegada del Mesías.

En ese primer conflicto entre cristianos y judíos, la traducción de los setenta debió sufrir alteraciones de los traductores y de los copistas.

Algunos rabinos dijeron que las tinieblas cubrieron el mundo durante tres días cuando los setenta hicieron la traducción; y otros dijeron que el día que se hizo la traducción fue más nefasto que el día que fabricaron el becerro de oro.

Orígenes se propuso corregir el texto de los setenta acercándolo al texto hebreo. Se trata de la llamada Héxapla y también Tétrapla, Pentasélida, Héptaples, Octaplas y Eucaples.

Hay grande confusión sobre este punto.

Hizo su trabajo en columna. Hay grandes variantes sobre los textos transcriptos en las columnas.

Me he extendido -no creo que demasiado- en el relato de los esfuerzos de hebreos y cristianos para salvar del olvido los sagrados principios de sus creencias; prueba de religiosidad profunda como no se encuentra en ninguna otra parte de la historia del mundo, ligado a las exigencias espirituales de lograr la autenticidad de los textos religiosos, que se remontaban al principio de los tiempos, a ese inconmensurable misterio de la Creación por Dios Padre de los seres humanos en estado de ciencia y de conocimiento.

Ya fijados los principios en la traducción al griego de los textos hebreos, hay una base sólida: la septuaginta, que traducida al latín pasó de

Oriente a Occidente para crear la Europa cristiana, que alcanzó -sin duda alguna- el ápice de la cultura y de la civilización, fundada en el Decálogo que Dios Padre hizo jurar a los hebreos: Amar a Dios, respetar a los padres, no robar, no adulterar, no levantar falso testimonio, no desear la mujer del prójimo... Después los hombres hicieron la legislación civil y penal sobre el fundamento de una sola moral dada por Dios, es decir absoluta, porque la moral de los hombres es relativa y no sirve.

Lo que sigue de la historia hasta aquí escrita, está dada minuciosamente en los Apéndices de las ediciones argentinas de las biblias católicas; en el año 383 el Papa Dámaso entregó a San Jerónimo la responsabilidad de llevar todo eso al idioma latino que se hablaba en Europa y el Concilio de Trento el 8 de abril de 1546 dio a luz un documento intitulado "Edición y uso de la Sagrada Escritura".

CAPITULO SEGUNDO

IMPUGNACIONES AL PENTATEUCO

Estaba ya por llegar a los dos mil años la vigencia del cristianismo y a distancia de miles de años de las viejas y Sagradas Escrituras, cuando brotaron los impugnadores del Pentateuco, para llevar una enmarañada y trabajosa campaña para demostrar su falta de historicidad; fue una obra de intención satánica porque qué cosa buena se estaba buscando, al destruir el punto de partida y la base sobre la cual reposaba toda una cultura de alta espiritualidad y sentido moral, puesto que ahí, en el Pentateuco, Dios Padre había depositado los mandamientos: no matar, no robar, no desear la mujer del prójimo y así lo demás.

Un judío, Spinoza (1634-1677), con escándalo por cierto entre los suyos, formuló la primera impugnación pero no trascendió; después un médico belga Jean Astruc (1753) que con inocencia escribió unas conjeturas sobre las memorias originales donde parece que Moisés se sirvió para componer el libro del Génesis: tal es el título de la obra que no fue una impugnación; después sí, y vinieron las impugnaciones de autores en su casi totalidad anglosajones y protestantes; un católico, sacerdote interdicto, Alexander Geddes, y un abogado francés, Edouard Reuss; ningún español, como no podía ser sino así: por algo dijo Carlos V que en el cielo se hablaba en español; en España, donde no había habido Reforma, creció con lozanía la Contrarreforma. Declararon algunos que el Génesis no fue escrito por testigos ni con referencias de testigos; otros le adjudicaron la tarea a Nehemías y a Esdras, después que el persa Ciro libertó a los hebreos. Suponen que se había perdido los

textos hebreos y olvidaron que en el pueblo hebreo hay una continuidad de creencias que le quita todo valor a este argumento; y que además, los pueblos antiguos a diferencia de los modernos tenían una memoria sorprendentemente desarrollada.

No llegaron a un acuerdo, algunos creen haber encontrado algunas coincidencias en Graf-Reuss-Wellhausen; pero lo cierto es que la alta crítica -así la llamaron- llegó a las universidades y la Biblia perdió credibilidad aún entre los mismos católicos; todo ello con independencia de los complicados y malos fundamentos de la alta crítica atea, porque es menester señalar que en donde está vigente el positivismo científico, todo lo que tiende directa o indirectamente a restarle autoridad a la tradición católica, tiene una amplísima publicidad en las universidades y en el periodismo, publicidad que abiertamente se le niega a las tradiciones católicas, que no obstante no han podido ser desalojadas del grueso de la población que cree en Dios y va a misa. Citaré tres ejemplos de publicaciones del diario "La Nación" para exaltar el evolucionismo que es una mera hipótesis jamás probada: en la edición del domingo 18 de mayo de 1985, página 4, Sección 3ª., le dedica una página íntegra a un artículo intitulado "Árbol Genealógico del Hombre", con ilustraciones de todos los supuestos eslabones perdidos desde el hombre de Neanderthal hasta el Ramapiteco; en la edición del 23 de diciembre de 1983 (víspera de la Natividad del Señor), le dedica una página entera al evolucionismo con el título de "Cómo el mono se convirtió en hombre", con una ilustración referida a dos criaturas imaginables: la mujer marsupial y el reptil inteligente; con fecha 4 de mayo de 1984, le dedica otra página entera a la hipótesis evolucionista con el título de "Retrato de familia de la especie humana", con una notable ilustración de seis tipos de seres desde el Sidapiteco (diecisiete millones de años) hasta el Homo Sapiens moderno (treinta y cinco mil años). Son datos muy significativos atento a lo que se llama la libertad de prensa, porque las informaciones referidas al catolicismo van en letra chica.

Es menester distinguir las impugnaciones al Pentateuco que empezaron en el tiempo del positivismo científico con Eichhorn, "Einleitung in das A.T.", Leipzig 1780, t. I ("Introducción al Antiguo Testamento"), con las posteriores a la publicación del libro de Darwin, "Origen de las Especies" (1859), porque entonces entró a jugar la crítica más destructora y eficaz aparentemente o sea la de lo posible e imposible que aplicaron entonces, dando vigencia a las etapas de Morgan, salvajismo, barbarie, civilización, con sus correspondientes edades: la de piedra, la de la piedra pulimentada, etc.

Es notable lo que dice uno de los más importantes impugnadores del Pentateuco, Wellhausen: "La tradición israelita en este punto vale más que todas las objeciones. Basta con que sea posible para que sea una locura preferir otra posibilidad" (citado por Ricciotti, "Historia de Israel", tomo I, pág. 112).

Efectivamente, es una locura, pero es también un despropósito y hasta una sandez quebrar una tradición milenaria fundada en una idea subjetiva como es la distinción entre lo posible y lo imposible. En mis clases de la Universidad Nacional de La Plata traté ampliamente esta cuestión.

No obstante una propaganda a todo trapo llevó los resultados de alta crítica al mundo de la cultura, porque fueron fecundos; yo he encontrado más de treinta autores que se entregaron a la tarea de destruir el Pentateuco; y escribieron mucho; yo adquirí en el remate de la biblioteca de Horacio Oyhanarte la obra de Edouard Reuss, "La Bible-Traduction Nouvelle avec Introductions et commentaires", editada en dieciséis volúmenes.

Cuenta Vigouroux en su diccionario (Pentateuque, columna 109), que después de 1887 cierto número de exegetas y de críticos católicos, sacerdotes seculares y religiosos, habían expresado públicamente ante la tolerancia de sus superiores que la tesis de la autenticidad mosaica del Pentateuco no se imponía por la fe a los cristianos y podría ser libremente debatida, porque no hace parte de la Revelación Divina.

Claro está y a la Biblia la tiramos por la ventana.

Y si no estamos desorientados, debiéramos no olvidar que San Pablo rechazó la filosofía, en un párrafo de la Epístola a los Colosenses ciertamente olvidado cuando no tergiversado, que dice así: **"Estad sobre aviso para que nadie os seduzca por medio de la filosofía y con vanas sutilezas, fundada en la tradición de los hombres, en los elementos del mundo y no en Jesucristo..."** (II-8); y en I Corintios repudió con exaltada vehemencia la supuesta sabiduría humana.

Quiero de cualquier manera dejar aclarado un punto que se relaciona con el resultado final de la alta crítica, que triunfó en las universidades y en el mundo de la cultura no porque sus argumentos fueran decisivos, ni mucho menos, sino porque en esa época -ya muy avanzado el siglo XIX- el positivismo científico y el evolucionismo habían desacreditado todo lo que fuera sobrenatural y por cierto que tenía que caer el Pentateuco por anticientífico; porque algunos católicos ilustres defendieron bien la autenticidad mosaica del Pentateuco, por el camino de

un largo estudio preciso y minucioso como la obra de E. Mangenot, "L'authenticité mosaique du Pentateuque", París 1907, transcripto casi totalmente en el Dictionnaire de la Bible de Vigouroux (palabre Pentateuque), que destruye el grosero error de los partidarios de Wellhausen que han descubierto que al regreso a su tierra liberados por Ciro el persa, los israelitas hicieron un fraude atribuyéndole a Moisés lo que ellos habían escrito; esto podría parecer muy normal en tiempos modernos pero no en la antigüedad cuya religiosidad y horror por la mentira lo tornan totalmente inverosímil.

Esta cuestión ha perdido hoy importancia; nadie va a estudiar la polémica sobre la autenticidad del Pentateuco; pero lo que está hoy a la vista y al alcance de todo el mundo, son las excavaciones de las ochenta ciudades del Cercano Oriente donde se han encontrado pruebas tan importantes y decisivas como la llegada del Arca de Noé al monte Ararat y la noticia de que Noé y sus hijos se dirigieron hacia el Oriente y llegaron a la planicie del Sennear y fundaron una ciudad y elaboraron ladrillos que hoy han sido encontrados, como se verá en lo que digo más adelante.

CAPITULO TERCERO

ORIENTE Y OCCIDENTE

En nuestro curso, trataremos de captar, en lo posible, el espíritu y la esencia de lo que fue el mundo antiguo; es decir, aclaro mi pensamiento, no haremos propiamente una historia social, religiosa, económica, política o militar de la antigüedad, sino que trataremos de subordinar todo eso a una síntesis que nos informe sobre las culturas antiguas con relación a otras culturas, entre ellas la nuestra; en otras palabras, lo que tenga un valor universal en el mundo antiguo, es decir lo que no ha sido perecedero.

La tarea no es nada fácil; no solamente por los muchos años que nos separan, sino porque nuestro mundo actual, a partir del siglo XVIII, ha sentado su cultura sobre bases que parecen no tener ninguna semejanza con las que inspiraba la vida en los primeros tiempos; y además conservamos desde los tiempos de Voltaire el convencimiento -erróneo por cierto- de que nuestra cultura, según las palabras de Dilthey (El *Mundo Histórico*, pág. 368, Edición F. de Cultura Económica), "es la medida para los valores de toda manifestación histórica".

Este criterio ha dado lugar a interpretaciones del mundo antiguo que, según algunos, son erróneas o por lo menos restringidas y pobres. Entre esos "algunos", me cuento yo.

Lejos de lo que podría suponerse, el estudio de la civilización antigua no es tarea del todo pacífica, ni serena y objetiva, como si fuera un mundo muerto sobre el cual no juegan ya las pasiones de los hombres. Lo primero que se advierte al escrutar la bibliografía, es que los historiadores modernos han llevado al mundo antiguo sus propias conviccio-

nes, sus pasiones, sus puntos de vista, rigurosamente personales; y hasta sus simpatías y sus antipatías, como en el caso del pueblo hebreo. Han creado un mundo antiguo que sirviera para sustentar racionalmente su propia civilización o, específicamente, tal o cual teoría.

Aún bajo la apariencia de una alta y científica objetividad -mucho más proclamada que lograda- han sometido a la historia antigua a un proceso de conformación a sus propios cánones; de esa suerte supusieron -con arreglo a ellos- lo que debió haber sucedido y apenas si miraron -y mal- lo que realmente sucedió.

El esquema evolutivo "salvajismo" - "barbarie" - "civilización", es un ejemplo que muestra muy al vivo esa tendencia; pues concebido teóricamente como una evolución racional de la historia, fue aplicado inflexiblemente al mundo antiguo, de manera que a las buenas o a las malas, ricas y complejas civilizaciones fueron introducidas en el esquema simplista del progreso, de acuerdo con los preceptos teóricos previamente establecidos. La faena resultó difícil y ardua, pero los hombres de ciencia -que suelen tener más aptitudes para el trabajo que para el acierto- realizaron un enorme esfuerzo para crear una trama histórica que resultó, a la postre, equivocada.

Así la historia antigua se tornó cada vez más obscura e incomprensible; y la necesidad de una reacción se convirtió en una preocupación en beneficio de la claridad del proceso mismo que había quedado seriamente comprometida.

Mi programa de historia ha sido construido de manera de presentar los hechos del mundo antiguo, a la luz de estas dos concepciones.

Se aparta -en respetable proporción- de los que son corrientes tanto en el país como en el extranjero. Les daré sintéticamente las razones que me han decidido a conmover el criterio tradicional de la enseñanza de esta materia, pero en detalle, esas razones aparecerán en su tiempo al tratar los diversos puntos del programa.

La bibliografía contraria al criterio que sustento, figura con toda amplitud en el programa oficial.

Generalmente, es corriente referirse a Grecia y Roma cuando hablamos del mundo antiguo; algunos panegiristas -que no sólo no faltan sino que abundan en el campo de la historia- hablan del "milagro griego" y otros de la "Roma eterna", como antecedentes históricos de nuestra civilización.

En cuanto a Oriente, también se estudia, naturalmente, pero como a algo que no nos atañe, como si estuviera fuera de nuestra órbita.

Así ha nacido la idea de dos mundos contrapuestos: Occidente y

Oriente; Kippling decía: "East is East and West is West, and never the twain shall meet" (El oriente es el oriente y el occidente es el occidente, y ninguno de los dos se encontrarán jamás).

Esto no es históricamente exacto como parece literariamente al través de una frase poética, bien construida, de un efecto indudable, referida al lejano Oriente.

El asunto concretado históricamente -sin negar el problema en sí- lo trasladaría a otro terreno donde aparece iluminado por una perspectiva distinta, mucho más amplia, y sobre todo mejor informada. Que occidente y oriente se encuentren alguna vez, es asunto para profetas y yo no lo soy; pero históricamente no puede justificarse una contraposición tan neta entre Oriente y Occidente, sino a condición de limitar la historia antigua al mundo greco-romano y atribuirle a éste la creación de una cultura que sería la occidental, precisamente.

Sin embargo, y esto va como simple ejemplo, en pleno occidente se debaten todavía hoy dos terribles signos de contradicción, el cristianismo y el judaísmo, que no son creaciones greco-romanas.

Hablamos de una civilización cristiana y Jesús no fue, precisamente, griego ni romano sino judío; y afirmó muchas veces, empeñosamente, sus lazos espirituales e históricos con Abraham, Isaac y Jacobo, es decir, que fue e invocó su carácter de sucesor de un linaje cuya actuación histórica empezó en Oriente, hacia el año 2.000 a.C. con la vocación mística de Abraham, a la que él le da pleno sentido o realidad.

Es cierto que muchos filósofos cristianos y judíos han encontrado vinculaciones entre el cristianismo y Aristóteles; y que a esa tarea dedican entusiasmados largas horas de vigilia, pero eso es en el campo abstracto de la filosofía; pero en el orden de las temibles realidades históricas, nada hay más opuesto que Jesús y Aristóteles y, sobre todo, el mundo de Jesús y el mundo de Aristóteles.

Del pueblo hebreo nos viene el decálogo que -no obstante lo poco que lo cumplimos- es la base moral de nuestra civilización; es además fuente del monoteísmo y del culto sin imágenes en el primer mandamiento: "Tú no tendrás otro Dios que a mí. No te harás imágenes talladas ni figuración alguna de lo que hay en lo alto de los Cielos, ni de lo que hay abajo sobre la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas y no las servirás..."

Esta es la ley de Moisés, posiblemente dada entre los años 3.000 y 2.000 a.C., en medio de un mundo hundido en la idolatría. En esos tiempos los griegos y los romanos no tenían existencia histórica; el mundo de entonces los ignora y ellos tampoco tenían testimonios de su

pasado. Es decir, no escribieron su historia como lo hicieron los hebreos.

¿Qué tiene que ver con todo esto -históricamente hablando- el mundo greco-romano?

El mundo greco-romano vivía entregado a la idolatría y adoración de cuanto encontraba, sin excluir al propio emperador; hasta siglos después de Cristo, persiguió a los judíos y a los cristianos, e incapaces de comprender el sentido espiritual de un culto sin imágenes, los consideraron ateos.

Naturalmente que si reducimos el mundo antiguo a Grecia y Roma, todo lo que en cierta manera es espíritu en nuestra civilización, no tiene explicación; tampoco la tiene la existencia del pueblo judío con sus características históricamente inconfundibles y su supervivencia hasta nuestros días desde los fondos de la historia, cosa que no acontece con otros pueblos.

Como se ve, no es ya tan viable contraponer occidente a oriente.

Sin embargo, una mala información sobre el punto, justifica que se hable sobre cuestiones acerca de las cuales la mayoría de las personas cultas no tienen ni la menor noticia seria. Hay entonces una falla en la enseñanza.

El problema judío provoca -aún hoy- enconadas discusiones y aun guerras violentas y venganzas cruentas; hay quien los defiende y hay quien los ataca; muy pocas personas podrían decirnos, por ejemplo, alguna cosa acerca de las vinculaciones entre los actuales judíos y los hebreos bíblicos.

Jesús no se entiende como personaje que actúa en la historia humana, sin un conocimiento de la historia hebrea.

Fuera de la historia oficial quedan los profetas, la Diáspora, como el proceso de conversión de los primeros cristianos.

Todo esto ¿es Occidente u Oriente?

La historia no se hace con frases; y si abusamos de ellas concluimos pensando con palabras y no con ideas, que -acaso- sea una de las enfermedades más afligentes de los tiempos que corren.

Los profetas hebreos habrían quedado excluidos prácticamente de la historia "científica", porque son difíciles de encuadrar dentro de una explicación racional o en el proceso evolucionista, sobre todo después de haber construido -no sin esfuerzo- un "milagro griego", pues los profetas son anteriores al apogeo griego en Atenas.

De esa manera han quedado fuera de la cultura y casi ignorados en occidente después del siglo XVIII, los personajes más recios y significa-

tivos de la historia del mundo: los profetas.

Parecería que no fueron hombres de la historia sino de la mitología; algunos deben creerlo así. Sin embargo, su actuación -real y efectiva- está vinculada a la permanencia de los hebreos bíblicos en el mundo; su prestigio descansó, precisamente, en el cumplimiento de sus anuncios; un historiador, insospechado como hombre de ciencia, Rodolfo Kittel, refiriéndose a la invasión asiria y a la actuación de los profetas, dice:

"Estos pocos que así vieron la situación, son los profetas de Israel. Desde este momento estos profetas ocupan el centro de la vida popular y asumen la dirección espiritual de la Nación. Todavía hoy está el mundo entero bajo la influencia de estos hombres admirables, en quienes el genio del pueblo israelita ha encontrado su expresión más pura y perfecta. Los profetas de Israel constituyen un fenómeno, como ningún otro pueblo de la tierra puede ostentar en su historia". (Kittel Rodolfo, profesor de la Universidad de Leipzig, "Los Pueblos del Oriente Anterior" en la Historia Universal dirigida por Walter Goetz, versión española de García Morente, T. ,1 pág. 566).

Con arreglo a este criterio, he construido un programa ajustándolo por lo pronto a un cierto orden cronológico en donde los griegos tienen el lugar que les corresponde, conforme al momento de su aparición en la historia, es decir, en el momento que juegan su carta en la cultura universal, y a su importancia; ajustándome a un criterio comparativo con relación a los otros pueblos.

CONFUSIÓN EN LOS DESORIENTADOS TIEMPOS MODERNOS

La gran verdad -que puede verificarse en esta segunda mitad del siglo XX- es que lo fantástico, o en su caso lo mitológico, es una explicación de la historia por lejos más satisfactoria que la derivada del planteo científico que abortó el siglo XIX; es decir, que los grandes y viejos misterios teológicos proyectan una luz mejor sobre los caminos de la historia, que los resplandores del famoso incendio que estalló en Occidente, allá por las postrimerías del siglo XVIII, con sus llamaradas del más puro racionalismo.

Pero no sería fácil señalar a quienes les es dado percibir en su realidad íntima, el ocaso de una intrincada cultura que todavía brilla y promete; y tiene fe en sí misma.

Sin embargo, todos los principios sobre los que edificó su optimismo el mundo moderno, yacen a la intemperie, descalabrados y en el suelo; cada especialista cuando trabaja en su materia lo puede averiguar a ciencia cierta; pero sólo saberlo, si es capaz de sacudirse los errores que se agitan en su propia formación espiritual, lo que en cierta manera significa prescindir de su personalidad en la medida en que éstos la integran.

Si dijéramos que la modernidad es la resultante de una cadena de errores nacidos en las ciencias físicas, biológicas e históricas, allá por el siglo XVIII, habríamos dado paso a una afirmación, hoy, perfectamente comprobable, pero no completa; porque la modernidad es eso, pero es algo más que eso; es además una mentalidad fecundada tan prodigiosamente por esos errores, que no puede desaferrarse de ellos, como si la profecía de Isaías, tan insistentemente recordada por Jesús, tuviera su cumplimiento culminante y universal en este tiempo: "Cierto

oiréis y no entenderéis, veréis y no conoceréis" (S. Mateo XIII, 13).

Quizás algunos ejemplos, adelantados a lo que luego se dirá con más holgura, puedan darnos un esbozo de esta posición contemporánea; así el positivismo que penetró hondo en la historiografía, ha quedado desvirtuado después de un análisis más sagaz del proceso humano; y autores como R.G. Collingwood, entre otros, lo han observado no sin eficacia (*The idea of history* - 3ª parte, parag. 9), lo que no ha impedido que la visión del historiador moderno sea positivista; y que aplique rigurosamente el principio aún desechándolo: Las historias escritas por los propios católicos son positivistas.

Otro ejemplo lo podría suministrar la teoría de la evolución, que trasladada del campo de la biología al de la historia, floreció con lozanía tropical después que Darwin publicó en 1859 "El origen de las especies"; una copiosa literatura más dogmática que bien informada, acreditó el entusiasmo por este nuevo fruto, que también se desprendió del árbol de la ciencia, sacudido por el vendaval racionalista.

Y el hombre comió de él, y hasta se hartó de él, porque le pareció bueno; sin excluir a los católicos ilustres, que con la fe notoriamente resfriada, relegaron a los niños de corta edad el "Génesis" bíblico -con la historia de la caída por obra de la perversa serpiente- por donde el espinoso asunto quedó más o menos a la altura del cuento de la cigüeña.

Pero algunas noticias llegadas del campo de la etnología, acerca del evolucionismo, empezaron a herrumbrar esta llave mágica de la historia universal: Franz Boas, un investigador de seriedad indiscutible e indiscutida, comprobó que los hechos debidamente observados y correlacionados al través de las posibles secuencias históricas "contradecían totalmente esta hipótesis" (*The mind of primitive man*, capítulo X, 1934) . Más tarde autores de la jerarquía de Roberto H. Lowie (Historia de la Etnología), A.L. Kroeber (Antropología Cultural) y Paul Radin (*Primitive man as philosopher*, pág. 373), los tres profesores de la Universidad de California -y limpios de "prejuicios" religiosos- no sólo rechazaron la evolución, sino que no dejaron de consignar su asombro por lo que había perdurado como explicación de la historia; otros ya se habían vuelto contra Darwin para imputarle el haber "retrasado en medio siglo el progreso de la biología"; "estamos en víspera de una bancarrota científica, cuyas consecuencias aún son incalculables" dice von Uexküll: "hay que borrar el darwinismo de la serie de las teorías científicas" (*Ideas Para Una Concepción Biológica del Mundo* - Biblioteca Ideas del Siglo XX - Calpe, págs. 251 y 3).

Estas comprobaciones científicas, que llevan ya algunos años sin que hayan sido contradichas, no han podido impedir que la historiografía -sin excluir la católica- aplique expresa o implícitamente la concepción evolucionista al proceso histórico; cosa que permite sospechar que la mentalidad contemporánea es evolucionista, con entera independencia de la verdad o falsedad del principio, como si el evolucionismo hubiera dejado de ser una teoría, para ser una manera natural de pensar y de concebir el orden y la razón de ser de lo que en el mundo ocurre.

El viejo y recalcitrante Gustavo Contenau, con todos sus títulos a cuestas, entre ellos el de profesor de la Universidad de Bruselas, después de haber estudiado a fondo las civilizaciones arcaicas del Cercano Oriente -hoy redivivas- no deja de observar que el error fundamental en el que habían venido incurriendo, residía en haber confundido al salvaje con el primitivo (*La Magie Chez Les Assyriens Et Les Babyloniens*, 1947 - Payot, págs. 45 y 46), aserción ésta, que compromete la validez de todo el sistema que él sustenta, pero que no obstante, no parece haber logrado un impacto en su propia concepción evolucionista de la historia.

Henry S. Lucas, profesor de la Universidad de Washington, afirma que: "Ningún antropólogo responsable sostiene en este tiempo que la humanidad haya seguido una línea evolutiva" *(Historia de la Civilización*, Argos 1946, pág. 12), lo que no ha impedido que su propia historia sea una historia evolucionista de la civilización.

Mucho más risueña es la posición del talentoso holandés J. Huizinga en su "Concepto de la Historia y Otros Ensayos", cuando intenta borrar la contradicción que amenaza a la cultura occidental. (Fondo de Cultura Económica, 1946 - México).

En uno de sus trabajos: "Problemas de Historia" se detiene frente al peligroso concepto de evolución "vagamente indefinido que se convierte en remedio milagroso", impuesto al pensamiento moderno "como única manera de llegar a la verdad..."; "surgen así -agrega- esos certeros e infalibles evolucionistas para quienes la historia universal no guarda ya ningún secreto y que nos la leen de corrido como si la leyeran en el periódico de la tradición" (págs. 24 y 28).

En definitiva es una impugnación brillante y efectiva a la teoría de la evolución; teoría ésta que vino precisamente a sustituir a las que se llamaron desde entonces -y despectivamente- las interpretaciones míticas de la historia, incluida naturalmente la bíblica, liquidada tiempo ha por Voltaire, según lo cree Dilthey (El Mundo Histórico).

Pero en otro ensayo, recopilado en la misma obra, nos dice Huizinga

esto que es sorprendente, pero también generosamente instructivo: **"Una historia adecuada a nuestra cultura, sólo puede ser una historia científica. La forma de saber propio de la cultura occidental moderna, en lo que a los acontecimientos del mundo se refiere, es la forma de la ciencia crítica. No podríamos renunciar al requisito de lo científicamente seguro, sin lesionar con eso la conciencia de nuestra cultura. Las fábulas míticas sobre el pasado pueden seguir teniendo y tienen valor literario, como formas de juego, para el hombre de hoy, pero no son ya historia para él".** (Pág. 95).

Ahora bien, el evolucionismo -malo o bueno- era la única manera de explicar la historia según sus causas naturales; y si no se explica según sus causas naturales debe recurrirse a las sobrenaturales que son precisamente las formas míticas; pero si el evolucionismo aplicado a la historia, le ha dado a ésta fundamento científico y es una hipótesis errónea como lo cree Huizinga; y el mundo occidental ha abandonado las formas míticas, la verdad es que se ha quedado sin ninguna explicación de la historia, ni la natural ni la mítica; y este terrible problema, lo plantea Huizinga inocentemente, como quien deja caer, distraído, una flor en la tenue corriente de un arroyuelo.

Claro está que para legitimar la historia escrita por un "socialista" y al mismo tiempo la escrita por un "católico", Huizinga recurre a una definición gaseosa que se escapa de las manos como una anguila: "historia" -dice- "es la forma espiritual en que una cultura se rinde cuenta de su pasado"; y como él entiende por "cultura" todo lo que hay de "inevitablemente subjetivo", resultan legítimas las historias escritas por unos y por otros.

Cabe preguntar si la verdad puede poner alguna carta en este juego histórico; y parecería que no; porque Huizinga habla de la "pluralidad de formas de la historia"; y concluye bien a tono con nuestro tiempo, con una frase que se desliza cautelosamente en una penumbra poco exigente: "Si la cultura científica -dice- se conoce lo bastante bien para ello, podrá confesar sin empacho el valor relativo de sus propias creaciones espirituales".

Dejamos librado al talento de Huizinga, la elucidación de sus propias oscuridades; por una parte, lo del "valor relativo de las creaciones espirituales" que combina mal con los "requisitos de lo científicamente seguro" (pág. 95) pero que estalla por la violencia de la contradicción interna, cuando toca a la falsedad de la teoría evolucionista de la página 23, porque la teoría evolucionista era lo "científicamente seguro" para

toda la historiografía que floreció después de Bossuet, que puede considerarse como el último representante de la interpretación verdaderamente bíblica de la historia.

Pero dejemos de lado esto, porque lo que aquí interesa no es Huizinga, ni su concepción de la historia en estado de caquexia, sino la exactitud con que refleja el estado de la cultura occidental contemporánea: positivista negando el positivismo y aún ignorándolo; evolucionista a pesar de haber advertido que esta hipótesis no funciona en el mundo histórico; lo que unido a los darwinistas que jamás han leído "El Origen de las Especies" -que son los más- da una idea cabal del sistema de orquestación de la cultura moderna.

Como lo hemos visto en el capítulo anterior, la teoría de la evolución aplicada a la historia dio lugar en el siglo XIX a una frondosa literatura de tipo científico, que usó un método que denominó pomposamente: "Alta crítica literaria", con el cual creyó destruir la historicidad de los cinco primeros libros de la biblia (Pentateuco).

Hemos dicho también que las investigaciones de las arcaicas culturas del Cercano Oriente en las que no hay ni rastros de un proceso evolucionista, han demostrado que el Pentateuco confrontado con los documentos profanos que hoy se han logrado descifrar y traducir con alguna exactitud, son una fuente histórica de una asombrosa veracidad.

Estas investigaciones -acontecimiento inesperado- no produjeron en el mundo moderno ni el menor estremecimiento, ni siquiera dentro del catolicismo; y las historias llamadas científicas, sin excluir las de origen católico han seguido prescindiendo de este aporte extraordinario, que había sido destruido por el fanatismo racionalista, el más irrespetuoso de todos los fanatismos.

Desde otro punto de vista, las concepciones erróneas en el terreno de la física, influyeron también decisivamente en la historiografía.

Por ahora voy a limitarme a lograr una síntesis de lo acontecido en el siglo XVIII según uno de sus más legítimos representantes, D'Alembert, quien en 1758, escribió:

"La ciencia de la naturaleza adquiere día por día nuevas riquezas; la geometría ensancha sus fronteras y ha llevado su antorcha a los dominios de la física que le son más cercanos; se conoce por fin el verdadero sistema del mundo, que ha sido desarrollado y perfeccionado".

Esta seguridad permitió: **"...atacar con violencia a todo lo que se le pone por delante... todo ha sido discutido, analizado, removido, desde los principios de la ciencia hasta los funda-**

mentos de la religión revelada..." ("Elements de Philosophie ", "Melanges de Litérature, d'Histoire et de Philosophie", Amsterdam 1758, IV, pp. I ss.).

Lo que se había logrado lo explica así Louis de Broglie:

"Fiel al ideal cartesiano nos mostraba como análogo a un inmenso mecanismo susceptible de ser descripto con absoluta precisión por la localización de sus aportes en el espacio y su modificación en el transcurso del tiempo, mecanismo cuya evolución, en principio, podía ser prevista con rigurosa exactitud cuando se poseía cierto número de datos acerca de su estado inicial" ("La Física Nueva y los Cuantos", Losada, Buenos Aires 1949, pág. 8).

Si todo el universo estaba sujeto a un desenvolvimiento que se podía fijar de antemano, es evidente que la idea de un Dios que hacía milagros, es decir, el Dios de la Biblia, está destinado a desaparecer, que fue lo que efectivamente sucedió.

Sin embargo, uno de los responsables de estos descubrimientos científicos habría sido Newton que escribió en 1637 "Philosophia Naturalis Principia Mathematica", obra que muy pocos han leído; pero Voltaire se encargó de divulgar los principios de la ciencia, de modo que la cuestión pasó a ser asunto de pública discusión y por ese camino estaba destinado a perecer nuestro Dios de la Biblia con sus ángeles y milagros.

Voltaire fue el que divulgó a Newton, "Elements de Philosophie de Newton"; es biografía, explicación, discusión, meditación alrededor de Newton, que componen trescientas setenta y seis páginas del tomo XXX intitulado "Phisique" de sus setenta y ocho volúmenes de sus obras completas, más uno de biografías de Voltaire y otro de un índice prolijamente elaborado (p. Dupont, París 1825, en mi biblioteca).

Lo que cabe destacar es que Newton era científicamente religioso, como lo distingue Voltaire transcribiendo este párrafo: **"Estos fenómenos de la naturaleza nos hacen ver que hay un ser incorpóreo, viviente, inteligente, omnipresente en el espacio infinito, como en su sensorio, ve, discierne y comprende todo de la manera más íntima y más perfecta"** (ob. cit. Pág. 47); dice también: **"...que esta disposición que tenemos de vivir en sociedad, es el fundamento de la ley natural que el cristianismo perfecciona** (pág. 70, la traducción es mía).

No lo habría pensado por cierto Newton, que su libro viniera a caer en manos de los incrédulos que se apresuraron a deducir esto que se

llama desde distintos puntos de vista mecanicismo, positivismo, determinismo, materialismo o principio de causalidad y en combinación con Darwin evolucionismo; y que terminaría por agredir la Revelación Bíblica.

Darwin, que para mí más bien es anti-inteligente, porque aplica al transformismo hechos que prueban la evolución que realmente existe en el estado de huevo; y además no se dio cuenta que las bestias que terminaban de transformarse en seres humanos jamás entraron en la historia, nadie recuerda en el mundo antiguo haberlos visto llegar.

Pero evolución no es evolucionismo, esto último, como lo observa Nicola Abbagnano, (Diccionario de Filosofía), **"...es un conjunto de doctrinas filosóficas que ven en la evolución el rasgo fundamental de todo tipo de formas de la realidad y por lo tanto el principio adecuado para explicar la realidad en su conjunto". "El evolucionismo, en otros términos, es una doctrina metafísica que concierne a la realidad como a un todo... su tesis va mucho más allá de lo que cualquier teoría científica puede legítimamente hacer válido...".**

La lógica los llevó a los evolucionistas a creer en el progreso; con ese título Spencer publicó en 1857 una especie de metafísica evolucionista.

Lo cierto es que el evolucionismo triunfó en todas partes; prácticamente dejó de ser una teoría para ser una manera de pensar y una especie de religión de los que no creen en Dios; los libros de apologética católica son evolucionistas; pero tengamos fe en el "progreso", Dios Padre todavía puede salvarse si no insiste demasiado en esto de alterar con milagros las leyes eternamente intangibles, los principios del mecanicismo y la lógica de los positivistas; es posible una conciliación y lo han intentado los propios católicos, para amigar a Dios con Darwin; y dijeron entonces que siendo Dios Todopoderoso y también sensato de toda sensatez, bien podía haber tenido la idea de someterse a las leyes naturales que Él había creado; y que no había ningún inconveniente en suponer que hubiera organizado el mundo de acuerdo con la teoría de Darwin; o en otras palabras, que Dios Padre había sido darwiniano antes que Darwin.

En estas combinaciones sutiles perdieron buena parte de su tiempo los historiadores católicos.

Pero los impíos se lanzaron de lleno a ridiculizar el "Génesis" bíblico; y algunos a la manera de los ingleses deístas, lo hicieron con bastante gracia; pero lo grave, era que se estaba destruyendo la historia que había alimentado en Europa la fe en lo sobrenatural; esa fe que sólo era

el resplandor de una lejana luz, que venía de Oriente; y que no tardaría en extinguirse en Occidente.

b) Hasta aquí la física clásica, que tomaba los fenómenos en grueso y que por eso mismo parecía tan rigurosamente exacta; pero en la intimidad de la materia, la exactitud se convierte en una misteriosa e inevitable inexactitud: la física cuántica ha demostrado que no existen en el Universo las tales leyes infrangibles y eternas, y que todas las certidumbres científicas, se reducían a esquemas mentales que habían servido para las operaciones en grueso, pero que no eran explicaciones válidas más allá de nosotros mismos; o sea que las leyes de la naturaleza como dice Eddington (Espace Temps, Gravitation) **"no tienen su origen en un mecanismo de la naturaleza sino en nuestro propio espíritu".** La evolución de los fenómenos **"no está regida por un conjunto inexorable de ecuaciones diferenciales que determinan todo el porvenir"; el prestigio de Dios Padre se había salvado; la ciencia lo autorizaba para hacer milagros.**

"Hay pocos cataclismos en la historia del mundo intelectual, comparables a éste" ha confesado Luis de Broglie, profesor de la Facultad de Ciencias de París, y premio Nobel por añadidura.

"Y ésta es una modificación esencial de nuestra concepción de las leyes físicas, sigue diciendo de Broglie, modificación cuyas consecuencias filosóficas está lejos, a nuestro parecer de haber advertido claramente" (*La Física Nueva y los Cuantos*, págs. 7 a 17, Losada, 1949).

No solamente no se han advertido claramente, sino que no se han advertido de ninguna manera; o por lo menos no han producido ninguna consecuencia significante en la cultura occidental. El mundo moderno es capaz de oír, de leer y de ver, pero no de comprender que en nombre de una ciencia excéntrica e inexacta, se había destruido la tradición histórica, que a la manera de una memoria de la especie se había filtrado a través de las generaciones; y entre ellas la bíblica, con su Pentateuco que arrancaba del principio de los tiempos y había perdurado a lo largo de miles de años en la memoria de los hombres; y nos había dado el Decálogo, ese antiguo y extraordinario código que había preservado a los hombres de derivar impunemente hacia la bestia, es decir hacia la irresponsabilidad absoluta: No matarás, no adulterarás, no robarás, no testificarás contra tu prójimo falso testimonio, no desearás el bien de tu prójimo, ni la mujer de tu prójimo... ni nada de cuanto le pertenece; y que además instituía el culto de Dios en espíritu, sin imágenes, es decir, que prescribía la idolatría de la que no habrían de

librarse -sino mucho después- los ilustrados griegos y romanos.

La modernidad nació así bajo el signo de la imprudencia; no advirtió y no lo sabe todavía hoy, que esa actividad destructiva, enderezada contra todo lo que fuera tradición, importaba tanto como poner un momento de historia frente a miles de años de experiencia histórica; y que entrañaba en su sentido más hondo, un desafío a la escarmentada sabiduría de largos siglos, en nombre de media docena de experimentos a los cuales se les atribuyó valor universal de certidumbre, mucho antes de que hubieran acreditado capacidad para sobrevivir a las duras lecciones del tiempo: "el mayor maestro del mundo, heredero universal de los hombres" como dijera significativamente don Francisco de Quevedo.

La ciencia moderna no tiene hoy la clave para discriminar científicamente, lo "científicamente seguro" de lo mítico, que según Huizinga es un requisito de la cultura occidental.

En la época gloriosa del positivismo, cuando se creía en leyes universales, lo "científicamente seguro" se determinaba con toda facilidad, puesto que la naturaleza toda -y por qué no la vida y en consecuencia también la historia- obedecían a la ley de causalidad; pero frente a la desintegración de la materia y acaso frente a la desaparición de la materia, la causalidad, esa causalidad fuerte que tanto entusiasmaba a los ateos militantes, no tiene el menor significado en el proceso del mundo.

Ya Boutaric, profesor de la Universidad de Dijon, en trance de resumir penosamente los conocimientos o desconocimientos de su tiempo, decía: **"Hoy día los postulados de un determinismo universal en el mundo de la materia que servía de base a las concepciones mecanicistas y materialistas de la vida, parecen cada vez más dudosos"**; y citando a Emile Meyerson, agrega: **"La ciencia no puede negar la existencia del milagro"** (H. Boutaric, "Le Conception Actuelle de la Phisique", pág. 225 - Flammarion - 1935).

Por eso Huizinga expresa cabalmente la posición de la cultura occidental: prefiere lo que para ella sigue siendo -la prueba de contraste- lo "científicamente seguro", no ya porque lo sea sino porque da una explicación natural y verosímil de las cosas, mientras que las formas míticas se pierden en el misterio de lo sobrenatural, que es un alimento indigerible para las inteligencias modernas.

Poco importa que las explicaciones sean contradictorias y anodinas; y que haya que cambiarlas cada año; y que a veces inclusive sean irredimiblemente tontas como las que se desprendieron del despistado positivismo, cuando dio en la tentación de explicar la religión según sus

causas naturales, por ejemplo; se es poco exigente con tal que venga el único tipo de explicación que la cultura moderna reclama: como esos paladares estragados por los que pasa el vino bueno lo mismo que el malo, con tal que sea vino.

La noción de que la verdad debe ser exclusivamente lo que a nosotros nos parece posible, ha aprisionado con tal fuerza a la cultura moderna que toda interpretación de los hechos debe someterse a la prueba rigurosamente subjetiva de su verosimilitud; así Wellhausen el gran impugnador del Pentateuco dice por ahí: **"La tradición israelita en este punto vale más que todas las objeciones. Basta con que sea posible para que sea una locura preferir otra posibilidad"** (citado por Ricciotti Giuseppe, Historia de Israel, T. I, parágrafo 117, Miracle) .

Sin embargo uno de los representantes más lúcido y más probo del positivismo, Lucien Lévy Bruhl, no ignora que cuando el hombre moderno somete al mundo antiguo a lo que a él le parece posible o imposible, rara vez acierta: "Tantas experiencias" -dice afligido- "han advertido a los sabios que lo verosímil raramente es lo verdadero" (*Les fonctions mentales dans les societés inferieures,* Capítulo IV).

No existe una teoría de lo verosímil ni de lo inverosímil, ni ciencia alguna que lo determine; pero está prendido con garfios tan poderosos en la subconciencia del hombre moderno, que mediante el juego de una sencilla operación interna, incluirá o excluirá cualquier interpretación, sin advertirlo.

Está condenado de antemano, a ver y a no ver lo que está madurando ante sus propios ojos; es decir que está condenado a que lo inverosímil le siga pareciendo imposible, lo que no deja de tener su lógica, pobre es cierto, pero lógica al fin.

Voy a darles una idea general básica acerca del significado de algunos términos que he usado en mi exposición, para explicar lo que yo he querido decir al valerme de ellos; con lo que diré no se agotará el tema, en un buen diccionario filosófico encontrarán una información más amplia.

Por mecanicismo me he referido a una teoría de la naturaleza, que no admite sino explicaciones de los hechos naturales que no sean los que se consideran como movimientos o combinación de movimientos de cuerpos en el espacio. El materialismo adoptó el mecanicismo en cuanto niega todo orden de finalidad; es la tesis de que los fenómenos de la naturaleza deben ser explicados exclusivamente mediante las leyes de la mecánica. A Newton se le debe los estudios del movimiento de los

cuerpos bajo la acción de las fuerzas o sea la dinámica. Con la divulgación de Voltaire reapareció el mecanicismo.

En el mundo antiguo se conoció la concepción de un universo como un sistema de cuerpos en movimiento, como si fuera una máquina colosal.

La teoría mecanicista ha sido eliminada de la física cuántica porque sus principios han dejado de ser válidos como explicación general.

Por materialismo yo me he referido al que atribuye causalidad a la materia y el que da a ésta como única explicación posible de los fenómenos de los cuerpos y de su movimiento; y también en cierta manera, cuando admite la dependencia entre los fenómenos físicos y los fisiológicos.

Por determinismo yo me refiero a la relación de causalidad necesaria y absoluta que es la que ha rechazado Eisenberg, descubridor del principio de la indeterminación.

Por positivismo hemos visto el evolucionista de Spencer; para mí es la exaltación de la ciencia como única guía de la vida y como único conocimiento moral y religioso; y aunque prescindir de lo sobrenatural iba implícitamente en el mecanicismo y en el determinismo y, desde luego, en el materialismo, fue en la teoría positivista donde quedó eliminado expresamente; un alemán profesor de la Universidad de Jena, Ernesto Haeekel, (1834-1918), escribió una obra tan monumental como indigesta, en donde lo sobrenatural quedó eliminado en el título: "Historia de la Creación de los Seres Organizados según las Leyes Naturales".

Sucedió algo más o menos parecido al resultado del libro de Darwin, "Origen de las Especies", que convenció a todo el mundo aunque pocos lo leyeron; y de esta manera lo sobrenatural quedó expresamente eliminado como explicación de la historia y de la vida y reducido a la mesa de tres patas de los espiritistas.

Generalmente se dice que Augusto Comte fue el autor de la teoría positivista y por obra suya pasó a designar una gran dirección filosófica que en la segunda mitad del siglo XIX se extendió por todos los países del mundo según Nicola Abbagnano: "Sistema de Política Positiva", "Tratado de Sociología", "La Religión de la Humanidad".

Sería lamentable para el prestigio de la inteligencia, que esto fuera verdad, pero lo es; porque Augusto Comte era un demente, no solamente porque tenía ataques feroces y era atendido por un famoso psiquiatra, el doctor Esquirol; y porque intentó suicidarse tirándose a un lago y arrastrando a Carolina, su mujer, que lo mantenía ejerciendo la

prostitución; y porque recitaba sus discursos filosóficos en la tumba de su amada Clotilde Vaux, con quien había contraído un casto matrimonio subjetivo, si no porque la teoría positivista era realmente la obra de un loco; quería crear una religión sin Dios porque no creía en Dios y sí en la religión, de manera que en lugar de Dios ponía a la humanidad, pero como su amor por Clotilde Vaux representaba lo mejor posible, la colocó en lugar de la humanidad; su discípulo, el médico y filósofo francés doctor Maximiliano Littre (1801-1881), que no se había dado cuenta que era un demente, le mandó -en serio- una carta de protesta; Comte se la contestó, le dijo que era una "funesta provocación", habló de su derecho a "la expansión pública de mi justo reconocimiento filosófico hacia mi angelical Clotilde". (Prieto, Justo, "La Vida Indómita de Augusto Comte, El Apóstol de una Religión Sin Dios", Editorial Ayacucho, Buenos Aires 1944).

En estos apuntes tengo que someterme a una exigencia particular, como me vi obligado a hacerlo en mis clases, porque la bibliografía que cito y que se refiere a las investigaciones en las arcaicas civilizaciones en el Cercano Oriente es positivista y aún evolucionista, de manera que tengo que citarla y redargüirla y por el buen orden de la exposición no puedo hacerlo al mismo tiempo; por ejemplo yo he citado el conflicto entre el positivismo aplicado a la historia y he invocado la física cuántica que lo destruye; debo pues, ampliar lo que dije sobre esta materia y eso va en el capítulo que sigue, en el que analizo detalladamente el indeterminismo de la física en nuestro tiempo; otro capítulo lo dedicaré a destruir el darwinismo y volveré sobre la hipótesis Graf-Reuss-Welllhausen que pretendió aniquilar la autenticidad e historicidad del Pentateuco.

CAPÍTULO CUARTO

EXCAVACIONES EN EL CERCANO ORIENTE

SUMERIOS Y EGIPCIOS

En estos dos pueblos que vivieron en los primeros tiempos propiamente históricos, es decir en los tiempos en que los hombres existieron en verdad, parece esconderse algo semejante a un secreto inviolable del acontecer universal, del que sólo podemos descifrar algunos rumbos que se pierden en lo que suele llamarse, vagamente, la noche de los tiempos; aunque se alcanza a columbrar una edad de oro remota y desdibujada de la que -por lo demás- todos los pueblos, cualquiera fuera su ubicación geográfica, guardaron un recuerdo persistente. Estas coincidencias se llaman "científicamente" mitos comunes, con lo que el asunto -que es el más transcendental de la historia- queda paralizado allí.

Pero en Sumer y en Egipto el asunto alcanza una particular jerarquía, porque cronológicamente son complejos altamente civilizados, anteriores en muchos miles de años a las tribus más o menos atrasadas, que los evolucionistas han elegido para capturar científicamente al hombre primitivo, que, como es lógico, tiene que estar en un estado de idiotez que permita sospechar sus proximidades con el eslabón perdido; es decir del eslabón que ellos dan por traspapelado, como si tuvieran la seguridad de que alguna vez existió, como si se les acabara de caer de la mano; con propiedad debieran decir: "el eslabón que jamás encontra-

mos".

Pero para llegar hasta los sumerios y los egipcios primitivos, se requiere poseer la paciencia y el arte de navegar eruditos evolucionistas; o sea entenderse con seres que estudian con dedicación ejemplar, y saben una cantidad enorme de cosas sin tener la menor idea de para qué las saben; porque las noticias acerca de estos pueblos, nos vienen de excavaciones llevadas a cabo por grupos de especialistas atosigados por un "esprit cientifique", a lo Monsieur Homais, que ha concluido por ahogar el ingenio del propio Flaubert, como los malos yuyos sofocan la buena simiente: escriben largo, larguísimo, los fascinan las nimiedades sin sentido alguno, en las que buscan con desesperación los correspondientes eslabones; discuten los nombres de los reyes, las interpretaciones religiosas, sin espíritu religioso, aspiran a una cronología exacta consultando los movimientos astrales, para obtener una fecha justa, lo mismo que los distintos tipos de cerámica como las "sequence-date" (secuencias-fechas) de Flinder Petrie, un inglés que cree que con los dibujos, la forma y la pintura de los cacharros se puede obtener seriamente etapas cronológicas.

La historia de los sumerios y de los egipcios, interesa por sus concepciones literarias, artísticas o científicas, por la única razón de que están al comienzo de la historia universal; si vivieran hoy perdidos en cualquier parte del mundo no tendría ni el menor significado averiguar si calcularon más o menos aproximadamente el valor de pi 3,1416; en una palabra, es la eterna faena sin significado cultural del profesor de historia por antonomasia, que no ha descubierto todavía que sólo es historia lo que es universal, lo que ha dejado secuela, lo que tiene valor permanente; Jesús y los Apóstoles son historia, acaso por eso el Cristianismo primitivo no les preocupa a los profesores y no se estudia en las universidades; en rigor de verdad, la enseñanza de la historia prepara a los alumnos para un concurso de preguntas y respuestas.

Para compensar esta cruel inamenidad, los eruditos han hecho con el Oriente Antiguo una obra extraordinaria: el desciframiento de las escrituras y las traducciones de los documentos egipcios y sumerios, que es una obra desinteresada para la que hay que contar con una paciencia y una constancia casi sobrehumanas; y que nos permite el conocimiento de los hombres que fundaron las primeras civilizaciones, la única posibilidad de saber, siquiera por aproximación, cómo empezó la aventura humana y por ahí captar algún indicio que nos lleve a la averiguación de cómo concluirá.

Hasta fines del siglo XIX y aún del XX, la crema de la intelectualidad

europea sabía poco del Oriente Antiguo, lo que no le impedía escribir sobre el tema toda suerte de fantasías; Hegel inventó su fórmula: tesis, antítesis y síntesis, con una visión pedante y disparatada de la cultura oriental antigua; la fórmula, por consiguiente, resultó falsa; Marx y Engels, que lo leyeron a Hegel no tenían ni la más leve noticia y perecieron en manos de Morgan, un norteamericano tonto, millonario y diletante que se colocó a distancias siderales del verdadero proceso histórico. Con el correr de los tiempos, las cosas no mejoraron mucho, porque la idea de la evolución había penetrado por todos los intersticios de la cultura; y la fórmula evolucionista confunde, porque no funciona de ninguna manera en la historia, es totalmente contraria al curso de los acontecimientos; sólo tendría validez si fuera cierto lo de los millones de años de la prehistoria, donde una fantasía enana trabaja sin el contralor de ese órgano invisible y muy poco común que, no obstante, se llama sentido común.

El propio Huizinga, que no se ha despedido sino a medias del positivismo, por lo que se anda cayendo en monstruosas contradicciones, nos señala los magros y venenosos frutos que da el evolucionismo como clave de la historia universal:

"Surgen así -dice- esos certeros e infalibles evolucionistas, para quienes la historia universal no guarda ya ningún secreto y que nos la leen de corrido como si leyesen en el periódico de la tradición. Tienen en el bolsillo la clave para explicar en un abrir y cerrar de ojos todas las diferencias que se acusan entre las épocas, todos los cambios que se advierten entre los reinos y las culturas. Meten sin escrúpulo alguno esta ganzúa en las siete cerraduras del pasado. Y lo hacen con éxito. Entre sus manos, el proceso histórico universal se convierte en la cosa más sencilla del mundo. Son los que ponen alegremente mano en la historia de la humanidad y la desenrrollan ante nuestros ojos como un gran pliego de estampas, recibido entre grandes aclamaciones de júbilo. Basta pensar en el aplauso con que fue acogida por parte del gran público la *Outline of History* de H.G. Wells primero y más tarde la *History of Mankind* de H.W. van Loon. Pero no se crea que estos ambiciosos evolucionistas tienen bastante con el pasado de la humanidad. Para poder ver las cosas con una perspectiva adecuada, necesitan anteponer a la historia de la tierra la de los planetas y la vida. Nos obsequian así con el baño de vapor de la condensación de la tierra. Idea aparentemente feliz, pero que denota en realidad la ignorancia de lo que es el conocimiento histórico, pues los fenómenos geológicos y paleontológicos se captan con otro órgano espiritual que no es el de la

historia, a saber: con el de las ciencias exactas, que corresponde a otro tipo de saber. El emparejamiento de ambas cosas no sirve más que para producir un todo híbrido, en el que el espíritu se pierde desconcertado" (obra citada en el capítulo I, pág. 28).

Los sabios europeos no se preocuparon gran cosa de los pueblos orientales de los primeros tiempos, porque creían de antemano que la cultura del Oriente Antiguo debía estar en materia de atraso exactamente en la etapa cronológica correspondiente con relación a ellos, se entiende, que se ubicaban por cierto en el ápice, o mejor dicho, en el pináculo de la cultura, así fuera de la moral, de la ciencia o de las artes (y no solamente en punto a los adelantos técnicos) todo de acuerdo con la ley del progreso rectilíneo que entonces brillaba con todas sus luces.

De ahí que llegaran al conocimiento de las culturas orientales de los tiempos primeros por mera casualidad; no voy a referir en detalle lo que se cuenta emocionada y minuciosamente en los libros de texto sobre el descubrimiento de J. Francois Champollion (1790-1832), sus rebeldías políticas, su pobreza, sus enfermedades y sus tribulaciones románticas tras los jeroglíficos egipcios.

En verdad, ya existía desde los tiempos de Constantino una traducción de la escritura jeroglífica impresa en un obelisco, pero no se creyó en ella o no se le dio importancia porque los evolucionistas estaban en otra cosa.

Como los europeos del siglo XIX tenían el convencimiento de que uno de los adelantos grandiosos conquistado por la humanidad, consistía en haber libertado a la razón de la mística, de la teología, de la religión, de la tiranía de la Iglesia católica, de la superstición, etc. Y como supusieron que los egipcios cronológicamente debían estar en la época del más terrible oscurantismo, no tenían la menor duda de que los jeroglíficos eran signos misteriosos que debían corresponder a la mente nebulosa del hombre primitivo, esto es lo que Levy Bruhl llamaría más tarde mentalidad prelógica, aunque se rectificó en sus cuadernos póstumos.

Un viejo libro de un tal Horapollion, justificaba estas interpretaciones falsas que paralizaron toda averiguación, porque en realidad los jeroglíficos representaban signos fonéticos; y si hubieran empezado por ahí, el desciframiento habría sido cosa fácil, puesto que había textos bilingües, es decir, también escritos en griego.

Lo cierto es que la expedición de Napoleón a Egipto reveló la existencia de innumerables inscripciones que cubrían las paredes de los templos y de los sepulcros; entre los descubrimientos, se cuenta el de la

piedra de Roseta, exhumada por unos soldados casualmente, porque estaban cavando una trinchera; a Napoleón no le interesaba otra cosa.

La tal piedra, que hoy duerme en el Museo de Londres, contenía una triple inscripción, catorce líneas escritas con jeroglíficos, treinta y dos de escritura llamada demótica o corriente y cincuenta y cuatro líneas en griego.

Antes que Champollion, Thomas Young, el de la teoría ondulatoria de la luz, por mero entretenimiento reconoció en los signos jeroglíficos la palabra Ptolomeo, que figuraba en el texto griego, con lo que quedó demostrado -en medio de la sorpresa general- que los signos tenidos por misteriosos eran expresiones fonéticas.

Champollion hizo otro tanto cuando consiguió una copia de la piedra de Roseta; después viajó a Egipto, aprendió el copto -idioma que hablan los egipcios modernos- descifró los demás signos y llegó a manejar, según dicen, con destreza las inscripciones egipcias; pero murió sin haber dejado obra alguna; románticamente se le identificó como el descifrador por excelencia; en realidad, fue la expedición de Napoleón el punto de partida para que mucho tiempo después un grupo de especialistas, entre los que sobresalió el profesor de la Universidad de Berlín Adolfo Erman, llevaran a feliz remate la composición de diccionarios y gramáticas egipcias.

El acceso a la cultura egipcia debió haber obligado a la historiografía a realizar un viraje violento; Adolfo Erman (1854-1937) se refiere a esos dos momentos, pero, positivista fiel, mantiene el viejo planteo; cuando publicó su última obra, "El Egipto de los Faraones", dijo que lo escribía como recuerdo de su primer libro *El País de las Pirámides*, donde describió los templos y las tumbas como a la sazón le parecieron; "hoy día -agrega- es con otros ojos que vemos al Egipto; se ha convertido para nosotros en una tierra de prodigios, después que sus inscripciones y sus papiros nos han descubierto un mundo que nadie hubiera supuesto antes".

Es imperdonable que Erman, que ha traducido los admirables documentos del Antiguo Imperio, es decir el de los primeros tiempos, pueda afirmar que los egipcios salieron alguna vez de la barbarie, si no tiene ya el prejuicio de la barbarie metido en la cabeza, vale expresar, si no supone dogmáticamente su existencia antes de conocer la literatura egipcia, que es ajena en absoluto a ella, desde que por añadidura le asigna a los primeros principios alta y conceptuosa jerarquía. Es que los historiadores se alimentan de informaciones perimidas que le han suministrado los etnólogos y los antropólogos, que a su vez no saben histo-

ria; y aunque hombres serios como Boas han rectificado las generalizaciones prematuras de los evolucionistas, siguen aún persiguiendo a los primitivos entre los pueblos más atrasados y parecen no conocer las antiguas culturas orientales, desde donde se entrevé, entre sombras, el misterioso proceso de los comienzos, que lleva un terrible signo de grandeza sobrehumana: la Creación.

Es el inconveniente de las especialidades y de los especialistas, trágico y extendido mal de nuestro tiempo: son como las hormigas y las abejas -enclaustrados e incomunicados- trabajan cada uno en lo suyo; no han perdido la inteligencia, pero sí el sentido de la inteligencia.

Es un proceso de insectificación temible para la humanidad, porque la sabiduría es indivisible; los hombres inteligentes, pueden perder la inteligencia; y esta sutileza de finísima concepción, está dada como señal del fin de los tiempos en la profecía del ángel Uriel, en el Libro IV de Esdras; y ciertamente, no se puede sospechar las experiencias que se agitan en el aislamiento de los laboratorios, sin temer que Uriel fuera un ángel con buena información.

Como en Egipto, en todo el Asia Anterior, se desenvolvieron en remotísimos tiempos civilizaciones preeminentes; y es desde luego importante que integren la historia universal, de la que no se puede tener una idea más o menos aproximada si se le cercenan los comienzos; pero de estas antiquísimas culturas, no se tenía conocimiento sino por las noticias de los primeros libros de la Biblia -muy sospechosos para los incrédulos-; algunos fragmentos del libro de Béroso (como el de Manetos para Egipto), que describía el Diluvio y daba los nombres de los reyes anteriores al Diluvio y en el cual, como es lógico, los positivistas creían poco; Heródoto habló algo también de esos tiempos sin penetrar en el fondo de ellos.

De todos estos focos de civilización, el sumerio es el más antiguo, es el vinculado por tradición con las misteriosas operaciones de los comienzos y además en esta materia respalda al Génesis; ésa es la importancia y trascendencia que tienen los sumerios.

El problema era exhumar ciudades que yacían bajo los montículos llamados Tell por los indígenas, faena nada fácil ni barata, pero el descubrimiento del Egipto Antiguo en su más o menos aproximada dimensión cultural, despertó el interés científico por estas civilizaciones perdidas para los ojos de los hombres; esto aparte de los destrozos causados por la rapiña y por las exploraciones realizadas con sentido exclusivamente comercial.

Parece ser que el primero o uno de los primeros que anduvo a la

husma por esas tierras, fue el Cónsul de Francia en Mossul, Botta, que por el año 1842 emprendió a su costa una exploración y fue ayudado después por el Gobierno francés; se instaló en Khorsabad en las ruinas de un palacio edificado no lejos de Nínive por Sargón II (722-705), en una ciudad que entonces se llamaba Dur-Sharrukin; algunos bajorrelieves de alta calidad fueron a parar al Museo del Louvre.

De ahí en adelante las exploraciones se multiplicaron y vinieron a dar con la biblioteca fundada por el rey Asurbanipal, con miles de tabletas escritas con los signos cuneiformes que utilizaban todos los pueblos del Asia Anterior, así hablaran distintos idiomas.

En 1889 entraron en juego los norteamericanos; y después de la guerra de 1914, la tarea se tornó intensa y realmente fructífera.

Sin embargo las dificultades eran grandes; como es lógico suponer, nadie estaba técnicamente preparado para esta clase de trabajos; los asiriólogos todavía se están quejando de los errores enormes que dieron lugar a que muchas obras de arte y tabletas se perdieran o se perjudicaran por falta de precauciones, para desprenderlas de entre los escombros y exponerlas a la luz y al aire, como ya había ocurrido con las exploraciones que tenían un mero interés comercial y las que perseguían como única finalidad la rapiña; en 1910 se creó en Francia la cátedra de Antigüedades Semíticas, que en 1925 se denominó de Antigüedades Orientales y que se puso a cargo de un hombre experimentado, Monsieur Dussaud; en 1927 se creó un curso de antigüedades de Sumer y Akkad, que dictó Contenau, encargado de las antigüedades del Museo del Louvre.

Pero la cuestión tiene sus dificultades: "excavating is both art and science" (excavar es al mismo tiempo arte y ciencia), dice Albright (*The Archaelogy of Palestine*, pág. 7); más vale prohibir una mala exploración que permitir una buena, agrega von Luschan; es necesario que las practiquen los asiriólogos y no los cónsules, clama Charles Fossey (*Manuel d'Assyriologie*, I pp. 63-64) y así otros.

Lo difícil en estos trabajos es compaginar la práctica con la teoría por falta de ciudades de laboratorio o de juguete en donde equivocarse y adquirir experiencia.

Los primeros que lograron aunar ambas cosas, fueron los dominicanos que fundaron en Jerusalén "L'Ecole Biblique des Dominicains de Saint-Etienne", que sirvió de base a la escuela arqueológica de Jerusalén en las que se trabajó sabiamente.

Mal o bien, la verdad es que se llenaron los museos de toda suerte de antiguallas, más o menos valiosas y más o menos significativas para la

cultura: los Museos del Louvre, de Berlín, el Británico, lo mismo que el de Filadelfia, de Estambul, de Ankara, Alep, rebosan aunque nadie, que yo sepa, ha percibido el significado que todo esto tiene y en qué medida trastorna la idea que en Europa se habían formado de los tiempos anteriores a los griegos clásicos; empezando por Hegel.

Y eso que en realidad, es muy poco lo que sale al descubierto; la técnica de hoy ha establecido reglas para perforar sin destruir; se elige el lugar, que resultará fructífero o no, de acuerdo con la intuición que ampare al que dirige las excavaciones; se hacen las primeras perforaciones que se van ampliando de acuerdo con los resultados obtenidos, pero por cierto no alcanzan una gran extensión.

La técnica consiste en establecer niveles, que es una noción vinculada a una faz cultural bien determinada y distinta por sus caracteres intrínsecos; constituye una unidad en cuyo interior se pueden definir uno o más estratos. Los niveles y los estratos tienen, desde luego, espesores variables en función de los períodos históricos más o menos largos, o más o menos agitados de los cuales son testigos.

Las exploraciones se ven constreñidas a reducirse a aquellos sectores que pueden considerarse más importantes, de acuerdo con los resultados que se vayan obteniendo, porque los trabajos son costosísimos y pesados: sólo desembarazarse de los escombros es una pesadilla.

Una misión americana en Megido en el año 1925, intentó operar con amplitud, pero diez años después hubo de abandonar su proyecto por irrealizable.

Un trabajo de esta naturaleza, añade André Parrot, Jefe de la misión arqueológica en la ciudad de Mary, no sería posible sino en el caso de tratarse de un pequeño montículo; por eso no puede intentarse en los puntos más importantes de Mesopotamia como Lagashe, Ur, Uruk, Larsa, Nippur. (*Archéologie Mésopotamienne, Technique et problemes*, T. II, pág. 40, Albin Michel, París, 1953).

Según Parrot, la más modesta de las misiones debe contar, aparte de los obreros, por lo menos con un Jefe de misión, un arquitecto dibujante, un asistente arqueológico, un fotógrafo, un experto en reparaciones, un epigrafista -vale decir un traductor de documentos- y otros jefes técnicos que sean expertos en excavaciones.

Los arqueólogos han establecido períodos con un criterio convencional; e inseguro en lo que a los tiempos más antiguos se refiere; y en mi opinión, perfectamente arbitrarios, porque están obsesionados todavía con la terminología de la prehistoria: edad del bronce, del hierro, por ejemplo, que por cierto no las encuentran en Mesopotamia; buscan

entonces, desesperadamente, la edad de piedra, que tampoco aparece.

Estos cortos de vista, todavía vinculan los adelantos técnicos o materiales con el desenvolvimiento espiritual de los hombres; es como si los etnólogos del futuro llegaran dentro de cinco mil años a descubrir una España sepultada y hablaran de la cultura de la palangana y de la cultura del lavatorio; el siglo de oro español quedaría ubicado, modestamente, dentro de la cultura de la palangana; y Alberto Insúa, Felipe Trigo y Vargas Vila u otros execrables literatos, por ejemplo, en la edad del lavatorio, con lo que, por cierto, los etnólogos del futuro se formarían un concepto ligeramente equivocado de la literatura española; eso, naturalmente, desde mi punto de vista literario, que puede no ser el de los futuros arqueólogos, atento a cómo van mejorando las cosas en lo espiritual, aparte de que ya para entonces algo habrá aumentado la capacidad craneana y otro poco se habrá retraído la mandíbula, de manera que vaya uno a imaginarse la estética literaria y las tremendas ideas que se agitarán en esas futuras testas, si creemos en el progreso indefinido.

La verdad es que el hombre de la prehistoria, vale decir, el que sería la consecuencia de una larga hominización, jamás entra en la historia; porque lo que se encuentra allí en Egipto y en Mesopotamia, es un hombre como el de hoy, en estado de ciencia y de conocimiento; algunos, se entiende; otros estarían en estado de estupidez; antaño como hogaño; ya lo había observado Cervantes -creo que en "El Coloquio de los Perros"- que en la Roma antigua los imbéciles también hablaban latín.

Para salvar este serio inconveniente de no encontrar al hombre prehistórico en ninguna parte, apelan entonces a una nueva denominación: la protohistoria; tiempo misterioso, tan convencional como la denominación de historia y prehistoria; pero éste es asunto que explicaré con toda precisión más adelante, cuando trate lo único que para mí tiene sentido universal: el pueblo sumerio.

Por ahora, para dar una idea del asunto, voy a transcribir la cronología que expone Parrot en la obra citada, que -con variantes que no alteran el fondo de la cuestión- aceptan en general los arqueólogos, mientras siguen buscando en la protohistoria, el eslabón que ellos dicen que se les perdió.

Historia

sassanide (224-640 ap. J.C.); parthe (250 av. J.C. -224 ap. J.C.); séleucide (331-250 av. J.C.); perse-achéménide (539-331); néo-babylonienne (625-539); assyrienne (XIIº-VIIº siecles); kassite (XVIIIº-

XII$^{\underline{o}}$ siecles); 1re. Dynastie de Babylone (XIX$^{\underline{o}}$-XVI$^{\underline{o}}$ siecles); Isin-Larsa (2022-1761) III$^{\underline{o}}$ dynastie d'Ur (2124-2016); Accad (2467-2287); présargonique ou de Lagash ou premiers patésis (2750-2468) ou Early Dynastic (I, II, III).

Protohistoria

Djemdet Nasr (fin IV$^{\underline{o}}$ millénaire),
Uruk (IV$^{\underline{o}}$ millénaire),
Obeid,
Eridu,
Halaf (V$^{\underline{o}}$ millénaire),
Samarra,
Hassuna (André Parrot, obra citada, pág. 41)

CAPÍTULO QUINTO

DE LOS ARQUEÓLOGOS INCRÉDULOS QUE ANDAN POR LOS LUGARES BÍBLICOS

DE LOS SUMERIOS Y HEBREOS EN EL COMIENZO DE LOS TIEMPOS HISTÓRICOS

Y DE CÓMO UN LIBRO DE FIEL HISTORIA DEJA "SÚBITAMENTE" DE SER HISTORIA

La necesidad de darle a los principios de la historia una explicación naturalista, de liberarla de la intervención de algo sobrenatural, los lleva a los arqueólogos a caer en toda suerte de desvaríos, algunos de los cuales tendremos que examinar aquí, ya que no es posible conocer las exploraciones prescindiendo de lo que escriben quienes las llevan a cabo; así tenga uno que padecer un espectáculo que a veces es de una simpleza desdorosa para el prestigio de la inteligencia humana; porque aunque parezca extraño a la mentalidad de este tiempo -y sobre todo a la cultura universitaria- la historia de los comienzos no tiene un significado satisfactorio si no se parte de un misterio sobrenatural -que está indefectiblemente en el lejano origen de los pueblos mismos- y que, desde luego, carece de explicación para la lógica humana, como corresponde a todo enigma que se estime.

Y ésta es la cuestión que desorienta a los arqueólogos que andan cavando por los lugares bíblicos, porque tienen que reconocer el valor

histórico del Génesis, mientras intentan un enlace -frustrado, desde luego- entre los primeros pueblos y la supuesta y horrible bestia que la prehistoria ha llamado el hombre de Neardenthal.

Los propios pueblos antiguos no tienen ni el menor recuerdo de esas épocas angustiosas y trágicas de una humanidad tosca y desamparada que andaba dando tumbos por el mundo; cuentan, como única explicación de su existencia, con una mitología ya hecha desde remotos tiempos anteriores, que -como observa Schelling- existía antes que ellos. Las tentativas de una explicación de la mitología por el camino de las causas naturales, arrastra penosamente un mal principio, porque coloca al hombre que acaba de salir del proceso de hominización en la tarea de inventar dioses, conflictos tremendos entre dioses, edades de oro y fábulas, algunas de las cuales son ingeniosas, significantes y de una gran belleza; y otras profundas y complicadas como la caída del hombre por su indebida ambición, es decir, la soberbia inexorablemente castigada desde lo alto, porque los dioses no admiten competidores.

De esta caída del hombre, que es uno de los mitos considerados comunes, la inteligencia lúcida de Pascal obtuvo una brillante explicación de la historia que no pudo redargüir Voltaire, entre otros que lo intentaron.

Todos estos relatos llenos de imaginación, verdaderos viajes por las alturas, fuente de creaciones artísticas en todos los tiempos, de obras literarias, que hoy todavía conmueven a los hombres; estas cosas tan singularmente lindas, habrían sido concebidas por unos hombres que de estar a los arquetipos que -en alas de una imaginación torva- dibujan los evolucionistas, debían tener unas caras feas y de brutos nada fáciles de igualar, a pesar de que abundan los hombres con rostros ininteligentes. Cronológicamente el asunto es así, porque la mitología como el hombre de Neardenthal, se pierden en "la noche de los tiempos", para usar una frase grata a los arqueólogos.

Asuntos son éstos que he de ampliar más adelante, pero que no puedo dejar de señalar a esta altura de la exposición ya que tengo que ocuparme de estos arqueólogos ateos en trance de tutearse con el Génesis, sin darse cuenta de la grandeza del relato bíblico y de lo paupérrimo de la explicación que nos suministran los dueños de la prehistoria.

Porque la primera civilización humana, la que llaman sumeria, está ubicada exactamente donde el Génesis dice que llegaron y se instalaron los hombres después del diluvio; vale decir, donde empezó propiamente la historia.

Veremos a continuación que eso lo da por probado un profesor de la

Universidad de California, Edward Chiéra, a quien no se le ocurre declarar la falsedad de la hipótesis Graf-Reuss-Wellhausen, supuesta prueba científica sobre un Pentateuco fraguado, que aventó la fe de la Europa católica.

Porque, efectivamente, las ciudades sumerias Ur, Eridu, Kish, Nippur, Umma, Lagash, están en la planicie del Sennear, lugar indicado por el Génesis y perfectamente individualizado hoy, a orillas del Tigris y el Éufrates en la cercanía del Golfo Pérsico (Génesis XI-2).

Dice también el Génesis que Abraham, que a la sazón se escribía Abraham, y todos los suyos, estaban en Ur de los Caldeos (Génesis XI-31) y eso debió ocurrir según la cronología científica más o menos en el año 2.000 a.C.; pero Abraham era descendiente de Sem uno de los hijos de Noé y de Heber, posible etimología que justifique el nombre de hebreos con que fueron conocidos; estaban entonces desde los comienzos.

Distinta a la de Chiéra, es en cierta manera la posición de Sir Leonard Woolley, que en representación del Museo Británico ha dirigido las excavaciones precisamente en Ur y que, por lo menos, en nombre de lo que se vio allí, se toma el trabajo de descabezar la teoría racionalista que impugnó la validez del Génesis.

Dice Woolley: **"Los escribas -según la crítica racionalista- que compusieron los libros, eran propagandistas que trataban de realzar sus opiniones, remontándolos a un pasado lejano, pero que no podía tener noticias de los actos de Abraham... Para ellos Abraham era un híbrido de la mitología, de la poesía y del folklore, a quien los judíos le habían dado forma humana y un nombre para asegurar la unidad nacional..." "Esta posición hoy día se ha modificado...",** agrega Woolley: **"el historiador no tiene documento más precioso...",** etc. **"El Antiguo Testamento, dice otro arqueólogo, así sometido a prueba por la crítica, se ha revelado en su conjunto como fuente histórica digna de fe",** (Bedrich Hrozny, *Histoire de L'Asie Anterieure, de L'Inde et de la Crete*, Payot, París 1947, pág. 6).

Pero Woolley -y al decir Woolley digo todos los arqueólogos en actividad por esas tierras- no ha advertido que no se trata de un mero error del señor Wellhausen y asociados, sino de un fracaso total, de una falsa concepción científica de planteo pobre y limitado.

Sin embargo, le dedica en su libro un capítulo a la "autoridad de la tradición":

"Tradiciones de este tipo -agrega- corrientes en estas regio-

nes en una época en que la familia contaba más que actualmente, no pueden ser descartadas a la ligera; y la creencia general acerca de dónde estaban los antiguos hebreos y de que podían hacer remontar su raza al antepasado común Abraham, posee títulos para un fundamento verdadero". (Sir Leonard Woolley, Directeur des Fouilles D'Ur, "*Abraham" Decouvertes récentes sur les origines des Hébreux,* París, 1949, pág. 28).

Pero Woolley aspira a su manera incluir a Abraham en otro tipo de proceso evolutivo; los científicos no se arrepienten ni escarmientan por monstruosos que sean sus errores y por nefastas que hayan sido sus consecuencias. Además no se equivocan nunca, van en busca de nuevas verdades; es un paralogismo muy curioso que usan siempre.

Desde luego, para Woolley el Génesis es un documento precioso, pero entendamos bien, en la medida en que a él le parezca posible; a él y, desde luego, a los demás arqueólogos que tienen exactamente sus mismas limitaciones mentales.

A Wellhausen le ocurrió otro tanto y lo declaraba así, expresamente; el Génesis era un documento de primer orden, pero como a él no le parecía posible que un pueblo en el estado de barbarie en que debía estar a esa altura de la evolución el pueblo hebreo, fuera capaz de escribir historia, declaró que el Pentateuco era un invento de escribas que con perfecta deshonestidad le habían fraguado un pasado glorioso a los judíos.

Woolley descubre que miles de años antes de Abraham los hombres primitivos vivían en un alto grado de civilización y de cultura, entonces extiende la idea de lo posible un poco más atrás que Wellhausen, pero a su vez declara inverosímil el resto del Génesis, con un criterio rigurosamente subjetivo.

Desde luego no cree que los libros sagrados puedan haber sido escritos bajo la inspiración divina (obra citada, pág. 7), pero aparte de esta falta de sentido religioso, que no se le puede inyectar por vías artificiales a Mr. Woolley y que además carece de toda importancia, porque no se defiende la historicidad del Génesis por razones religiosas sino sencillamente porque es el mejor documento histórico relacionado con los tiempos primeros; aparte de eso -repito- sin arbitrariedad no se puede transferir a la mitología fragmentariamente una fuente histórica de veracidad acreditada, como si ésta fuera divisible; sin embargo Woolley, se expide de esta manera:

"La aparición de Abraham modifica sensiblemente el carácter del Antiguo Testamento; después de una iniciación

mitológica, la leyenda de la creación y del diluvio, las largas genealogías que constituyen una cristalización de lo que se creía que era la historia del hombre primitivo y del origen de las naciones, y en la cual se interpone el episodio de la Torre de Babel, que explica la diferencia de los lenguajes, el libro del Génesis, se torna súbitamente, personal e histórico". (Obra citada, pág. 14).

Así las cosas no corresponde seguir adelante con el examen de las exploraciones arqueológicas sin resolver, con relación a estos arqueólogos, un problema que hace a lo que es o no es historia; no es excesivamente lógico que un libro de fiel historia deje de ser historia "súbitamente".

¿Es científico cercenar una fuente que se reconoce seria y veraz porque no nos parece verosímil lo que ella dice?

¿Hasta qué medida debe extenderse la idea de lo que es verosímil a juicio del historiador?

¿El positivismo, el materialismo y la física clásica que animaron la ciencia del siglo XIX, deben darnos la idea de lo que es verosímil para ser aplicada a la Historia?

¿Cuál es la posición de la física cuántica frente al positivismo, al materialismo y a la física clásica?

No es científico suprimir tradiciones estampadas en el Génesis, o parte de ellas, porque no parezcan posibles o simplemente verosímiles; la tradición es indivisible, pero para los incrédulos el Pentateuco es en parte posible y en parte imposible; y desde luego -las más de las veces- lo que no es posible es lo sobrenatural; otras veces porque la narración no se acomoda al proceso evolutivo; así el Génesis dice que Tubalcaín, descendiente de Caín, "trabajó toda especie de obras de cobre y de hierro". (Génesis 4, 22), lo cual es imposible porque para ellos antes la humanidad pasó por la Edad de Piedra, incluida la piedra pulimentada, etc.; al revés, les falta perspicacia pues el texto bíblico podría servir para demostrarles que la teoría materialista era errónea.

Cuando estos arqueólogos investigan las civilizaciones arcaicas que se encuentran en la planicie del Sennear (es el nombre que le da la Biblia), encuentran documentos, escrituras y obras de arte que demuestran la existencia de una alta cultura sumeria (manejaban el valor de pi o sea el símbolo de la razón de la circunferencia al diámetro) y supusieron que existía un pueblo sumerio. Chiéra demuestra que los sumerios que fundaron Ur de los Caldeos, son Noé y sus hijos, que luego se multiplicaron y fundaron otras ciudades próximas a Ur de los Caldeos.

Los arqueólogos que encuentran a los sumerios en estado de ciencia y de conocimiento y sin rastro alguno de un proceso evolutivo, se preguntan -intrigados- de dónde podía haber venido el pueblo sumerio, lo que equivale a decir en qué lugar de la tierra los sumerios pasaron por el proceso evolutivo que Morgan fijó en las tres etapas: salvajismo, barbarie y civilización; en otras palabras, dónde los sumerios fueron salvajes y bárbaros. El Génesis dice que después que el Arca se posó en el monte Ararat, Noé y sus hijos se dirigieron hacia Oriente y llegaron a la planicie del Sennear donde fundaron una ciudad: **"...Mas partiendo de Oriente hallaron una vega en tierra del Sennear donde hicieron asiento; y se dijeron unos a otros; venid, hagamos ladrillos y cozámolos al fuego. Y se sirvieron de ladrillos en lugar de piedras y de betún en lugar de argamasa y dijeron vamos a edificar una ciudad..."** (Génesis 11, 2-4).

Pero esta narración no les pareció verosímil hasta que Chiéra fotografió los ladrillos y escribió: "Aquí el Génesis dijo algo que se puede comprobar" (obra citada pág. 25).

Lo cito una vez más porque la Biblia dice también que Abraham estaba en Ur de los Caldeos (Génesis 11, 31); y así el Génesis es sin duda el libro de historia más antiguo que tiene la humanidad, no las tradiciones hindúes como muchos lo han sostenido. El mundo empieza con la creación del hombre y de la mujer en estado de ciencia y de conocimiento y le ponen nombre a las cosas; narra luego lo que acontece a su descendencia hasta el Diluvio, que evidentemente es universal puesto que los sumerios son nuestros antepasados remotos a partir del diluvio.

Bedrich Hrozny, profesor de la Universidad Carlos IV de Praga y doctor de la Universidad de París, trae este juicio realmente interesante:

"La historia del Oriente antiguo, y principalmente la historia de Asia Anterior, presenta para los europeos de hoy día un interés y una atracción bien particular por cierto. Ella tiene por objeto, en efecto, la civilización más antigua conocida, civilización que se liga por una línea continua a la actual civilización occidental. La escritura y el cristianismo a títulos diversos, tan característicos para la humanidad presente ¿no son acaso originarios del Oriente próximo asiático? Por una multitud de ligaduras aún, nuestra moderna civilización se emparenta a las muy antiguas civilizaciones orientales: el arte y la ciencia de Occidente -así se trate de la astronomía como de nuestro derecho, directamente salido del derecho romano-

nuestra técnica y nuestra vida práctica encierran muchos y muchos elementos que vienen de Oriente. Un estudio histórico de Asia Anterior en la época antigua nos retrotrae a las raíces mismas de nuestra propia civilización, y nos permite considerar los diferentes elementos y por ellos los desenvolvimientos ulteriores".

"Uno de los rasgos más atrayentes de estos estudios es que ellos se aplican a esos muy curiosos países orientales, a esos muy antiguos pueblos civilizados, de los cuales la Biblia evoca para nosotros un recuerdo poético" (Hrozny, obra citada, Introducción, pág. 5; cito la edición francesa publicada por Payot, París 1947: la traducción es mía).

Debió haber dicho que además de recuerdo poético es un capítulo de historia; pero Hrozny, como todos los arqueólogos incrédulos, se niegan a reconocer que el Génesis bíblico en su totalidad y no fragmentariamente, es un libro de historia y el más antiguo libro de historia que tenemos; pero Hrozny en ese mismo libro habla de los tiempos neolíticos y los hace venir a los sumerios de otra parte; ignora por cierto que son los hijos de Noé, como lo ha probado Edward Chiéra.

Hrozny también habla de una civilización "suméro-akkadienne" y en eso está en lo cierto porque muchos documentos sumerios han aparecido en Babilonia en papeles "akkadiennes" a la manera de que en los documentos católicos aparece repetido el texto en latín.

Lo que es muy significativo es que Hrozny dice que así fue creada "la admirable civilización urbana suméro-akkadienne" y que esta civilización produjo procedimientos metalúrgicos importantes y la escritura cuneiforme; en fin, dice: **"una concepción general del universo apoyada en la astronomía y la astrología; ahora están documentados por hechos precisos, la influencia ejercida por esta civilización suméro-akkadienne en la civilización egipcia y en la civilización hitita y en las civilizaciones del Mediterráneo oriental"** y lo que es más significativo todavía sobre la antigua civilización hindú, adviertiéndose también la influencia de esta civilización en la lejana China; agrega Hrozny: **"La civilización suméro-akkadienne puede compararse a un faro donde la luz ha irradiado de manera tanto intensa como tanto restringida en todo el universo civilizado en la época antigua"** (obra citada, Conclusión, pág. 320; la traducción es mía).

Así quedan resueltas las dos primeras preguntas que he planteado en esta clase o sea si es científico cercenar una fuente que se

seria y veraz y hasta qué medida debe extenderse la idea de lo que es verosímil a juicio del historiador.

CAPÍTULO SEXTO

CULTURA SUMERIA

Una síntesis de la cultura sumeria nos demostraría en materia de matemáticas y geometría, que los sumerios conocían las cuatro operaciones, tenían tablas para calcular y no ignoraban los principios esenciales del método algebraico; calculaban las medidas de superficie, triángulo, rectángulo y el trapecio, el volumen del cubo, del paralelepípedo (sólido determinado por seis paralelogramos), del prisma a sección trapezoidal, de la pirámide, del tronco de la pirámide.

Fijaron el valor de Pi () 3,14159.

Abel Rey, que si escribe para la Biblioteca de Síntesis Histórica que dirige Henry Berr es porque desde luego es un evolucionista convencido, más un partidario decidido del iluminismo, no puede dejar de anotar frente a la ciencia sumeria del año 3.000 a.C., que se trata de un estado muy avanzado de lo que él llama mentalidad primitiva y "un momento grandioso de la evolución científica", los principios de una racionalización de la experiencia hacia la ciencia en el sentido moderno de la palabra (obra citada, pág. 130).

Admira lo que para la técnica matemática importa la división de la circunferencia en 360 grados y la división sexagesimal de los submúltiplos de la gradación del arco; implícitamente también dice Abel Rey, se puede advertir en algunos documentos sumerios, que éstos conocían las propiedades esenciales del número, como sería la relatividad de su valor abstracto (pág. 131).

Luego dice textualmente, lo que sigue: **"Los documentos catastrales existentes desde la primera época sumeria (en los**

tiempos de Lougalanda y Ouroukagina comienzo del tercer milenio) y de Gudea (2.500 años a.C.) en Lagash. Tenemos asimismo en el Museo de Constantinopla una tableta que proviene de la segunda dinastía de Ur (3.400-3.300 A.C.), que nos presenta planos anotados de campos con el largo de los costados y las áreas. Un campo irregular aparece al terminar la mensura dividido en triángulos rectángulos, en rectángulos y en trapecios. La superficie del rectángulo, del cuadrado (como si fuera un caso particular del rectángulo), del triángulo rectángulo, y del trapecio, han sido correctamente calculados, aún para las dos últimas".

Cómputo del tiempo: sistema sexagesimal. Divisible por dos y por tres. Sistema decimal, fracciones de un décimo, un tercio y un cuarto (fracciones fundamentales).

El año: 12 danna (sumerio) Beru (akkadio). La hora: sesenta minutos.

El año comprendía doce meses lunares de treinta días con otro mes suplementario que intercalaban cuando la diferencia era muy grande entre el año oficial y el solar.

Sistema de pesas: mina - sumerio mana - akkadio manu; griego mena; latín mina; antiguo indio: mana; la mina pesaba medio kilo y comprendía: sesenta sicles; sumerio gin; akkadio shiklu. El gin comprendía 180 she; akkadio sheu igual gramos.

Los sumerios tuvieron la concepción del macrocosmos y del microcosmos que transmitieron a los otros pueblos, tanto de la Mesopotamia como de fuera de la Mesopotamia; era una concepción del mundo propia de ellos; creían que todos los advenimientos que ocurrían en la tierra no eran sino el reflejo de los que se producían en el cielo. Esta idea del macrocosmos y del microcosmos, como ustedes ven es muy antigua; Aristóteles se refirió a ella si bien para negar un movimiento autónomo del universo y justificar de esa manera la existencia de un primer motor; pero la idea subsistió entre los órficos (véase A. Olivieri "Civilta greca nell'Italia meridionale", Nápoles 1931, págs. 23 y sgtes.). Tanto Platón como los estoicos y los neoplatónicos insistieron sobre el carácter animado del universo, todo lo cual no es otra cosa que la aplicación de la idea del microcosmos en sus relaciones con el macrocosmos.

De esta concepción se habría derivado, de estar a la opinión de los asiriólogos, la astronomía sumeria y particularmente la astrología; dice Hrozny: **"Es así como se constituyó la astrología o el arte de**

predecir los sucesos futuros según el movimiento de los astros; esta idea que salió de Babilonia penetró en Occidente pasando por Egipto, Grecia y Roma".

Lo cierto es que en las tablas encontradas en Sumeria se puede advertir que los sumerios conocían perfectamente bien el movimiento de las estrellas, le dieron nombre a las constelaciones y los signos del zodíaco, El León, La Balanza, Escorpión, se originan allí.

Sobre esta cuestión quiero llamarles la atención acerca de algunas generalizaciones que no acreditan un razonamiento del todo correcto; el hecho de que se hayan encontrado documentos sumerios en los que aparecen datos sobre los astros relacionados con el destino de las cosas terrestres, no significa obligatoriamente que la ciencia sumeria confundiera una cosa con la otra; en mis clases anteriores les he señalado que cuando damos opiniones sobre el mundo antiguo debemos pensar qué es lo que dirían de nosotros los arqueólogos del futuro; encontrarían, por ejemplo, en todas las revistas que se editan en el país y en muchos diarios también, horóscopos que son la obra de verdaderos charlatanes y por cierto que no tendrían derecho a deducir que la ciencia argentina cree en esas cosas; lo mismo ocurre con los hígados de bronce que se han encontrado desparramados en Mesopotamia y aún en Grecia, lo que les hace decir a estos curiosos intérpretes, que según la ciencia babilónica el hígado era la sede del alma; puede tratarse perfectamente bien de prácticas vulgares que también se cultivan abundantemente en el mundo moderno y que no tienen por qué vincularse o fundar la suposición de que en eso estaba la ciencia sumeria.

Voy a darles a continuación algunas de las etimologías establecidas por Hrozny y que de ser exactas serían sumamente interesantes para calcular la unidad del movimiento histórico de la humanidad.

Los babilonios decían Amurru por occidente, es decir los países en donde el sol se pone en el mar o literalmente que el sol es cubierto por el mar: amurru - amorrehas, pueblo semítico occidental que la biblia nombra. Elantu igual oriente, equivale a dos expresiones antiguas y modernas Asia y Europa, que aparentemente derivan de dos palabras semíticas Asu igual salir Erebu igual caer.

El planeta Venus entre los sumerio-akkadios tenía como nombre Ishtar, que pasa a Palestina y a Fenicia con el nombre de Astarté. De Ishtar vendría el nombre bíblico de Ester; en griego estrella se dice aster, de donde se derivaría el alemán stern y el inglés star. En sumerio Awelum significa hombre libre, mushkenum, siervo y wardum esclavo; eran las tres clases sociales en que aparecía dividida la sociedad sumeria; se han

encontrado tabletas en las que un hombre libre tenía que pagar una operación a los ojos 10 siclos de plata, el siervo 5 y el esclavo 2, lo que podría ser una forma avanzada de socialización de la medicina.

Se ha señalado una etimología interesante para la palabra francesa "mesquin" y la palabra italiana "meschino" y el castellano "mezquino", que según el diccionario de la Real Academia deriva de miskin palabra árabe que significa pobre, desgraciado y que ha pasado a nuestro idioma con un significado parecido. En la acepción 5ª que da la Academia, aparece el origen en la Edad Media ya que así se llamaban los siervos de la gleba de raza española a diferencia del exarico que era de origen moro.

Según Hrozny, y el razonamiento me parece perfectamente lógico, todas estas denominaciones modernas derivarían de "mushkenum" que eran los siervos en Sumeria y que después derivó al significado de mendigo o de pobre.

El sello de Ibni-Sharri, 2.200 años a.C. (estudiado por J.J. Mikkola y Holger Pedersen): la palabra eslava "kniga" del armenio Knik, del turco y del akkadio kunnukku sello, kaniku, documento sellado, magiar königv, libro.

La literatura sumeria, el derecho sumerio y las cosmogonías sumerias, están en el libro de Kramer que recomiendo, no porque esté de acuerdo con las interpretaciones de Kramer, sino porque hay traducciones interesantes y además porque el libro está traducido.

No se encuentran en Sumeria rastros de clanes, totemismo, y de otras variedades que los prehistoriadores colocan indefectiblemente en la evolución del género humano.

Ustedes dirán si a este pueblo sumerio y a sus realizaciones culturales, le corresponde el calificativo de "primitivo" dentro de la concepción evolucionista de la historia, porque desde luego, cronológicamente, se remonta a una época muy anterior a la de las tribus que hoy viven en estado primitivo.

La escuela evolucionista nos da una noticia de lo que ellos consideran primitivo, que no coincide con la cultura de los sumerios que son los verdaderos primitivos: **"Primitivos son aquellos pueblos cuyas actividades están poco diversificadas, cuyas formas de vida son simples y uniformes y cuya cultura en su contenido y en su forma es pobre e intelectualmente inconsecuente. Sus invenciones, orden social, vida intelectual y emocional, deberán ser asimismo escasamente desarrolladas".**

Cuando ustedes lean en Kramer las cosmogonías sumerias, podrán

advertir que lo mismo que todos los pueblos antiguos los sumerios atribuyen a los dioses no solamente la creación del mundo sino los comienzos de la cultura; más bien dicho, no a los dioses sino a un solo dios creador, porque la humanidad originariamente fue monoteísta, aunque Voltaire, que tenía muy pocas y muy superficiales ideas en materia del mundo antiguo, creyera que el proceso había sido al revés o sea que los hombres empezaron creyendo en varios dioses y luego unificaron el pensamiento.

También verán ustedes que tanto Kramer como los demás historiadores, están dispuestos a encontrar rasgos de primitivismo en la creencia en seres sobrenaturales o en las concepciones místicas de los primeros hombres. E.O. James, nos da lo que él llama una definición mínima de la religión: **"La creencia en la existencia de una realidad trascendente que determina un sistema de supercausalidad expresa en ritos y en mitos..."**

La religión católica, en la cual creyeron y siguen creyendo muchas personas que no son por cierto primitivos, todo el siglo de oro español, por ejemplo, también colocan en lo alto una supercausalidad que en el fondo no es otra cosa que un gran misterio, que salvo por el camino de la Revelación, restringida por cierto, no está al alcance de los hombres.

Pero aparte de este argumento, voy a leerles lo que dice un etnólogo contemporáneo, Franz Boas, que carece totalmente de sentido religioso pero que no incurre en algunas generalizaciones que llevan a conclusiones no ya solamente equivocadas sino a veces también ridículas.

Dice Boas, textualmente:" **De igual manera, la observación de que en las culturas modernas puede advertirse una mayor consistencia lógica o psicológica, indujo a concluir que el grado de cohesión lógica o psicológica tiene un valor cronológico, de modo que la secuencia histórica puede reconstruirse al través del análisis lógico o psicológico de las ideas de las tribus primitivas. El desarrollo de la visión antropomórfica de la naturaleza y de la mitología ha sido reconstruida sobre esta base por Spencer y Tylor. En realidad el curso de la historia puede haber sido muy diferente. Fácilmente se echa de ver que los complicados conceptos que representan términos tales como lo sobrenatural, alma, pecado, existieron mucho antes de que se desarrollase el correspondiente concepto claramente definido".**

Voy a entrar a tratar ahora la tradición del diluvio, que es muy antigua y es bíblica también.

Les doy las listas de reyes antidiluvianos que dio Béroso, que vienen en cierta manera a coincidir con los que aparecen en el prisma de Weld-Blundell, que fue publicado por Steven Langdone en Oxford Editions of Cuneiform Texts, Oxford, II (1923) p. 2 y siguientes.

Estas listas por cierto no se las doy para que las aprendan de memoria sino para que las controlen porque los nombres de los reyes coinciden, más o menos.

Pero ninguna de ellas vendría a conformarse con los nombres bíblicos, salvo el último rey bajo cuyo reinado habría ocurrido el diluvio.

Los historiadores parecen estar de acuerdo en una etimología que es la siguiente:

Xisoutros, Sisutros viene de Ziusudu que significaría días prolongados de vida, porque en la tradición sumerio-akkadio el último rey habría recibido la inmortalidad después de haberse salvado del diluvio. En la tableta XI del poema de Gilgamesh, el Noé Babilónico se llamaría Um-Napisti que significa días de vida, sería una abreviación de días de vida prolongados; la analogía con la referencia bíblica, vendría de que Noé - Noab vendría de la raíz Naha que significa diuturnidad, es decir que podría traducirse por el largo, el prolongado. En la versión de la biblia Noé no alcanza la inmortalidad.

Para explicar la enorme cantidad de años que corresponde a cada reinado, se han buscado algunas explicaciones racionalistas que a mí no concluyen de convencerme; yo pienso otra cosa. En lo que se refiere a mi opinión que yo ofrecí ella es la que aconseja dejar a un lado los miles de años que gobernaron los reyes antidiluvianos porque vendría a ser una información que carece de toda interpretación posible; conviene pues volver a la tradición bíblica a la que se refiere Edward Chiéra que menciona los ladrillos fabricados por los hijos de Noé que en definitiva son los fundadores de la primera ciudad que se construyó después del diluvio, que coincide con el relato del Viejo Testamento que aparece casi totalmente reivindicado de las impugnaciones que agitó el fanatismo racionalista, el peor de los fanatismos, el más sombrío y pertinaz que conoció el mundo.Y les daré mi opinión cuando termine de considerar otras tradiciones sumerias relacionadas con la edad de oro y con los tiempos en que los seres humanos tenían una sola lengua.

D. Tostivint, en "Problème des chronologies antiques. La Babylonie", París 1931, admite años antidiluvianos de seis días y años postdiluvianos de 52 días para reducir esos años a cifras verosímiles.

M. Macnaughton, en "A Scheme of Babylonian Chronology", Londres, 1931, ha hecho un cómputo por "sares", es decir por una cifra

que valdría 3.600 veces la unidad de manera que los años que figuran en las listas serían períodos de 3.600 años.

Yo no entiendo bien el cálculo de Macnaughton, porque lo que se entiende por sares o saros, son períodos de 18 años y 10 días, es decir cuando la luna alcanza la misma posición que ocupaba al principio del mismo respecto al sol y al mismo nudo de su órbita.

Creo que todo esto son problemas más o menos vanos, de quienes se olvidan que es prudente colocar un misterio en alguna parte de la historia.

LISTA DE REYES ANTIDILUVIANOS DE BÉROSO

Nombres	Ciudades	Duración del Reinado
Aleros	Babilonia	36.000 años
Alaparos	—	10.800 años
Amelon	Pantibibla (Pautibibla)	46.800 años
Ammenon	—	43.200 años
Megalaros	—	64.800 años
Daonos (o Daos)	—	36.000 años
Euedorachos	—	64.800 años
Amempsinos	Larak	36.000 años
Opartes (Otiartes)	—	28.800 años
Xisouthros	Shuruppak	64.800 años

TOTAL: 10 reyes, 4 ciudades, 432.000 años.

EL PRISMA DE WELD-BLUNDELL

	A	
Nombres	Ciudades	Duración del Reinado
Alulim	Eridu	28.800 años
Alagar	—	36.000 años
Enmeluanna	Badtibira	43.200 años
Enmengalanna	—	28.800 años
Dumuzi, el pastor	—	36.000 años
Ensibzianna	Larak	28.800 años
Enmenduranna	Sippar	21.100 años
Ubardudu	Shuruppak	18.600 años

TOTAL: 8 reyes, 5 ciudades, 241.200 años

B

Nombres	Ciudades	Duración del Reinado
Alulim	Habur	67.200 años
Alagar	—	72.000 años
Ikidunnu	Ellasar	72.000 años
Iuk	—	21.600 años
Dumuzi, el pastor	Badtibira	28.800 años
Enmeluanna	—	21.600 años
Ensibzianna	Larak	36.000 años
Enmenduranna	Sippar	72.000 años
Aradgin	Shuruppak	28.800 años
Ziusuddu	—	36.000 años

TOTAL: 10 reyes, 6 ciudades, 456.000 años

REDUCCIÓN DE NOMBRES

Alulim	=	Aloros
Alagar	=	Alaparos
Enmeluanna	=	Amelon
Enmen(gal)anna	=	Ammenon
Dumuzi	=	Daos
Ensibzianna	=	Amempsinos
Enmenduranki	=	Euedorachos
Ubardudu	=	Opartes
Aradgin	=	Ardates
Ziusuddu	=	Sisythes

Bibliografía citada por el profesor en clase.

S. Langdon: Journal of the Royal Asiatic Society, 1923.
D. Tostivint, Probleme des chronologies antiques. La Babylonie, París 1931.
D. Macnaughton, A Scheme of Babylonian Chronology. Londres, 1930.

LA TRADICIÓN DEL DILUVIO

La lista de reyes antidiluvianos que dio el historiador Béroso y que quedó confirmada con las listas del prisma de Weld-Blundell que hemos analizado en la clase anterior, hacen suponer que un cataclismo debió efectivamente haber sucedido; como les dije, la idea de una especie de era antidiluviana fue una noticia frecuentemente mencionada y tenida por cierta en las civilizaciones de Oriente. En el siglo VI antes de Cristo, el rey Asurbanipal, el que instaló la biblioteca que lleva su nombre, hizo referencia a la era antidiluviana, de manera que ni la noticia de Béroso ni el prisma de Weld-Blundell son informaciones caprichosas.

La confirmación de la tableta 11 de la epopeya de Gilgamesh, descifrada y traducida por George Smith, contenía un relato paralelo al bíblico sobre el diluvio. En la HISTORIA DE ISRAEL de Giusseppe Ricciotti, encontrarán transcripciones paralelas del diluvio bíblico y de la tableta XI, en el tomo primero, Nº 184, con un comentario que conviene que lo lean.

Kramer en el libro que ustedes podrán también consultar, trae la traducción del único documento sumerio conocido hasta este momento, traducido por Arno Poebel; trátase de un fragmento de la colección Nipur en el Museo de Filadelfia.

En la clase anterior di las etimologías de Ziuzudra -el Noé sumerio- de Un-Apishtin -el Noé Babilónico- y del propio Noé bíblico.

En la tradición sumeria, el diluvio aparece decretado por una Asamblea de los Dioses (y no trato su texto porque está a disposición de ustedes en los fragmentos que se han encontrado en el libro de Kramer), que se propone extirpar la simiente de los hombres en el mundo.

La tradición del Génesis ha llamado la atención de Edward Chiéra, profesor de asiriología en la Universidad de Chicago, en un libro que ya

he citado antes, "They Wrote on the Clay", "The Babylonian Tablets Speak Today", porque hay un hecho cierto que vendría a producirse inmediatamente después del diluvio; al respecto, transcribo lo que dice Chiéra a pesar de su evolucionismo:

"La Biblia nos ha conservado una tradición que reposa en hechos que se pueden demostrar: "Como habían partido del Oriente, encontraron un país de Chinear en donde se establecieron y se dijeron los unos a los otros: Vamos, hagamos ladrillos y a cocerlos al fuego. El ladrillo les sirvió de piedra y el betún de cemento"."

Es exacto que allí en la tierra del Senaar se encontraron ladrillos que según el citado arqueólogo: "los hicieron tan bien que el producto presenta una notable superioridad sobre cualquier especie de ladrillos hechos hoy día". El acontecimiento subsiguiente es el de la Torre de Babel.

Importancia tiene para probar este hecho, el informe de Sir Leonard Woolley, Director de la Misión Arqueológica en Mesopotamia, organizada bajo los auspicios del Museo Británico y del Museo de la Universidad de Pensilvania, intitulado "Ur de los Caldeos o Siete Años de Exploraciones", que después se sintetizó y publicó con fines de vulgarización. De esta síntesis voy a transcribir algunos párrafos, porque es interesante retener la impresión personal del que personalmente realizó la investigación sobre el terreno.

Como se infiere del título de la obra, lo que voy a transcribir se refiere a Ur de los Caldeos.

"Pero los ladrillos en cuestión se diferenciaban de todos los que habíamos visto hasta este momento. Pertenecían a un período del cual no teníamos ninguna experiencia y daban curiosamente la impresión de ser más antiguos que ninguno de los ladrillos que habíamos encontrado; probaban de manera concluyente que esa edad de cultura mixta, Ur, no era como el Obeid, una aldea compuesta de chozas de barro; al contrario, era una ciudad habitada por un pueblo civilizado, con construcciones permanentes sólidamente edificada".

"Antes de este hallazgo nos habíamos dado cuenta de la importancia de nuestro descubrimiento. El lecho de arcilla de aluvión depositado sobre la superficie en pendiente del montículo, se extendía desde la ciudad hasta el curso de agua en canal en la extremidad Nord-Este; no podía ser sino el resultado de una inundación, ningún otro agente exterior pudo haberlo

provocado. Las inundaciones son acontecimientos corrientes en la baja Mesopotamia, pero ninguna creciente ordinaria habría podido dejar un banco de arcilla que por su volumen fuera comparable a ésta; 8 pies (el foot inglés equivale a algo más de 30 centímetros, 12 inches (pulgada; la pulgada mide dos centímetros y medio) implicaba una gran altura y la creciente que depositó esta masa debió ser un acontecimiento sin precedentes. El hecho de que el banco de arcilla marcara una interrupción bien definida en el desenvolvimiento de la cultura local, es una prueba que apoya esta teoría. Toda una civilización que existía antes, faltaba ahora y dejaba la impresión que había sido sumergida por las aguas. Dadas estas consideraciones no podía haber duda de que habíamos descubierto que la única prueba posible era el diluvio de la historia sumeria y de la leyenda sobre la cual descansaba la historia de Noé, un pozo cavado a 300 yardas de allí (yard, measure of length, medida de longitud equivalente a algo más de 91 centímetros; measure of surface, medida de superficie, algo más de 83 centímetros), hacia el Nord-Oeste, nos revela el mismo lecho de arcilla aluvial y bajo él los mismos sílex y las mismas cerámicas de las poblaciones no sumerias; la nueva experiencia a intentar, consistía en sondar la parte alta del montículo de la antigua ciudad, encima del nivel formado por la arcilla cuando las aguas, al retirarse, la depositaron contra el flanco del cerro".

"El tiempo del que se disponía era breve, sólo se podía excavar una pequeña parte del terreno sin descender con la suficiente profundidad para permitir poner a la luz del día los vestigios de una civilización del tipo del Obeid, libre de toda mezcla, con sus ocupantes ulteriores. Pero, descendiendo a través de los escalones sucesivos de la ocupación que se destacaban por enlosados ladrillos cocidos o por pisos superpuestos en tierra batida, es decir apisonada o forjada, diremos así, o si no también con muros de casas en ruina, pasamos de golpe, súbitamente, de estratos que no tenían otra cosa que restos puramente sumerios a otros que, vecinos de éstos, encubrían recipientes de vajilla en arcilla pintada, útiles en sílex y en obsidiana (obsidiana: mineral volcánico vítreo, de color negro o verde muy oscuro; es un feldespato fundido naturalmente); siguiendo la huella en pendiente de las capas de detri-

tus, pudimos probar que estos niveles de naturaleza mixta sobre el solar de la ciudad o emplazamiento de la misma, correspondían a capas de detritus que yacían sobre el banco de arcilla: 16 pies más o menos bajo un enlosado en ladrillos al cual no fue posible, sin temor a equivocarnos, asignarle una fecha que no era ulterior a las tumbas reales: nos encontramos en pleno en las ruinas de esta ciudad de Ur, que existía antes del Diluvio".

"Trabajos de mayor envergadura deberán emprenderse antes de que se pueda describir en todos sus detalles la civilización de las ciudades antidiluvianas; hasta aquí no hemos hecho otra cosa que probar su existencia. Sin embargo, hay un punto que debe ser destacado: en las ruinas de las casas encontramos numerosos pedazos de arcilla dura, que habían servido de tapón a las botellas o a las jarras, y tenían el sello impreso de sus propietarios; no se han encontrado inscripciones, pero los dibujos de carácter geométrico que representan animales caminando en fila en un país quebrado; las siluetas habían sido dibujadas con una vida que denotaban una habilidad extraordinaria. Es probable que en un lugar donde los sellos estaban en uso, se conociera ya el arte de escribir. No es sin razón que esperamos desenterrar alguna vez documentos escritos anteriores al Diluvio; pero sea lo que sea, el dibujo de los sellos, con una mezcla de realismo y de estilo convencional, denota la existencia de una sociedad bien avanzada en los caminos de la civilización propiamente dicha".

Woolley cree que ha habido un verdadero diluvio tal cual lo han anunciado los relatos sumerios y hebraicos, aunque escéptico como buen evolucionista cuando se trata de la tradición, no cree que con esto se prueben los relatos con los detalles que contienen la tradición sumeria y la tradición hebraica.

Pero cree en cambio, que se trata de un desastre universal si no en la extensión geográfica, en lo que debieron suponer los habitantes del valle o sea el mundo entero.

La porción afectada, según Woolley, podría ser de 400 millas de largo por 100 millas de ancho y entiende que un banco de arcilla de 8 pies ha debido sumergir las chozas de barro dispersas en la llanura del delta; podría ser, dice, que algunas ciudades altas y protegidas por muros, se hubieran salvado, pero la masa de los habitantes del país debió perecer.

Los griegos y los romanos, en consecuencia, tuvieron también su tradición del diluvio pero no parece que para ellos hubiera tenido un sentido histórico como para los hebreos y para los sumerios y los babilonios, que según todas las probabilidades, lo dieron por supuesto como cosa realmente acontecida.

Júpiter se propuso también exterminar a los hombres, pero Deucalión y su mujer Pirra fueron los únicos que se salvaron. Navegaron durante nueve días en una barca construida por consejo de Prometeo. Deucalión consultó con el oráculo de Temis, quien le aconsejó que para restablecer la raza humana arrojara tras de sí los huesos de su madre; comprendieron que se trataba de las piedras de la tierra, madre común, y salieron diosas de las arrojadas por Pirra y hombres de las que lanzó Deucalión.

A Deucalión y a Pirra les nacieron varios hijos: Hellen, Anfictión, Protogénico, Candibos, Thia y Melantos.

Aparte de la lista de reyes antidiluvianos, Béroso trajo también una versión del diluvio que dice haber recogido de tradiciones caldeas; lo interesante, como vimos en la clase anterior, es que coincide con el último rey antidiluviano de la lista del prisma de Weld-Blundell: Xisudros.

El relato es semejante también; el Dios que se le aparece es Cronos en sueño y le dice que construya una barca. Cuando pregunta hacia dónde debe dirigir la barca, se le contesta que "hacia los dioses" y que rece para que el bien llegue a los hombres.

Después de una serie de variantes, que no creo necesario referir, sí creo que es útil consignar que la barca paró en Armenia y que en el Monte Gordiano han quedado restos del arca y que los peregrinos recogen los restos de asfalto para alejar los maleficios. Según el Génesis (8-4) el arca se había asentado sobre los montes de Ararat, que según parece están en Armenia.

Según E. Mangenot, la tradición del Diluvio existe en todos los pueblos menos en la raza negra, donde todavía no se han encontrado restos de él; sin embargo se le considera como uno de los mitos comunes. Según F. Lenormant, habría que incluir en esta tradición varios relatos que él considera pseudo-diluvianos, como las inundaciones en la China en épocas de Yao, rey prehistórico. (*Histoire Ancienne de L'Orient Jusqu'Aux Guerre Medique,* París 1881, T. 1, pág. 55-91. *Les Origines de L'Histoire,* París 1880, T. 1, págs. 382-491).

EL DILUVIO MESOPOTÁMICO
LOS PATRIARCAS

Giussepe Ricciotti en su HISTORIA DE ISRAEL, en el capítulo referido a Los Patriarcas (págs. 163-169 Tomo Primero), dice: "Pero allí donde la correspondencia de argumentos de los dos grupos de tradiciones alcanza su máximum es en el diluvio. En ocasiones es absolutamente literal."

"La tradición bíblica relativa al diluvio se halla contenida en *Gn.*, 6-9, 17; los críticos modernos la reparten entre los documentos jahveístas (J) y sacerdotales (P), con algunas adiciones en la redacción" (R; cf. § 115 y siguientes).

"Hasta nosotros ha llegado más de un texto babilonio, referente al diluvio, de época y extensión diversas, fuera del relato de Béroso; el texto clásico es el que se halla en la tableta 11, de las 12 que constituyen el *Poema de Gilgamesh*. Esta obra maestra de la literatura babilonia se difundió en la antigüedad por toda el Asia anterior; con lo cual dio origen a múltiples recensiones locales y a traducciones extranjeras (en hitita hasta la mitad del segundo milenio a.C.). Los documentos que han conservado la recensión más conocida -a la que nos limitaremos aquí- provienen de la biblioteca de Assurbanipal (§ 484), pero el poema fue compuesto por lo menos en época de Hammurabi (§ 4). En la citada tableta 11, el diluvio aparece como un episodio realmente incidental en la trama de la epopeya, ya que es una alocución dirigida al héroe de la misma, Gilgamesh, que permanece extraño por completo al suceso; de donde muchos han colegido que el episodio es una inserción posterior, y que recogería una de las múltiples recensiones que circulaban sobre el hecho. He aquí el contexto: Gilgamesh, decidido a conseguir la inmortalidad, marcha, para conocer el secreto de la misma, a ver a su antepa-

sado Utnapishtim, y el viaje es largo y accidentado. Utnapishtim fue gratificado con la inmortalidad por los dioses después del diluvio; una vez llegado a la isla en que moraba, Gilgamesh le interroga acerca del "secreto de la vida", y la contestación es el relato del diluvio."

"Utnapishtim, devoto del dios Ea, vivía en Shuruppak (§ 2); los dioses deciden destruir la humanidad con un diluvio, pero Ea advierte a su devoto, dándole estas órdenes:"

EPOPEYA DE GILGAMESH TABLETA XI	GENESIS
23 Hombre de Shuruppak, hijo de Ubara-Tutu,	Y Dios dijo a Noé:...
24 destruye [tu] casa y construye un navío.	Haz un arca de madera resinosa (6, 13-14).
25 Abandona las riquezas, ¡busca la vida!	
26 Tira tus bienes, ¡salva la vida!	
27 Mete toda la simiente de vida dentro del navío.	Y de cada viviente, de cada carne, dos de cada uno, introdúcelos en el arca (6, 19).
28 El navío que debes construir -	
29 sus medidas estén [bien] proporcionadas:	Y esta es [la medida] con que la harás.
30 que se correspondan su anchura y su longitud;	
31 [sobre] el Apsu [2] lo colocarás.	

Utnapishtim se pone a construir el navío. La narración tiene una laguna en este punto, después de la cual el protagonista cuenta por sí mismo:

57 El quinto día
tracé su estructura

2 Es el nombre general para el Océano; pero aquí designa al Golfo Pérsico.

58 Su superficie (?) era de 1 *iku* [3],
sus paredes eran de 10 *gar* [4]
[de altura.
59 correspondiente (?) a 10 *gar*
era el borde de su techumbre.
60 Tracé su estructura anterior:
lo dibujé.

300 codos [tenga] la longitud del arca; 50 codos su anchura, y 30 codos su altura. Harás al arca una techumbre (?), y la terminarás un codo por encima; y pondrás la puerta del arca en un costado;

61 Lo recubrí
con seis pisos;
62 repartí [su longitud]
siete veces;
63 su [¿interior?]
lo repartí nueve veces;
64 planté en el medio
cuñas contra las aguas;
65 escogí un remo
y preparé lo necesario.
66 Seis *sar* [5] de betún
eché en el horno;
67 tres *sar* de asfalto
...dentro.

la harás [de tres pisos], el inferior, el segundo, el tercero (6, 15-16).

Harás el arca de compartimientos (6,14).

Toma alimentos de toda suerte (6,21).

La embadurnarás por dentro y por fuera con betún (6,14).

"Utnapishtim, terminado el navío, celebra una fiesta con banquete. Después continúa:"

81 [Todo lo que tenía]
lo cargué.
82 Todo lo que tenía
lo cargué – plata.
83 Todo lo que tenía
lo cargué – oro.
84 Todo lo que tenía
lo cargué – simientes de vida.

Entró Noé y sus hijos, y su mujer, y las mujeres de sus hijos en el arca, ante las aguas del diluvio; y animales puros, y pájaros, y todo lo que se arrastra por el suelo, de dos en dos vinieron hacia Noé, al arca (7, 7-9; cf. 13-15).

---

3 Eran casi 3.500 m2. (La traducción alemana en *Altorientalische Texte* 2, pág. 176, dice 12 *iku*, pero debe ser un error de impresión; el texto cuneiforme dice 1 *iku*).

4 Eran unos 60 m. Porque 10 *gar* eran unos 6 m.; correspondiendo a 12 codos, la altura total era de 120 codos (cf. las medidas respectivas de la narración bíblica).

5 Falta la medida de capacidad, ya que *sar* es sólo una cifra numérica, y vale 3.600.

85 Metí en el navío
a toda la familia y parentado;
86 bestias del campo, animales del
[campo, artesanos, a todos los metí.

....

94 Entré en el navío
y cerré mi puerta.
95 Al piloto del navío,
al piloto Puzur-Amurru,
96 le confié el palacio [del navío]
con todas sus riquezas.

Y Yahvé cerró tras él (7, 16).

97 Cuando brilló
la luz matutina,
98 de los fundamentos del cielo
se alzó una nube negra:
99 Adad [6] rugía
allí dentro,
100 Shullat y Hamish
avanzan delante,
101 avanzan como heraldos
sobre montes y regiones.
102 La esclusa
la arranca Nergal;
103 se adelanta Ninurta,
hace que se abra el dique;
104 los Anunaki
llevan las antorchas,
105 con su llama
incendian la región.
106 El furor de Adad
llega hasta el cielo,
107 y toda claridad
se cambia en tinieblas.

Este día se abrieron todas las fuentes del gran Tehom [7].

Y los diques del cielo se abrieron (7, 11).

---

6 Ésta y todas las demás, son divinidades babilónicas; para Abad cf. § 107.

7 El *Gran Tehom* (cfr. El asirio *Tiamal*) era el infranqueable Océano inferior que circundaba la tierra; sobre el firmamento había otra reunión de aguas, contenida por los diques o cataratas del cielo (cf. el siguiente verso).

"La descripción politeísta se prolonga. Los dioses, con un estilo semejante al homérico, aparecen aterrados por el diluvio, y se refugian en lo más alto del cielo, en el cielo del dios Anu: allí, por fuera, "se acurrucan como perros", afligidos por el exterminio y protestando contra él. Mientras tanto continúa el diluvio."

128 Seis días y noches 129 corre el viento, el diluvio; la tempestad devasta la región.	Y hubo diluvio 40 días sobre la tierra (7, 17).
130 Cuando llega el séptimo día, la tempestad, el diluvio, fue vencido en la batalla	Las aguas subieron mucho sobre la tierra, y cubrieron hasta las más altas montañas que están bajo el cielo; las aguas subieron 15 codos, y cubrieron los montes (7, 19-20).
131 que, como ejército, había librado. 132 Se amansó el mar, calló el huracán, cesó el diluvio.	Permanecieron las aguas sobre la tierra 150 días (7, 24).
133 Miré al tiempo: se había hecho el silencio. 134 Todo el género humano se había convertido en fango. 135 Parecida a una techumbre se había puesto la campiña.	Fue exterminado todo ser de la faz de la tierra, desde el hombre hasta las bestias, hasta los reptiles, hasta los pájaros del cielo: fueron exterminados de la tierra (7, 23).
136 Abrí la ventana y la luz resbaló por mis mejillas; 137 me doblé de hinojos, me senté llorando: 138 por las mejillas corrieron mis lágrimas. 139 Exploré las comarcas, los confines del mar.	Abrió Noé la ventana del arca (8,6).
140 A 12 [¿distancias?] más allá sobresalía una isla. 141 Sobre el monte Nisir abordó el navío: 142 el monte Nisir retuvo al navío y no dejó bogar más.	Se posó el arca, el 17 del 7º mes, sobre el monte Ararat (8, 4).

"El monte Nisir, según documentos posteriores, estaba situado entre el Tigris y el Zab inferior (§ 1); allí se detuvo seis días el navío."

146 Cuando llegó el séptimo día,
147 hice salir una paloma,
la solté;
148 la paloma se fue
y volvió:
149 no encontrando lugar para
posarse,retornó.
150 Hice salir a una golondrina,
la solté;
151 la golondrina se fue
y volvió;
152 porque no había lugar donde
retornó.
[posarse,
153 Hice salir a un cuervo,
lo solté;
154 el cuervo se fue,
vio que las aguas se secaban:
155 come, bazuquea,
grazna, y no vuelve.

156 Hice salir [a todo] a los cuatro
ofrecí un sacrificio, [vientos,
157 preparé una oblación
en la cima de la montaña;
158 siete y siete incensarios
yo dispuse,
159 en sus copas derramé
canela, cedro y mirto;
160 los dioses olieron el aroma;
161 los dioses olieron
el suave aroma;
162 los dioses se congregaron
como moscas sobre el sacrifi-
[cador.

Al cabo de 40 días Noé abrió la ventana del arca, que había hecho, y envió un cuervo, que iba y venía hasta que se secaron las aguas sobre la tierra; y envió después a una paloma, para ver si se habían secado las aguas sobre la faz del suelo: pero la paloma no halló donde posar las plantas de sus pies, y volvió a él, al arca, porque había aguas sobre toda la faz de la tierra; y él extendió la mano, la tomó, y la volvió al arca. Y esperó todavía otros siete días, y envió de nuevo a la paloma fuera del arca; y la paloma volvió a él al atardecer, y he aquí que en su boca traía prendida una rama de olivo. Y Noé comprendió que se habían secado las aguas sobre la tierra. Y esperó todavía otros siete días, y mandó a la paloma: pero ya no volvió más a él (8, 6-12). Salió Noé y sus hijos, y su mujer, y las mujeres de sus hijos con él; todas las bestias, todos los reptiles y todos los pájaros, todos los que se arrastran sobre la tierra según sus razas, salieron del arca. Y Noé construyó un altar a Yahvé, y tomó uno de cada animal puro, y de cada pájaro puro, y ofreció holocaustos sobre el altar.

y Yahvé olió el suave aroma (8, 18-21).

"La confrontación de los puntos más próximos de los dos relatos es rica en enseñanza; muestra que la narración bíblica, posterior -tal como ha llegado a nosotros- en varios siglos a la babilonia, depende en el fondo de aquel patrimonio de tradiciones étnicas (§ 180) que los terahitas habían traído consigo de Babilonia: así se confirma de nuevo una vez más su contacto con la civilización babilonia, que ya señalamos a propósito de leyes (§§ 131 y sigs., 139, cf. 246) y otros elementos etnológicos (§§ 123, 131 y sigs., 145 y sigs.). Pero la confrontación muestra también, por la divergencia de los relatos, que la tradición babilonia ha pasado a través de un filtro espiritual, esencialmente religioso, que ha eliminado las escorias de los conceptos politeístas y de un antropomorfismo demasiado grosero; semejantes conceptos es muy posible que se acrecentaran en número a través de la transmisión babilonia del relato, escasamente documentada para nosotros, pero que, sin duda alguna, estaban bien representada en la época de los patriarcas. Ahora no será demasiado difícil encontrar la idea que ha provocado y dirigido esta filtración religiosa; la revisión y el expurgo de los objetos sagrados que hizo Jacob en el seno de su familia (§ 149), y la elección y corrección de la terminología religiosa hecha por los patriarcas (§ 179), fueron otras tantas filtraciones motivadas por la misma idea. La idea de la evocación de Abraham, y su pacto con Dios, da por sí sola sentido a la historia bíblica de los patriarcas (§ 175)."

"Desde muy antiguo se conocían diversas tradiciones acerca de un diluvio existentes entre diversos pueblos; el diluvio de Deucalión entre los griegos, las múltiples historias de la América precolombina y las tradiciones todavía hoy vivas en Australia, Polinesia, India, Cashmir, Tíbet, Lituania, etc. Ante este hecho indudable, muchos creyeron que era preciso suponer, como fundamento de estas diversas tradiciones, el mismo suceso de las tradiciones babilonias y terahitas; algunos precisan más, identifican el diluvio de las diversas tradiciones con el *diluvium* geológico, que tuvo lugar después de los fenómenos glaciares, y que modificó profundamente durante la era cuaternaria la superficie del globo despoblado de vivientes."

"También sobre este punto hay hallazgos recientísimos, según los cuales *la question du Déluge revient à l'ordre du jour*. Excavando a partir de 1928 en Ur y en Kish (§ 2) se ha descubierto la prueba material de aquel advenimiento que constituyó el *hiatus* en el esquema de las antiguas genealogías babilonias y bíblicas (§ 183). En las dos localidades las excavaciones alcanzaron primero el estrato más profundo de la cronología hasta ahora conocida, cuya cerámica lo situaba en los albores

mismos de la historia babilonia, es decir, en la época de las primeras dinastías locales (§ 3). Sin embargo, se continuó excavando sobre un estrato que en Ur era de arcilla virgen, depositada por las aguas, y en Kish de arena fina sembrada de conchas de agua dulce y de detritus ícticos. Estos estratos fueron sobrepasados en profundidad, y -inesperadamente- salieron al exterior, bajo los mismos, restos de una civilización que si bien es evidentemente más antigua que la primera babilonia, sin embargo tiene una cerámica pintada de tipo más perfecto. Los excavadores angloamericanos dieron desde un comienzo noticia de su hallazgo en la prensa inglesa bajo los titulares "El Diluvio bíblico como hecho demostrado" y otros análogos, definiendo el estrato que constituye el hiatus como el "légamo del diluvio", y en realidad la doble prueba simultánea parecía tan clara como indudable, si bien más tarde se limitó su alcance a elementos más precisos."

De ninguna manera comparto la conclusión; no hay dependencia de una tradición con otra: hay sencillamente una tradición que emana de un acontecimiento que todos los antepasados comunes conocieron y transmitieron y que cada pueblo modificó de acuerdo con su propia modalidad, y que el elegido recogió con suma belleza e integridad.

CAPÍTULO SÉPTIMO

MONOS PROGRESISTAS Y NIÑOS NOTABLES QUE INVENTARON LA MITOLOGÍA EN ABIERTA COMPETENCIA CON HOMERO Y CON HESÍODO - DE CÓMO A VOLTAIRE Y A RENÁN SE LES TRASPAPELÓ EL SENTIDO DE LA INTELIGENCIA Y ALGO SOBRE BOAS

Cuando los racionalistas -allá por los siglos XVIII y XIX, ya prefabricada su concepción fundamental sobre la vida y sobre la historia- se encontraron con lo que llamamos el mundo antiguo, separaron cuidadosamente lo que a ellos les parecía posible de lo que les parecía imposible; esto último, quedó desde entonces científicamente englobado bajo la denominación de "Mitología".

Wellhausen, por ejemplo, refiriéndose a la Biblia dice: "La tradición israelita en este punto, vale más que todas las objeciones. Basta con que sea posible para que sea una locura preferir otra posibilidad". (Citado y comentado por Ricciotti Giuseppe, "Historia de Israel", t. II, pág. 105, especialmente Nº 117).

Es cierto que puede observarse que esto de lo posible y de lo imposible, depende de una apreciación subjetiva, que en sí mismo no tiene nada de científica; pero filósofos y hombres de ciencia, impusieron sobre este punto una unidad convencional; y en realidad crearon algo así como un patrón universal y único de lo que podía considerarse científicamente posible o imposible.

Así, a ellos les parece posible una transformación lenta y progresiva de la vida animal, desde las formas más simples hasta llegar al hombre; abonan la verosimilitud de tal proposición barajando millones de años

que pueden incluirse en el cálculo o excluirse, de manera que el proceso transformador vendría a justificarse a través de un largo espacio de tiempo; anterior a la historia -se entiende- porque en las épocas históricas no solamente no se encuentran rastros de esas transformaciones, sino que las cosas parecen haber sido de otra manera.

De esta suerte, ha tenido vida próspera como proposición científica, la idea de que un animal antepasado común del hombre y del mono o un mono o varios monos por su propia cuenta y riesgo, en una empresa no exenta de emoción, tramitaron en algún tiempo su transformación en un ser aparentemente más perfecto o por lo menos más eficaz: el hombre.

Pero si encuentran un relato de los tiempos remotos, recogido y creído por la tradición de los pueblos en el que se da cuenta que un ser superior creó al hombre tal cual es; y le dio las aptitudes que tienen, dicen que es imposible; y tal noticia ingresa sin más recaudos en el campo de la mitología.

Es decir, que puede considerarse científica la afirmación de que un mono -o el antepasado común- mediante su propio esfuerzo se transformó en un hombre; y no sería científico comenzar un curso de historia partiendo del momento en que Dios creó al hombre.

En otras palabras, se admite una bestia creadora del hombre a través de muchos años, pero no un Dios creador del hombre; es una cuestión personal con Dios: porque ambos sucesos, la creación divina y la transformación de un animal en hombre, son acontecimientos que escapan por igual a contralores y veedores, atento a que se pierden en el tiempo -o como suele decirse más pintorescamente, en la noche de los tiempos- y ninguno de los dos ha podido ser sometido a prueba científica. Es cierto que nadie ha visto a Dios en trance de crear al hombre, pero también es cierto que no se ha visto ni el menor asomo de que mono alguno haya intentado o siquiera preparado su paso a la especie humana.

Los que se ocupan de la prehistoria han buscado algunos huesos que según ellos podrían corresponder a formas intermedias, pero son pocos y sospechosos; y de haberse producido la transformación como ellos lo pretenden, sobrarían huesos correspondientes a los numerosos momentos del tránsito; pero de cualquier manera esto no sería historia; y sí, en cambio, es historia la creación divina del hombre, porque se encuentra abonada por la tradición de todos los pueblos sin excepción; y la tradición es una fuente respetada; y ninguno de ellos, además, parece haber tenido ni el más leve recuerdo de las transformaciones

penosas, como lo supone la idea de la evolución.

El criterio de lo posible usado por los racionalistas, los lleva a aceptar la hipótesis de las transformaciones progresivas de la vida, porque suministra una explicación natural y no por ninguna otra razón; en cambio la idea de la creación divina tiene una fuente histórica, pero reposa en una concepción sobrenatural, no autorizada por la ciencia positiva.

De acuerdo con estos antecedentes podemos decir que la mitología es para la ciencia aquello que se encuentra en el mundo antiguo que no le parece posible, porque no le suministra una explicación natural del comienzo de la historia. Los hombres de ciencia creen además que es una prueba del progreso alcanzado por la humanidad, el destierro de la explicación sobrenatural de la historia.

Esta concepción racionalista actualmente en vigencia en el mundo de la cultura, corresponde a la idea desarrollada en los siglos XVIII y XIX, si bien ya en el siglo XVII se trabajó sobre el mismo asunto.

Pero en el siglo XVI en Europa la concepción era otra; se tenía entonces por historia, lo que luego fue transferido a la mitología; así el Génesis Bíblico era entonces aceptado sin ofrecer dudas en lo que a su credibilidad se refiere (conforme Huizinga, "Concepto de la Historia y otros Ensayos", Fondo de la Cultura Económica, 1946, pág. 72. Berheim, "Introducción al estudio de la Historia", Labor, págs. 20 a 25 y 81 a 85). De la misma manera los pueblos antiguos creyeron en sus respectivas mitologías.

Bossuet expuso bizarramente la "mitología" cristiana, pero Voltaire la liquidó, según la expresión de Dilthey; e inauguró -en cierta manera- la historia tal cual se presenta hoy en lo que se llama civilización cristiana, que toma de la Biblia su religión y de Voltaire su concepción de la historia, sin que mucha gente vea en esto nada anormal.

Pero una vez aventada la historiografía religiosa que reducía todo a un solo misterio, el de Dios, los hombres de ciencia no solamente se vieron obligados a dar una explicación racional de la religiosidad de los hombres, sino de la existencia misma de las mitologías que estaban ligadas tan íntimamente a los primeros hombres.

De esta ambición nacieron muchas tentativas que originaron una literatura copiosa, entre ellas, la destinada a explicar el origen de las religiones, todo lo cual sirve para demostrar -entre otras cosas- que la ciencia no ha llegado a un acuerdo sobre el punto, es decir, que no se ha cumplido el grado de certidumbre que ella misma exige; sin embargo, en su momento cada una de esas teorías fueron aceptadas como

rigurosamente científicas.

Las explicaciones fueron dadas y aún profusamente esparcidas; que ellas sean buenas es cosa distinta.

Voltaire en su "Philosophie de L'Histoire" que sirvió de introducción a su obra "Essai sur les moeurs et l'esprit des nations", amenizó la serie con mucha pompa científico-filosófica, pero con un razonamiento de una tremenda simplicidad; acaso por eso tuvo una repercusión inmensa dado que esperaba una clientela ávida de vanagloria, para los "preparados" pseudo-científicos, que permiten juzgar los grandes temas, desde un cierto plano de seguridad frente a la masa creyente, sin necesidad del enojoso "lungo studio" de que nos habló el poeta y de esfuerzo espiritual prolongado hasta las últimas consecuencias; Voltaire administró en su época, una farmacopea modelo de simplicidad y que por eso prosperó.

"Después de muchos siglos -dijo- algunas sociedades se constituyeron y es de creer que hubo alguna religión, alguna especie de culto grosero..."

Los seres humanos ocupados en atender a sus necesidades, no podían remontarse al arquitecto eterno, de manera que no tenían la idea de Dios.

"Para llegar a saber cómo se iniciaron estos cultos, hay que seguir -dice Voltaire- la marcha del espíritu humano abandonado a sí mismo..."; los hombres perdieron una cosecha o fueron víctimas de una inundación, etc., y como no podían atribuírselo a ningún ser humano, lo atribuyeron a una potencia oculta y para aplacarla trataron de hacer lo que le gustaba a esa potencia oculta. Si encuentran una serpiente la identifican con la potencia oculta y llevan leche a la serpiente, y como otras poblaciones no tenían serpientes a mano u otro objeto, llamaron en general al ser que suponían que le había hecho el mal, el Señor, el Jefe, el Dominador.

En punto a la apoteosis, cree que el reconocimiento de la dignidad de dioses a los héroes es obra de los entusiastas que creyeron que los hombres eminentes eran hijos de algún dios; y de esa manera, los dioses tuvieron hijos en este mundo; y así se explica Baco, Perseo, Hércules, Cados, Polux, Rómulo; y Alejandro que según Voltaire fue declarado hijo de dios, en Egipto.

Como broche de oro de su fácil explicación entrega a la posteridad un párrafo de salón, muy propio de su espíritu mundano; y de su tiempo y del nuestro también:

"Se podría escribir volúmenes sobre esta cuestión, dice;

pero estos volúmenes se reducirían a dos palabras: y es que el grueso del género humano ha sido y será durante mucho tiempo insensato e imbécil; y posiblemente los más sensatos sean los que han querido encontrar un sentido a estas fábulas y tratar de introducir la razón en la locura".

Ernest Renán ("L'Avenir de la Science"), más responsable, nos da de la mitología una noción distinta a la de Voltaire, aunque el tipo de interpretación es semejante:

"La teoría general de la mitología -discurre Renán- **tal como Heyne, Niebuhr, Otfried Müller, Baur, Straus las han establecido, se vinculan a un mismo orden de investigaciones y supone el mismo principio. Las mitologías no son más para nosotros series de fábulas absurdas y a veces ridículas** (aquí abandona a Voltaire)**, sino grandes poemas divinos donde las naciones primitivas depositaron sus sueños sobre el mundo suprasensible, valor más, en cierto sentido, que la historia; pues en la historia hay una porción fatal y fortuita que no es la obra de la humanidad, mientras en las fábulas todo le pertenece: es un retrato pintado por ella misma. La fábula es libre; la historia no lo es"** (pág. 266).

"Las razas más filosóficas son también las más mitológicas. La India presenta el sorprendente fenómeno de la más rica mitología, junto a un desenvolvimiento metafísico bien superior al de Grecia y quizás al de Alemania."

Pero cuando se trata de explicar la mitología, Renán desconcierta porque recurre a los niños, de quienes no sería sensato esperar cosas tan importantes; dice así: **"Se ha creado** (se refiere al niño) **a su vez todos los mitos que la humanidad se ha creado: toda fábula que llama a su imaginación es aceptada por él; él mismo las improvisa y luego las afirma. Tal es el procedimiento del espíritu humano en las épocas míticas. El sueño tornado por realidad y afirmado como tal. Sin premeditación engañosa, la fábula nace de sí mismo; inmediatamente nacida es aceptada y va creciendo como la bola de nieve; ninguna crítica puede detenerla. Y no solamente en los orígenes del espíritu humano, el espíritu se deja seducir por este engaño admirable: la fecundidad de lo maravilloso dura hasta el advenimiento definitivo de la edad científica..."**(pág. 263).

Pese a las concepciones opuestas, Voltaire y Renán coinciden en la aplicación del esquema evolutivo; para Voltaire el asunto comienza con

los cultos groseros, lo que equivale -como tipo de explicación- a la identificación con el niño que queda a cargo de Renán.

Voltaire y Renán, son algo así como las catedrales del libre pensamiento; el mundo cartesiano de nuestros días, todavía los honra -con fanática devoción hacia el error- por las glorias de haber librado a la historia de las oscuras sombras de la superstición.

Sin embargo Voltaire y Renán -peregrina manera de disipar las sombras- se equivocaron; sus presuntuosas afirmaciones que resfriaron la fe de los hombres en nombre de la ciencia, aunque se repiten todavía no pueden sostenerse y -precisamente- no pueden sustentarse en nombre de la ciencia; y esto es lo que debiera invitarnos a meditar sobre esta ciencia que destruye lo que el hombre necesita espiritualmente para vivir, pero no construye nada semejante: porque era, en verdad, la base de la civilización cristiana lo que había quedado pulverizada, ya que después del siglo XVII su historia, la historia creída por todos hasta entonces -el Génesis bíblico- fue traspasada al dominio de la mitología; y a partir de aquí, digan lo que digan o callen lo que callen algunos filósofos cristianos -demasiado tentados de ciencias y triunfos temporales- no hubo más historia cristiana.

Es curioso observar cómo estos errores de Voltaire y de Renán, perduran en un mundo asistido por la ilusión de haber alcanzado la máxima potencialidad mental, pero que se ha habituado a ingerir el error como verdad, como esos paladares insensibles por los que pasa el vino malo lo mismo que el vino bueno.

Todavía hoy tenemos que padecer comparación de la mentalidad primitiva con la mentalidad del niño en obras de prestigio como la de Adolfo Lods: "Histoire de la Litterature Hebraique e Juive" (Payot 1950), en donde se dicen cosas como éstas:

"El poeta se mueve -como todos los poetas- en otro mundo más antiguo y más maravilloso, en el mundo tal como lo conciben los primitivos y los niños..." (pág. 24).

O en "La Civilization de la Grece Antique" de Maurice Croiset (Payot 1943):

"Los contemporáneos de Homero habían considerado el universo como verdaderos niños -vivamente impresionados por los grandes fenómenos de la naturaleza, atribuían a otros tantos seres sobrehumanos el fuego o el conflicto de las fuerzas que excitaban sus temores o sus sorpresas (pág. 53) **o bien la referencia a la grossiereté primitiva"** (pág. 24).

Renán y Voltaire fueron -a no dudarlo- los grandes jefes de raza.

La vitalidad de estas concepciones es lo que más debiera preocupar, porque además de ser erróneas, nunca explicaron cosa alguna en punto a la substancia del asunto; y por añadidura, son visiblemente contradictorias con lo que nos muestra la observación cotidiana, atento a que ninguna cosmogonía -a la manera de las que florecen en la mitología- ha salido jamás de un jardín de infantes.

Científicamente no tuvieron en momento alguno asidero firme; los etnólogos modernos que han examinado la cuestión sobre la base de un material más amplio y bajo una observación metódica, han acusado a los historiadores de haber producido comparaciones antojadizas de situaciones que no son comparables; y de haber aplicado a la historia la concepción evolucionista, mediante generalizaciones prematuras; es decir, sin haberse cerciorado previamente, si la evolución funciona cuando se trata de explicar la actuación del hombre.

Boas y su escuela en este sentido han llevado una carga de gran eficacia; y las conclusiones obtenidas no parecen ser discutibles en el campo de la ciencia, pero la indiferencia de los destinatarios es notable, pues ni polemizan ni dejan de concebir la historia como un esquema en que lo inferior marcha hacia adelante, avanzando hacia formas superiores de civilización, desde las concepciones sobrenaturales de los primeros hombres-brutos, hombres-niños, hasta la era excelsa de la razón y de la ciencia donde ellos se colocan, modestia a un lado.

Franz Boas -rara avis- no ha inventado ninguna teoría ni sobre mitología ni sobre punto alguno; pero en cambio ha formado una escuela de investigadores; no parece tener ninguna sensibilidad religiosa; ha estudiado con disciplina y sobre todo ha trabajado; y bajo su investigación fría y su estilo lacónico y gris, yace la colección completa de los "mitos científicos" engendrados a partir del siglo XVIII. Están ahí raídos de todo encanto, pues esta ciencia -hasta la fecha- no nos ha dado ni verdad ni belleza, a diferencia de la mitología de los "hombres-niños" que dejaron buena literatura, fina poesía y plástica admirable. La idea de una bestia injertada en el árbol genealógico del hombre, no ha sido un motivo espiritual o estético de consecuencias fecundas; y el pensamiento racional como fuerza motriz en el campo de la investigación histórica, ha producido frutos menguados y amargos: ha desteñido creencias de hondo arraigo que sostenían el corazón del hombre y no ha podido ofrecer nada básico y operante para su vida espiritual.

Boas en su obra "The Mind of Primitive Man", deja establecido (e insisto en que Boas no ha sido discutido) después de un estudio comparado intenso, tanto de las sociedades llamadas primitivas como de las

de nuestros días, que no puede deducirse que un mayor grado de cohesión lógica o psicológica tenga un valor cronológico, y agrega: **"de modo que la secuencia histórica puede reconstruirse a través del análisis lógico o psicológico de las ideas de las tribus primitivas. El desarrollo de la visión antropomórfica de la naturaleza y de la mitología ha sido reconstruido sobre esta base por Spencer y por Tylor. En realidad el curso de la historia puede haber sido muy diferente. Fácilmente se echa de ver que los complicados conceptos que representan términos tales como lo sobrenatural, el alma, pecado, existieron mucho antes de que se desarrollara el correspondiente concepto claramente definido...". "Si podemos determinar que lo sobrenatural incluye ideas de cualidades maravillosas de los objetos y las otras de las facultades antropomórficas pero sobrehumanas, esto no demuestra que un aspecto sea necesariamente más antiguo que el otro"** (pág. 168).

Por otra parte, los estudios etnológicos modernos, vienen a descubrir lo que era cosa averiguada para los que no perdieron el buen sentido: tras duro estudio demuestran científicamente -por fin- que no puede verse en la mente del niño una recapitulación del desarrollo de la mente de la humanidad (Boas, pág. 171).

"Son más bien modernos -dice Boas- **los esfuerzos para entender la cultura primitiva como un fenómeno que requiere un concienzudo análisis, antes de aceptar una teoría generalmente válida"** (pág. 171).

"La analogía con la vida mental del niño es difícil de aplicar, porque la cultura de la vida infantil en Europa y la vida del adulto en la sociedad primitiva no son comparables" (pág. 171).

Ha de entenderse que cuando digo siglo XVI y siglo XVIII no señalo límites precisos ni quiero decir que todo se gestara entre esos siglos, sino que en el entrevero incierto de ese tiempo, salió el hombre de hoy y su cultura, en la que la idea de lo sobrenatural está totalmente ausente o relegada a una lejana y remota primera causa, que es lo mismo, porque en ambos casos significa la expulsión de Dios de la historia.

En este sentido, sería caprichoso señalar diferencia entre el hombre actual religioso y el que no lo es; entre el católico y el protestante; o entre un ateo soviético y el más avanzado de los místicos norteamericanos; ninguno de ellos cree en la efectiva intervención de Dios en la historia, como lo creía el hombre del mundo antiguo; ni siquiera como lo creía un hombre del siglo XVI. Las escasas excepciones que pudieran encontrarse no gravitan sobre el pensamiento moderno.

CAPÍTULO OCTAVO

DE LOS QUANTOS DE ACCIÓN, DEL INDETERMINISMO Y DE SUS RELACIONES CON LA HISTORICIDAD DEL PENTATEUCO

He citado en estos apuntes y también lo hice en mis clases en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, la física de los quantos y el indeterminismo que en 1927 Heisenberg enunció; cité también a Louis de Broglie (del Instituto de Francia, Profesor de la Facultad de Ciencias de París - Premio Nobel), que refiriéndose a la física de los quantos y al indeterminismo, escribió estas palabras: "...Hay pocos cataclismos en la historia del mundo intelectual comparados a éste".

Exactamente, el positivismo científico con su determinismo y con su causalidad habían caído verticalmente; la incertidumbre reinaría en adelante.

Voy a tratar de explicar con las limitaciones del caso, porque soy abogado y no físico, qué es esto del quanto de acción tal cual lo describe un físico de prestigio; Max Planck, profesor de física en la Universidad de Kiel y después profesor extraordinario en Berlín, recibió en 1919 el premio Nobel de física y fue el responsable de un experimento que ha sido descripto en estos términos:

"Planck calentaba hasta la incandescencia un cuerpo hueco, y dejaba salir un rayo de radiación a través de una pequeña abertura, rayo que analizaba en el espectroscopio. De este modo encontró que la energía radiante no es una corriente continua. Es emitida en cantidades integrales, o cuantos, que pueden ser expresados con números integrales. En otras palabras, la medida siempre proporciona múltiples integrales de h v, donde v es la frecuencia y h una cantidad universal, ahora

conocida con el nombre de constante de Planck. Su gran triunfo de habilidad técnica fue deducir el valor de dicha constante que es 6.55 x 10^{27} ergio-segundo. Ninguna radiación puede ser emitida a no ser que se trate de esa cantidad o de un múltiplo integral de ella. Es decir, nuestra estufa no puede proporcionarnos calor hasta que haya acumulado al menos esa cantidad. Entonces no aumentará la radiación de su calor hasta que se acumule otra cantidad integral, que es exactamente el doble de la primera; y así sucesivamente. Nosotros tendremos 2 h v, 3 h v, y 4 h v, pero jamás encontraremos una fracción de hv. Esto supone un concepto revolucionario para la radiación del calor, y ese concepto se extendió luego a todas las radiaciones y, finalmente, a la estructura interior del átomo mismo".

"Pronto pudo comprenderse que el descubrimiento que Planck había hecho no sólo servía para explicar el espectro del calor radiante, sino que también tenía una aplicación universal. Así quedó demostrado a medida que la teoría se fue aplicando en diversas direcciones. Pocos años después de haber sido expuesta, Einstein aplicó la teoría de los cuantos a la explicación de la constitución de la luz, y demostró que la luz sigue el mismo proceso que la radiación del calor, siendo emitida en paquetes o cuantos, denominados fotones. Físicos de todos los países comenzaron a practicar la misma técnica de "cuantizar", obteniendo notables resultados, H.A. Lorentz, el famoso científico holandés, se expresaba así en el año 1925".

"Hemos progresado tanto que esta constante (la constante universal h de Planck) no sólo proporciona la base para explicar la intensidad de la radiación y la longitud de onda, para la cual representa un máximo, sino que sirve para interpretar las relaciones existentes en otros varios casos entre las diversas cantidades físicas que ella determina."

Hasta aquí James Murphy en un bosquejo biográfico incorporado a la obra Max Planck "¿Adónde va la Ciencia?" (Editorial Losada S.A., Buenos Aires 1941, pág. 17).

"Hoy se puede considerar como definitivamente adquirido por la experiencia que los intercambios de energía entre materia y radiación se hace por cuantos de energía h v, se trate de emisiones o de absorción" (*Diccionario Ilustrado de las Ciencias Puras y Aplicadas,* Ed. Mundi, Buenos Aires 1959).

El misterio no termina aquí; dice Louis de Broglie lo siguiente:

"En una palabra, después de treinta años la hipótesis según la cual una energía luminosa presentaría una estructura granular, ha resultado muy fecunda; y no cabe duda de que ha sido ella la que nos ha revelado un aspecto esencial de la realidad física. Pero presenta también muchas dificultades y, desde los primeros trabajos de Einstein sobre este tema no se ha dejado de hacerle toda clase de objeciones. Y en primer lugar ¿cómo conciliar esta discontinuidad de la estructura de la luz con la teoría ondulatoria cuyas experiencias tan numerosas realizadas por la óptica física había aportado verificaciones de extraordinaria precisión? ¿Cómo imaginar la existencia de granos de luz indivisibles en tanto que las experiencias de interferencias muestran que se puede obtener trenes de ondas coherentes de una longitud de varios metros? ("La Física Nueva y los Cuantos", Losada S.A., Bs. As. 1939, pág. 118).

Para más claridad Heisenberg termina su exposición sobre el indeterminismo o incertidumbre con estas palabras:

"En el fondo, el concepto mismo de "auténticamente real" ha sido desacreditado por la física moderna y llegado a esta posición debe modificarse el punto de partida de la filosofía materialista". ("L'Homme et L'Atome", Editions de la Baconniere-neuchatel, 1959; cito la edición española "Rencontres Internationales de Geneve", 1959, Ediciones Guadarrama, Madrid; pág. 92).

Creo haber demostrado que el positivismo científico, con sus hijos el mecanicismo y el materialismo, están en una grave crisis que al parecer no tiene solución.

Fue el positivismo científico el que intentó destruir la autenticidad e historicidad del Pentateuco; y prácticamente podemos decir que lo consiguió puesto que entre nosotros, el mundo de lo que podía llamarse la cultura no solamente es ateo sino que, además, es profunda y activamente antirreligioso.

Por cierto que los ateos no han quedado satisfechos con la crisis científica; algunos como Max Planck creen que el problema tendrá solución dentro de la misma ciencia, es decir, no creen que los resultados actuales sean definitivos.

Otros creen en un sistema de probabilidades que podría reemplazar en cierta manera al principio de causalidad.

Pero Sir James Jean, Secretario de la sociedad Real de Londres y profesor de la Universidad de Princeton, rechaza esa posibilidad como

se verá por la siguiente transcripción:

"La vieja ciencia había proclamado, llena de confianza, que la naturaleza sólo podía seguir un camino que había sido trazado, desde el comienzo de los tiempos hasta su fin, por la cadena continua de la causa y el efecto; el estado A, tenía que ser inevitablemente seguido por el estado B, pero la nueva ciencia sólo ha sido capaz de decir que el estado A, puede ser seguido por el estado B, C, D o por otros innumerables estados. Cierto es que puede afirmar que B es más probable que C, C que D, etc., etc., y es capaz incluso de especificar las probabilidades relativas de los estados B, C y D, pero, justamente debido a que tiene que hablar en términos de probabilidades, no puede predecir seguramente cuál será el estado que deberá aparecer. ÉSTA ES UNA DECISIÓN QUE ESTÁ RESERVADA A LOS DIOSES, cualesquiera que éstos sean" ("The Mysterious Universe", 1932, pág. 17).

¡Caramba!, un encumbrado sabio que ha caído en el ya desacreditado politeísmo; mejor hubiera dicho católicamente que la decisión estaba reservada al Dios de la milenaria tradición judeocristiana; y de paso habría coincidido con Newton; en otras palabras, el mundo no amarrado a las leyes naturales pero sujeto a plan.

Por donde el Génesis bíblico vendría a resolver de una manera sobrenatural la crisis científica; lo que significaría explicar por ese camino lo natural y no al revés lo natural explicando lo sobrenatural, lo inferior a lo superior, verdadera locura que reinó en el siglo XIX, sobre todo cuando quiso explicar la religión desconociendo la existencia de Dios.

Acaso sea una explicación de esta crisis y también que ésta sea definitiva como lo cree James Jean, la afirmación que nos viene de la sabiduría de San Pablo que dice que será siempre imperfecto el conocimiento del mundo, "porque lo vemos como en un espejo y bajo enigma" (I Corintios 13^{12}); lo que también explicaría de paso la afirmación de Levy Brhul de que lo verosímil nos lleva al error.

El que esclarece la enjundiosa cuestión entre James Jean y la tesis de Planck es T.A.M. Dirac, profesor de matemáticas en la Universidad de Cambridge en su libro intitulado "Quantum Mechanies", en donde dice algo que se podría sintetizar así:

"Su concepción esencial es que los fenómenos fundamentales de la naturaleza no se podrían representar como acontecimientos ocurridos en el espacio y el tiempo; más allá de todo lo que nosotros podríamos observar, hay para los acon-

tecimientos un substrato que no permite una tal representación... una tal concepción nos conduce a la frontera de los conocimientos actuales referidos a la teoría del quantum y aquí, por el momento, el progreso parece que se hubiera detenido".

Los conocimientos humanos dice Dirac, tienen una frontera; dentro de ella los sabios -así se llaman entre ellos- podrán seguir investigando para mantener vivas las ilusiones de Planck y de los que piensan como él, que puede ser la ciencia germana; pero fuera de esa frontera es espacio reservado a Dios y el milagro no puede ser negado y eso es definitivo; dice Boutaric:

"La posición verdadera de la ciencia frente al libre arbitrio como frente al milagro, nos parece que ha sido resuelta y precisada con felicidad por Emile Meyerson. La ciencia, según él, no puede negar la existencia del milagro en el sentido de que escapa al dominio de la ciencia" ("Les Conceptions Actuelles de la Physique", pág. 225).

Esto podría considerarse como un triunfo neto del cristianismo en el viejo conflicto entre la religión y la ciencia que estalló en el siglo XIX, pero ha sucedido solamente en los papeles pero no en el mundo y en la vida en donde el positivismo científico y el evolucionismo brillan todavía y dominan la cultura universitaria y la mundana también: no se vuelve a recuperar lo que se pierde; prevalece el principio de irreversibilidad que es bíblico: Dios Padre no le dio a Adán y Eva otra oportunidad; pecaron y comenzó la historia que recogió las consecuencias a veces tremendas.

La fe de los monjes medievales que reedificaban los monasterios que quemaban los paganos, la fe de los cruzados, la de los mártires que iban a parar a las fieras no ha reaparecido; Tehilard de Chardin ha prevalecido en la jerarquía eclesiástica y numerosos sacerdotes actuales de tendencia "modernista" continuan predicando sus teorías sobre los que nunca se ha podido comprobar nada y que terminaron en escandalosos y desgastados fraudes.

CAPÍTULO NOVENO

LA BENDICIÓN A ABRAHAM, LA RESURRECCIÓN Y SAN PABLO EN EL ENTREVERO DE LO POSIBLE O IMPOSIBLE

Hay una profecía relatada en el Génesis que por haberse cumplido es una garantía de la historicidad del Pentateuco, porque sería inimaginable que ella fuera introducida de contrabando o en otro tiempo que no fuera el que tiene, como suele sostenerlo la presuntuosa crítica que ha impugnado la historicidad del Pentateuco; y esto, porque hay una cronología en la profecía hasta su cumplimiento dos mil años después.

En Génesis 12[2], cuando Dios lo saca a Abraham de su tierra y de su parentela, dijo: "Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan; y en ti serán benditas todas las naciones de la tierra"; en Génesis 22[17], con más precisión dijo: "Y en un descendiente tuyo serán benditas todas las naciones de la tierra...".

Hasta aquí Ismael podía ser el favorecido por la bendición de Abraham; pero en Génesis 28[14], la bendición pasa a Jacobo: "Y será bendita en ti y en el que saldrá de ti todas las tribus de la tierra"; y cuando Jacobo predice el porvenir de sus hijos, le transfiere a su hijo Judá la bendición en estos términos: "El cetro no será quitado a Judá, ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado y éste será la esperanza de las naciones".

No puede dudarse, aunque algunos dudarán y otros no creerán, que Nuestro Señor Jesucristo es el que ha llevado a todas las naciones la bendición que Dios le dio a Abraham; la conversión de Europa al cris-

tianismo es un hecho histórico y también que los Papas, incluido Juan Pablo II, han predicado el Evangelio a todas las naciones.

Según San Pablo, si Jesús no resucitó, nada es cierto en el cristianismo, por eso vale la pena tratar el asunto.

R.G. Collingwood en "The idea of history", publicado en 1946 y traducido al castellano en 1952 (F. de C.E.) al ocuparse de la historia científica en el párrafo dedicado a F.H. Bradley, recuerda que Thomas Arnold, que fue profesor de historia en Oxford, consideraba a la Resurrección de Jesús como el hecho mejor atestiguado de la historia; pero, replicaban los críticos, que el hecho de que esté bien atestiguado sólo prueba que lo creyó mucha gente, no que haya sucedido; el único argumento que tiene por lo menos apariencia de validez entre los que se dieron entonces y que anota Collingwood, es el siguiente:

"No puede haber sucedido porque fue un milagro y un milagro es un quebrantamiento de las leyes de la naturaleza; la ciencia descubre las leyes de la naturaleza y por tanto todo el prestigio y autoridad de la ciencia se arrojan en la balanza para negar que en la Resurrección haya ocurrido realmente".

Aunque son pocas las personas que están bien informadas sobre esta materia, puede afirmarse científicamente que este razonamiento que se había trepado muy arriba ha caído hoy no sin cierta violencia vertical, porque la ciencia cuántica demuestra que las leyes que suponíamos existentes en el universo están exclusivamente en nuestra mente y no en el universo, de manera que lo que se llama milagro no puede ser negado hoy desde el punto de vista científico (conforme A. Boutaric, "Les Conceptions Actuelles de la Physique", Ernest Flammarion, editeur, pág. 225; Steffens Soler Carlos, "El Dr. Lisandro de la Torre-Monsieur Homais 1937", folleto, pág. 9, 1987).

Cabe en consecuencia replantear el problema en la historia sin verse expuesto a que le digan a uno que tiene la credulidad propia de una lavandera, como se estilaba en los tiempos de la ilustración.

Es interesante transcribir a Collingwood en punto a lo que vino a suceder después de la afirmación de Thomas Arnold, cuando algunos cristianos, con inclinaciones demasiado benevolentes hacia Jesús, quisieron despojar su Vida y su Obra de todo lo que fuera sobrenatural; el único inconveniente en esta por demás bondadosa tarea es que, como Jesús afirmaba que era Hijo de Dios, si se empeña uno mucho en despojarlo de ese origen sobrenatural, Nuestro Señor Jesucristo viene a convertirse en un impostor; dice Collingwood:

"El resultado fue que los críticos, sin la menor tendencia

antirreligiosa o anticristiana, sino por el contrario deseando basar sus propias creencias cristianas únicamente en la sólida roca de hechos históricos críticamente establecidos, se pusieron a reescribir el Nuevo Testamento dejando fuera los elementos milagrosos. Al principio no advirtieron hasta qué punto caían en el escepticismo respecto a los orígenes cristianos, pero pronto se planteó el problema: si se omiten los milagros junto con todo lo demás cortado de la misma tela ¿qué es lo que queda? Según la teoría crítica los primeros cristianos incluyeron los milagros solamente porque eran gente acientífica, imaginativa y crédula; pero semejante hecho no sólo vicia su testimonio respecto a los milagros sino también respecto a todo lo demás. ¿Por qué entonces hemos de creer que Jesús vivió siquiera? Seguramente, alegaban los críticos más extremistas, todo lo que el Nuevo Testamento puede decirnos en verdad es que existieron sus autores y que eran la clase de personas que muestran ser en sus escritos, es decir, una secta de judíos con extrañas creencias, que por una combinación de circunstancias se elevaron gradualmente al señorío religioso del mundo romano. Un escepticismo histórico radical resultó no del empleo de los métodos críticos, sino de una combinación de esos métodos con nociones positivistas no criticadas e inadvertidas". (Obra citada, págs. 162/163).

Es evidente que ese positivismo que menciona Collingwood, no castigado por ninguna crítica seria, influye constantemente, acaso sin que se advierta; la historia llamada científica es todavía la que se mueve dentro de los límites anacrónicos del positivismo; y lo grave es que este siglo no puede desprenderse de esa falsa idea de que nada puede suceder en el mundo si no está de acuerdo con leyes que no son otra cosa que la expresión harto modesta de lo que a nosotros nos parece verosímil; el iluminismo del siglo XIX ha triunfado totalmente sobre nosotros, dándonos una noción superficial de la realidad, porque lo verosímil se refiere a las apariencias que tienen las cosas para nosotros, que no son la sustancia de las cosas mismas; Platón en su alegoría de los hombres encerrados en una caverna lo había sospechado fuertemente.

Inexplicable resulta para mí la conclusión desesperante de un historiador de la jerarquía de Huizinga frente a esta disparidad que alcanza a medir con toda precisión y que para él ya no puede reducirse ni destruirse.

Ya hemos visto lo que piensa del evolucionismo; agrega aún: **"Llegamos pues a la conclusión de que el concepto de evolución no sirve más que para entorpecer la clara comprensión de las cosas cuando se aplica a la historia desde el punto de vista biológico"** (obra citada, pág. 35). Véase Capítulo Tercero.

Lo entienda o no la cultura occidental, con la claudicación de los católicos o sin ella, lo cierto es que no se debe eludir el replanteo del problema histórico en sus verdaderos términos; la historia científica no tiene por qué ser la positivista, por el solo hecho de que lo sobrenatural no pueda captarse por medios arqueológicos, si puede aprehenderse de otra manera; por ejemplo al trasluz de sus consecuencias históricas.

Esta posibilidad perfectamente racional, si desde luego arriesgamos una razón algo rica y ágil, es la que trae Giuseppe Ricciotti, profesor de la Universidad de Roma, cuando se refiere a las agitaciones bélicas que padecía Ur de los Caldeos en donde parece que predominaba el Dios Lunar (hacia el año 2.000 A.C.).

Entre estas contingencias, dice:

"Tuvo lugar la vocación de Abraham, que escapa naturalmente a un control arqueológico y que ha de enjuiciarse a la luz de sus consecuencias históricas. En esta vocación Dios ordenó a Abraham que saliera de su país, que se alejara de sus parientes y que se encaminara al lugar que le iba a ser indicado, puesto que era voluntad de Dios hacerle cabeza de una gran nación, objeto de bendiciones divinas y persona a través de quien serían benditas todas las naciones de la tierra. La vocación tuvo lugar en Ur (cf. Act., 7, 2-3; del Génesis 12, 1)". (*Historia de Israel*, Tomo I, pág. 121, Nº 124).

Aquí hay dos cosas importantes; en primer lugar un pueblo, hasta entonces no identificado, que toma categoría histórica con su primer caudillo hace 4.000 años y que a partir de entonces lucha denodadamente por el monoteísmo y por un Dios espiritual frente a la idolatría más o menos grotesca de los otros pueblos; sufre persecuciones y pese a sus caídas y a sus desviaciones vuelve por obra de los Jueces y de los profetas a su verdadera dirección; y por otra parte que dentro de ese mismo pueblo, habría de aparecer el Mesías que trasladaría la misión exclusiva de Israel a todos los otros pueblos; luego la anunciación profética de que en un brote de Abraham serían benditas las naciones de la tierra, se cumplió después de dos mil años de agitada historia.

Obsérvese que el pueblo judío -los hebreos de Ur, los israelitas del movimiento religioso- es el único pueblo del mundo que llega a noso-

tros desde la iniciación de los tiempos, constituido como tal, con su propia historia; lo mismo no podría decirse de los griegos ni de los egipcios ni de los habitantes del Asia Menor, no obstante que tuvieron una historia a veces imperial y otras veces mucho más brillante y suntuosa que la del pueblo hebreo.

El comienzo es un hecho sobrenatural, la teofanía de Abraham, en la cual han creído los judíos durante 4.000 años de historia y los cristianos también; y que es la única explicación de una fe que tiene como tal que echar raíces en lo sobrenatural: por eso es el pueblo de Dios.

Sin duda sería difícil explicar al pueblo judío, sus luchas contra los pueblos idólatras sin esa teofanía.

Con respecto a la Resurrección de Jesús es verdad como lo enseñaba Thomas Arnold que es el hecho mejor atestiguado en la historia universal, pero los positivistas no creen en ella porque les parece imposible.

Pero es que además la resurrección tiene una prueba de incontenible fuerza, que también es científica, porque es la única explicación verosímil de una serie de hechos que ocurrieron entre la Muerte y Resurrección de Jesús y después de la Resurrección de Jesús.

El hecho concreto es el súbito y misterioso cambio que padecen los discípulos.

Después de la muerte de Jesús los discípulos huyen despavoridos; el bravo y fiel Pedro, que en vida de Jesús le cortó la oreja a Malco, lo niega tres veces después que lo detienen, pero llora cuando se cumple la trágica profecía del canto del gallo. Salvo Juan, el Discípulo Amado, ninguno de ellos está junto a Él en el horrendo sacrificio de la Cruz.

Él les había dicho y repetido que su Reino no era de este mundo, pero ellos creían otra cosa; la actitud de Pedro cortándole la oreja al criado lo prueba. Su detención fue para ellos el fracaso de Jesús, confirmado con su muerte afrentosa; no obstante que Él lo había previsto (véase Mateo, 26, 31 y 32 y Mateo 26, 56).

La profecía se cumplió, efectivamente: "Entonces le desampararon todos los discípulos y huyeron" (Mateo 26-56).

El período de la Resurrección y las apariciones de Jesús, minuciosamente descriptas por el Evangelio, producen una súbita y profunda transformación espiritual en los discípulos; no puede entenderse esto sin una lectura de los hechos de los Apóstoles aunque sea con criterio profano, ya que ese notable libro no forma parte de la enseñanza laica, a pesar de ser rigurosamente histórico.

Pero esa transformación es real, Pedro inclusive se transforma en

un orador eficaz y el hecho mismo no puede discutirse hoy, puesto que la difusión del cristianismo es la obra inicial de un núcleo de discípulos que sacaron a Jesús del más perfecto anonimato histórico.

El caso de San Pablo es otra prueba irrecusable de la intervención de lo sobrenatural en la historia; Saulo de Tarso era un judío ilustre y ciudadano romano con un porvenir político en Israel que se veía claro. Tenía una gran cultura, un conocimiento profundo de la historia de Israel, porque había sido discípulo de sus mejores sabios; contaba con una mentalidad clara, realista, lógica y con un talento enorme, como se deduce de sus epístolas que el noventa por ciento de los universitarios no han leído; y que tampoco se consideran documentos históricos para la cultura laica, a pesar de ser la base de la expansión del cristianismo entre los gentiles (y sin duda la historicidad del cristianismo es cosa algo difícil de negar).

San Pablo no era hombre de accesos místicos ni de engañarse con apariciones; fue siempre un hombre de este mundo, inclusive cuando llevaba una persecución violenta contra los cristianos.

A lo que se llama corrientemente la visión de Jesús que tuvo San Pablo en el camino a Damasco hay que hacerle una aclaración, la palabra visión debe ser tomada en su acepción de ver, porque San Pablo lo vio y habló con Él; no hay que caer en consecuencia en la otra acepción, es decir, la visión sin percepción sensible; San Pablo lo aclara bien en la Epístola I a los Corintios:

"-Que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día según las Escrituras; y que apareció a Cefas y después a los once; posteriormente se dejó ver de más de quinientos hermanos juntos; de los cuales, aunque han muerto algunos, la mayor parte viven todavía; se apareció también a Santiago, y después a los Apóstoles todos. Finalmente, después de todos, se me apareció también a mí, como a un abortivo...". "Ahora bien, si se predica a Cristo como resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que algunos de vosotros andan diciendo que no hay resurrección de los muertos? Pues si no hay resurrección de muertos, tampoco resucitó Cristo. Mas si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicación, y vana es también vuestra fe". (15, 4-8; 15, 12-15).

La conversión de Pablo y sus consecuencias inmediatas están descriptas en los Hechos de los Apóstoles (IX, 1-29), y se ve la tragedia

que cae sobre el fariseo frente a los suyos que, desde luego, querían matarlo por traidor y frente a los cristianos que por cierto no olvidaban la persecución y menos aún el martirio de San Esteban, que Pablo dirigió.

La vida del convertido se transforma totalmente, de triunfador se convierte en siervo humilde de un Cristo perseguido y escarnecido; carga sobre sus hombros el renunciamiento a todas las ventajas de este mundo y se entrega a la tarea ímproba de convertir; es perseguido, encarcelado y por último padece la decapitación bajo el César.

Es difícil de explicar la conversión de todo un mundo al cristianismo sin admitir lo sobrenatural, porque la llevaron a cabo hombres modestos y humildes, no filósofos ni oradores notables; estos hombres transmitían fe precisamente porque habían estado en contacto directo con el proceso sobrenatural de la vida, muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo; los cristianos que iban al martirio, también convertían; ninguna religión en el mundo tuvo tantos seres humanos que murieron por confesar la fe, como lo hicieron los cristianos que iban a morir en el horripilante acto de ser entregados a las fieras; y esto también es sobrenatural.

También es sobrenatural la conversión de Europa al cristianismo; es otro milagro porque racionalmente es inverosímil. Fue a partir de Constantino, convertido con su ejército por la visión de aquellas palabras que exaltaban en un signo la promesa de una ayuda sobrenatural: in hoc signo vincis (Eusebio, "Vida de Constantino"); la conversión siguió su camino con milagros o sin ellos, pero sí de fe sobrenatural que es precisamente lo que falta hoy, por eso tampoco lo entenderán; los llamados bárbaros destruyen y queman monasterios y matan; y la fe de los monjes los reedifican para enseñar a esa turba de bestias los misterios de la Trinidad, de la Encarnación y de la Redención, lenguaje totalmente desconocido por ellos.

Es quizás o sin quizás, el período de más alta espiritualidad de la historia de nuestro mundo; también el más olvidado, el más tergiversado y el menos conocido, ignorancia que debemos agradecer a la frivolidad de su sucesor en el tiempo: el Renacimiento, indefinido y vacío.

Lo que se suele llamar el manifiesto del humanismo es el discurso de Lorenzo Valla (Basilea 1543) con el párrafo final del "Elegantiae linguae latinae", cuyo texto es el siguiente:

"... que aquellas artes más afines a las artes libres, a saber la pintura, la escultura y la arquitectura, después de una degeneración prolongada y tan profunda, en que casi llegaron a

morir con la cultura misma, renazcan y revivan ahora y se advierta un florecimiento tan grande de magníficos artistas, bien formados literalmente. Felices tiempos estos nuestros, en que, a poco nos esforcemos, la lengua romana llegará pronto a florecer, como yo espero, más aún que la ciudad misma, y en que con ella se restaurarán todas las ciencias".

Este juicio sobre la Edad Media multiplicado por los ateos de todos los tiempos, se convirtió en una divisa para juzgarla definitivamente, al cual adhirieron los liberales de manera que nadie se interesó por esta edad oscura, fanática, atrasada, que malvivió entre el paganismo ilustrado de la vieja Roma y el brillante Renacimiento; de ahí su nombre, convencional y falso; por cierto que los que vivieron en esa época jamás se enteraron de que estaban en la Edad Media.

La Iglesia Católica y los restos de la Roma despedazada frente a los bárbaros, tenían por cierto otra cosa que hacer: sobrevivir, por lo pronto y no entregarse a cultivar la literatura elegante; porque estaban frente a los bárbaros, palabra de origen griego que significa extranjero, pero eran algo más que extranjeros, eran invasores paganos.

Un mapa enseñaría mejor que una disertación, la tragedia de Europa después de la caída del Imperio Romano en el año 470, fecha convencional de la que se valen los historiadores para señalar la aparición de la mal llamada Edad Media.

Ya antes, Alarico había saqueado Roma en el año 410; en el 455 volvió Genserico y esta vez fue un saqueo terrible, que dejó un adjetivo calificativo: vandalismo; y más o menos después de la caída de Roma en el año 470 la situación de Europa era la siguiente: los límites del Imperio Romano eran el río Rin que desembocaba en el Mar del Norte y el Danubio que caía en el Mar Negro; entre estos ríos y el río Vístula y el río Dniester estaban los sajones, francos, alamanes, burgundios, suevos, lombardos, vándalos, visigodos, ostrogodos y más allá del río Dnieper los hunos, raza mongólica, que el Imperio Romano apenas pudo detener en los Campos Cataláunicos (451).

Dos autores de la Universidad de Columbia sintetizan más o menos esa situación en estos términos:

"Aunque a menudo había algunas reconstrucciones, la mayor parte de las veces la desmembración política iba acompañada de una descentralización económica, una decadencia de los centros urbanos y una degradación del saber y la cultura. Esa decadencia continuó, de hecho, hasta bien entrada la Edad Media" (John A. Garraty y Peter Gay, "El mundo Medieval",

Ed. Bruguera, pág. 172).

En el año 496, Clodoveo, un gran capitán rey de los francos a punto de ser vencido en la batalla de Tolbiac por los alamanes, prometió a su esposa Clotilde, princesa cristiana, que se convertiría si se salvaba de la derrota; y lo cumplió convirtiéndose junto con todo su ejército y desde entonces guerreó con toda eficacia para la expansión del reino cristiano.

Clodoveo murió en 511 y vino una época de decadencia; los últimos representantes de esta familia fueron soberanos indolentes y el cristianismo tuvo que afrontar una nueva crisis; la familia noble de los Heristal, duque de Austrasia, uno de ellos Carlos Martel se cubrió de gloria derrotando a los musulmanes en la batalla de Poitiers; su hijo Pipino asumió la reyecía en una acto de gran solemnidad pues el Papa Esteban III se trasladó a Francia y lo consagró solemnemente, otorgándole de esta manera el derecho divino a la sucesión hereditaria.

Llegamos así a Carlomagno: la grandeza en todo su esplendor, suscitado acaso por los cielos; a la dinastía carolingia: **"... en ese tiempo -dicen los autores citados, que no son católicos- la iglesia latina proporcionó un nuevo sentimiento de identidad por medio de su lenguaje y leyes y su teología, y comenzó a unificar de alguna manera las naciones y los pueblos de Occidente..."** (pág. 173); **"así pues -agregan- a los carolingios no se les puede negar el mérito de haber conseguido detener la decadencia que había comenzado en Roma"** (pág. 174).

No he estado escribiendo la historia de la Edad Media, he señalado solamente a grandes rasgos los hechos salientes que lograron la conversión de los paganos: el gran triunfo de la Iglesia Católica, obtenido contra toda lógica humana porque evidentemente todo hacía suponer que sería aplastada por la invasión de los bárbaros.

Agregan los autores citados: "... En resumen, la Iglesia latina hizo salir de sus estrechos límites a una sociedad localista y la estimuló a extenderse por el mundo que la rodeaba; como consecuencia de todo ello, Roma, la sede papal, se convirtió en capital de Europa" (pág. 194).

Es de señalar también que los pueblos latinos están a la cabeza de la cultura y de la espiritualidad y en consecuencia del cristianismo; es de señalar también, que los anglosajones son los que pusieron una fuerte y larga resistencia a la obra de Carlomagno; y en verdad nunca fueron realmente cristianos: son anglosajones los protestantes que dividieron

la Iglesia; también lo son los de la alta crítica que en el siglo XIX impugnaron el Pentateuco; esos mismos anglosajones empobrecieron moral y económicamente a la América española (véase el notable libro de Carlos Ibarguren (h), "De Monroe a la Buena Vecindad-Trayectoria de un Imperialismo", ediciones Dictio, 1978).

Son también autores del mayor crimen que registra la historia desde Caín hasta la fecha: tiraron sobre Nagasaki e Hiroshima -las dos ciudades con mayoría de católicos- la bomba atómica con la colaboración de Alberto Einstein, cuando ya los japoneses gestionaban la paz como lo refiere Eisenhower en sus Memorias.

CAPÍTULO DÉCIMO

LA TABLA DE LOS PUEBLOS - LA ORGANIZACIÓN TEOCRÁTICA DE NUESTRO MUNDO - MOISÉS, EL HOMBRE QUE HIZO LA VOLUNTAD DE DIOS - EL MESÍAS

En la explicación inicial, capítulo intitulado "DOS PALABRAS NECESARIAS...", dije al término del mismo que el Génesis contenía una tabla de los pueblos en la que se indicaba la dispersión de los hijos de Noé, que por cierto se habían multiplicado y habían fundado otras ciudades en las proximidades de Ur de los Caldeos: la ciudad madre, diríamos así.

Me limité entonces a indicar los descendientes de los hijos de Jafet, porque son los que "con su propia lengua, familia y nación" se dirigieron a Europa: Elisa fue a Grecia y Tarsis a España, es decir nuestros lejanos antepasados si seguimos el curso de la historia que nosotros acostumbramos a estudiar: Grecia, luego Roma y de ahí la Iglesia Católica que asume la dirección del mundo antiguo después de la caída del Imperio Romano, vale decir, el comienzo de la Edad Media (conforme Garraty y Gay, "El Mundo Medieval", ya citado: "... como consecuencia de todo ello, Roma, la sede del Papa, se convirtió en la capital de Europa", pág. 194, Universidad de Columbia).

La tabla de los pueblos que trae la biblia en el capítulo X del Génesis es más amplia: comprende a los descendientes de los tres

hijos de Noé; sobre el punto monseñor doctor Juan Straubinger dice:

"El capítulo 10 contiene la tabla de las naciones, es decir, la nómina de los pueblos antiguos. Para comprobar que Moisés no tenía la intención de enumerar todos los pueblos, basta recordar que de los siete hijos de Jafet, sólo de dos se mencionan los descendientes. Hasta ahora los sabios no han logrado identificar en todos los casos a los pueblos aquí enumerados, por lo cual damos solamente algunos ejemplos. Gomer: los cimerios, cimbros (germanos). Sobre Magog véase Ez 38, 2 y 39; Apoc. 20, 8 s. Madai: los medos (persas); Javán: los jonios (griegos); Tubal y Mosoc, según los cuneiformes, parte de Armenia (véase Ez. 27, 13; 38,2); Tiras: los tirrenos (Mar Adriático, Italia y países occidentales). Elisa: Elis (Grecia). Tarsis: España (?). Cetim: Chipre y occidente. Dodanim: dárdanos (griegos). Cus: Nubia, Etiopía. Mesraim: Egipto. Fut: parte de Egipto o Libia - pueblos de Arabia - Acad: parte de Babilonia - Calé: ciudad situada cerca de Nínive - sobre Ludim véase Is. 66, 19; Jer. 46, 9; Ez. 27, 10; 30, 5. Laabim: los libios. Nefutuim: Egipto inferior. Fetrusim: Egipto superior. Cafforim: Creta - Heteo: los hititas, pueblo del Asia Menor - pueblos de Canáan. Senaar: Babilonia" (La Biblia revisada y anotada por monseñor doctor Juan Straubinger, nota al Génesis 10).

La confusión de las lenguas para mí es un misterio bíblico; algunos creen que se trató en verdad de la confusión de los espíritus que originó la confusión de las lenguas.

De cualquier manera es de señalar el error que se comete cuando se habla de raza semita o de raza aria; la realidad histórica es que se trata de distintos pueblos de un mismo origen y con idiomas distintos.

Ésta es la tradición que cuenta con miles de años y desde luego con ella no se resuelven ni se contestan muchas preguntas que caben formular; hay pues que resignarse a aceptar que un gran misterio es no solamente la historia sino la vida misma; pero aceptando lo sobrenatural la historia bíblica es una historia lógica de la humanidad que empieza con el pecado, y concluye con el juicio final; y que da un sentido de lo sagrado y una idea moral consecuente, lo que ciertamente no ocurre con el ateísmo; la corrupción que ataca al mundo moderno puede atribuírse históricamente a la incredulidad.

La organización de nuestro mundo fue teocrática, como nunca debió dejar de serlo; el Señor eligió a su caudillo que cumpliría fielmente su voluntad, en el transcurso de acontecimientos sobrenaturales: la zarza ardiente que debía atraer a Moisés está en el comienzo de una histo-

ria que hoy nos parece fantástica: "Quítate el calzado de tus pies porque la tierra que pisas es santa": la idea de lo sagrado que ha desaparecido en el tiempo notoriamente desacralizado que estamos viviendo, incluida buena parte de la jerarquía eclesiástica y, desde luego, el protestantismo; los fraudes de ese fraile petulante y apóstata que fue Teilhard de Chardin -no excomulgado- son todavía historia para algunos cardenales y obispos que ejercen nefasta influencia en la Iglesia [8].

Díjole Dios a Moisés: "Yo estaré contigo..."; dijo Moisés a Dios: "He aquí que yo iré a los hijos de Israel y les diré: el Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Pero si me preguntaren: ¿cuál es su nombre? ¿Qué les diré?" Respondió Dios a Moisés: "Yo soy el que soy. He aquí, añadió, lo que dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros".

Moisés es acaso la figura prominente de la historia universal; expresión de la belleza física y moral, encierra la nobleza, la firmeza y la rectitud; el valor y la fuerza; es el hombre elegido por Dios para organizar a la humanidad en nombre del Señor, imprimiendo a la vida un sentido profundamente religioso.

Su historia la describe con detalles significativos la sagrada Biblia en el capítulo del Éxodo, que sería muy largo enumerar aquí; en síntesis, Moisés, salvado de las aguas por la hija del Faraón, por decisión de ésta es amamantado y criado por su madre judía; pero ya más grande, la hija del faraón, enamorada de esta criatura fuerte y bella, resuelve adoptarla; se dice también que fingió un embarazo para facilitar la adopción; lo cierto es que Moisés -su nombre significaba salvado de las aguas-

---

8 La Iglesia no lo excomulgó a Teilhard de Chardin inexplicablemente; el Santo Oficio dictó un decreto el 6 de diciembre de 1957, que decía así: "Los libros del Padre Teilhard de Chardin S.J., deben ser retirados de las bibliotecas de los seminarios y de instituciones religiosas; no pueden ser puestos a la venta en librerías católicas y no es lícito traducirlos a otras lenguas"; y la Pontificia Universidad de Letrán de Roma, en 1959 en su revista refutó el sistema de Teilhard. Como era de esperar esto no sirvió para nada. En el centenario de su nacimiento se celebraron toda clase de actos en su homenaje y lo que es más serio se celebró en Notre Dame una misa solemne; y el cardenal Casarolli envió en nombre del Santo Padre una famosa carta que se publicó en L'Osservatore Romano del 21 de junio de 1981, en donde hacía un encendido elogio del apóstata. El planteo inicial de Teilhard demuestra su incredulidad, su falta de fe; dice ser del cielo pero ama al mundo y el mundo para Jesús era Satanás a quien llamó "príncipe de este mundo"; divinizó la materia, a la que le concedió energía espiritual; coincidió con Engels en darle movimiento y vida a la materia, que por evolución universal alcanza los grados más altos de la conciencia y el espíritu. Como era de esperar los zurdos y los comunistas y la prensa judaica lo convirtió a Teilhard en un hombre célebre y famoso y fue financiado; viajó por todo el mundo en busca del eslabón perdido, es decir que introdujo el darwinismo en los Evangelios. Fue el autor y responsable del fraude de Piltdown que provocó un enorme escándalo, como el fraude del Sinanthropus Pekinensis, que él había exaltado; sus protectores lo abandonaron y murió pobre y solo.

tuvo una educación principesca, se cuenta que estudió profundamente la ciencia de los egipcios, que era muy elevada si recordamos que en el Fedro de Platón -como lo hemos transcripto- un legendario rey egipcio tiene con el dios Toth un diálogo lleno de sabiduría, una crítica a lo que es hoy nuestra enseñanza universitaria.

Bajo los reyes hiksos, que serían semitas, los hebreos fueron bien recibidos; no ocurrió lo mismo cuando los faraones egipcios recuperaron el poder. Dios le encomienda a Moisés que saque de Egipto a los hebreos maltratados por los egipcios; un grave incidente: para evitar la condena a muerte Moisés huye de Egipto, a la tierra de Madián; allí contrajo matrimonio con Séfora, una hija de Jetré y se entregó a cuidar los ganados de su suegro, y en esas circunstancias se produjo el misterioso episodio de la zarza ardiendo.

La Santa Biblia relata con detalles todo el conflicto entre los hebreos y los egipcios y la fuga de los primeros y empieza entonces el relato, también minucioso, de los hebreos en los caminos del desierto que duró más de cuarenta años; allí en el transcurso de esos años, tiene lugar la legislación civil y religiosa que dicta Moisés, entremezclada con los hechos históricos que refieren las graves dificultades que sufrieron los hebreos en esta larga travesía; hay que señalar que esto tan particular de una legislación civil y religiosa que se dicta dentro de un trámite de historia, es un hecho único del que no se registra ningún otro caso ni parecido siquiera, por donde todos los antecedentes del cristianismo aparecen vinculados a la historia de los hebreos.

La Santa Biblia describe minuciosamente también las leyes civiles y religiosas dadas por Moisés y especialmente dice: "Escribió, pues, Moisés, todo cuanto le dijo el Señor y levantándose de mañana erigió un altar al pie del monte y doce piedras según el número de las tribus de Israel...".

También cabe consignar que el texto expreso de la Alianza de Dios con los israelitas, dice lo siguiente, según las manifestaciones a Moisés: "Ahora bien, si escuchareis mi voz, y observareis mi pacto, seréis para mí entre todos los pueblos, la porción escogida; ya que mía es toda la tierra. Y seréis vosotros para mí un reino sacerdotal, y nación santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel" (Éxodo, 19 5-6).

Con gran espectáculo que la Santa Biblia describe también minuciosamente, el pueblo hebreo recibe los diez mandamientos; esto es por cierto lo que tiene realmente jerarquía, porque son dados por Dios; por eso deben cumplirse; la crítica racionalista, que excluye lo sobrenatural, pensará que en realidad los mandamientos serían una

obra personal de Moisés, que no es lo mismo, porque lo mandado por Dios obliga moralmente porque corresponde a una moral absoluta y no a una moral relativa, que es la moral de los hombres que, por eso mismo, no es exigible, porque la moral o es absoluta o no es moral exigible.

Para qué decir que Moisés consignó especialmente que cada mandamiento había sido dado por Dios, con toda solemnidad como lo dice el texto bíblico.

El Pentateuco contiene toda la organización de la Iglesia, según la voluntad de Dios transmitida a Moisés; contiene las leyes civiles, penales y administrativas, dicho todo con una minuciosidad a veces sorprendente; algunas disposiciones han desaparecido o han sido desvirtuadas en los tiempos que corren; recordaré solamente algunas:

Castiga el homicidio con la pena de muerte: "Quien hiriere a un hombre matándolo voluntariamente, muera sin remisión (Éxodo 21, 12-13); también al ladrón: "El que hubiere robado un hombre y lo vendiera, convencido del delito, muera irremisiblemente" (el secuestro en nuestros días).

Justifica la guerra religiosa: "Al que quiera persuadirte de servir a los dioses ajenos, no condesciendas con él ni le oigas ni la compasión te mueva de tenerle lástima, y a encubrirlo, sino que al punto lo matarás." (Deuteronomio 13, 7-9).

Contra el dogma de la democracia que apesta nuestro mundo moderno: "No sigas la muchedumbre para obrar mal; ni en el juicio te acomodes al parecer del mayor número, de modo que te desvíe de la verdad." (Éxodo, 23, 2-3).

Prohibe que la mujer se vista como el hombre: "La mujer no se vista de hombre ni el hombre se vista de mujer; por ser abominable delante de Dios quien tal hace." (Deuteronomio 22, 5).

Por consejo de su suegro, Moisés organizó su administración; éste le dijo: "Sé tú medianero del pueblo en las cosas pertenecientes a Dios... Para lo demás escoge sujetos de firmeza y temerosos de Dios, amantes de la verdad y enemigos de la avaricia y de ellos establece tribunos" (Éxodo 18, 21).

Como se ve el mundo moderno orgulloso de sus adelantos técnicos (la Bestia según la Biblia) tiene mucho que aprender de los tiempos primeros, en donde cabe encontrar una sabiduría inicial.

Moisés murió a los 120 años; el Deuteronomio dice: "No se ofuscó su vista ni los dientes se le movieron; su muerte parece haber sido dispuesta especialmente por el Señor; dice el Deuteronomio:

"Y murió allí Moisés, siervo del Señor, en tierra de Moab, habiéndolo dispuesto así el Señor; y lo sepultó en un valle del distrito de Moab...y ningún hombre hasta hoy ha sabido su sepulcro"; otra tradición dice que Moisés fue enterrado por San Miguel que le disputó su cuerpo a Satanás; así lo cuenta San Judas en su Epístola.

Esta tradición de sabiduría se prolongó hasta Josué: "Porque estaba lleno del espíritu de sabiduría; porque Moisés le había impuesto las manos". Y agrega el Deuteronomio: "Y los hijos de Israel le prestaron obediencia y ejecutaron lo que mandó el Señor a Moisés. Ni después se vio jamás en Israel un profeta como Moisés, con quien conversara el Señor cara a cara...".

Este período, típicamente teocrático, se prolongó durante el período llamado de los Jueces, hasta que Samuel díjole a Dios que el pueblo de Israel le pedía un rey; muy significativamente Dios le dijo: "Dáselo, no es a ti a quien abandonan, es a Mí". (Reyes 6, 7).

EL MESÍAS

Los judíos de hoy hablan del Mesías -que es palabra de origen hebreo- pero se apartan de la propia ley de ellos, la Torah -que como el Génesis, es nuestra ley común- que anuncia la llegada de Jesucristo como Mesías, según lo hemos demostrado en el capítulo anterior transcribiendo minuciosamente los textos bíblicos correspondientes.

A esto se refiere San Pedro en Los Hechos de los Apóstoles cuando dijo: "Pero como era profeta, sabía que Dios le había prometido con juramento que uno de sus descendientes se había de sentar sobre su trono, previendo la resurrección de Cristo..." (3, 30).

Los ateos no han advertido el significado de Jesús en la historia universal, una historia falsa fabricada por ellos les ha cerrado los ojos y tapado los oídos hasta el punto de no haber advertido que Jesús es el centro de la historia universal; con más claridad, hay historia universal después de Jesús, por eso los tiempos se cuentan antes y después de Él; un judío ignominiosamente colgado de una cruz es el centro de la historia universal, porque bíblicamente ha llevado la creencia en el Dios único y todopoderoso, a todas las naciones; en su nombre la Iglesia Católica habla siempre también a todas las naciones.

Yo no he entendido qué relación puede haber entre el mundo sobrenatural de Nuestro Señor Jesucristo y la filosofía de los hombres; tampoco lo debe haber entendido San Pablo, porque escribió:

"Estad sobre aviso para que nadie os seduzca por medio dé la filosofía y con vanas sutilezas, fundada en la tradición de los hombres, en los elementos del mundo, y no en Jesucristo..." (Colosenses 2, 2-9).

Spengler, hombre de mucho talento y de finísima sensibilidad, ha dicho en "La Decadencia de Occidente" cosas admirables y ha incurrido también en errores no tan admirables, por cierto, como puede verse en la página 290 del tomo III (Espasa Calpe, Madrid 1946), en la que adhiere contradictoriamente a las investigaciones de la alta crítica anglosajona contra la historicidad del Pentateuco; pero paradojalmente ese mismo Spengler cae vencido por Nuestro Señor Jesucristo e inesperadamente le ha dedicado unos párrafos admirables que voy a transcribir, entre otras cosas porque ha advertido que Jesucristo es la única figura humana que llegó a ser símbolo y centro de la creación entera, motivo ciertamente muy serio para que se convirtiera al cristianismo.

Spengler en el mismo tomo III, página 300, número 6, dice lo siguiente:

"El valor incomparable que eleva al cristianismo joven por encima de todas las religiones de esta fecunda primavera, es la figura de Jesús. No hay nada, en las grandes creaciones de aquellos años, que pueda ponerse a su lado. Quien, por entonces, oyera y leyera la historia de la pasión, acaecida poco antes -la última venida a Jerusalén, la última trágica cena, la hora de la desesperación en Getsemaní, la muerte en la cruz- había de considerar como harto vacuas y mezquinas todas las leyendas y sacras aventuras de Mithra, de Attis y Osiris.

"Aquí no hay filosofía ninguna. Las sentencias, que algunos de los discípulos conservaban palabra por palabra en la memoria, son las de un niño en medio de un mundo extraño, decadente, enfermo. Nada de consideraciones sociales, nada de problemas ni de sutilezas. Como una isla de paz y bienaventuranza, la vida de esos pescadores y artesanos a orillas del lago de Jenezaret flota en medio de su época, la época del gran Tiberio, lejos de toda historia universal, sin la menor sospecha de los negocios de la realidad, rodeada del fulgor que destellan las ciudades helenísticas con sus templos y teatros, con la refinada sociedad occidental, las distracciones numerosas de la plebe, las cohortes romanas y la filosofía griega. Cuando los amigos y acompañantes llegaron a edad senil y el hermano del crucificado presidía el

círculo de Jerusalén, formóse con los dichos y las narraciones que circulaban por la pequeña comunidad un cuadro de conjunto tan íntimamente conmovedor que hubo de crearse para él una forma propia de exposición, sin precedentes ni en la cultura antigua ni en la cultura arábiga: el Evangelio. El Cristianismo es la única religión de la historia universal, en la cual una vida humana del presente inmediato llegó a ser símbolo y centro de la creación entera".

Y también Señor de la historia, como que anunció el fin de los tiempos: "Entre tanto se predicará este Evangelio del reino en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones; y entonces vendrá el fin". (San Mateo 24, 14).

Hoy, después de 2.000 años, la profecía se está cumpliendo en un mundo de incrédulos; todos los Papas se dirigieron a las naciones de la tierra, pero como observa Paul Johnson, Juan Pablo II "utilizó la nueva combinación del jet y el helicóptero para convertir los viajes a través del mundo en un aspecto rutinario del pontificado... como Papa visitó entonces regiones de América del Sud, Central, África, América del Norte, áreas de Europa y Asia suboriental, Medio y Lejano Oriente..." (*Tiempos Modernos*, pág. 702).

También dijo Jesús que sucederá como en el diluvio, que la gente seguirá divirtiéndose.

CAPÍTULO DÉCIMO

COMPLEMENTO BIBLIOGRÁFICO

Lo he citado a Boas sobre todo cuando Boas observa en el evolucionismo la falta de secuencias históricas; secuencia, en el sentido en que lo emplea Boas, significa continuidad, sucesión ordenada; serie o sucesión de cosas que guarden cierta relación, según el diccionario; yo diría: cosas que guardan relación con las siguientes o mejor, que determinan las siguientes.

A continuación doy las impugnaciones concretas que Boas le hizo a las teorías evolucionistas, que las sintetiza así:

"...Las investigaciones de Tylor, Bachofen, Morgan y Spencer fijaron la atención sobre los datos antropológicos como ilustrativos del gradual desarrollo y avance de la civilización. El desarrollo de este aspecto de la antropología fue estimulado por la labor de Darwin y sus sucesores, y las ideas fundamentales pueden entenderse solamente como una aplicación de la teoría de la evolución biológica a los fenómenos mentales. El concepto de que las manifestaciones de la vida étnica representan una serie cronológica, que de comienzos simples ha progresado en una única línea hasta el complejo tipo de civilización actual ha sido el pensamiento básico de este aspecto de la ciencia antropológica".

Agrega Boas:

"...Debemos tratar de entender más claramente lo que explica la teoría de un desarrollo cultural unilineal. Significa que diferentes grupos de hombres partieron en tiempos muy remotos de una condición general de falta de cultura... evolucio-

naron en todas partes aproximadamente de la misma manera, logrando inventos similares y desarrollando costumbres y creencias parecidas. También involucra una correlación entre desarrollo industrial y social y por lo tanto una definida secuencia de invenciones así como reformas de organización y creencias".

Sentencia Boas:

"...Para que la teoría del desarrollo paralelo tuviera alguna importancia, sería preciso que entre todas las ramas de la humanidad los pasos de la invención hubieran seguido, al menos aproximadamente, el mismo orden y que no se hallaran brechas considerables. Los hechos, en la medida que se conocen hasta el presente, contradicen totalmente esta hipótesis". (Traducción al español: "The Mind of Primitive Man", pág. 175).

Frente a otro planteo, añade Boas:

"...Yo creo que este ejemplo ilustra una de las dudas principales que surgen contra la aplicación sistemática y omnímoda de una teoría de la evolución de la cultura".

Se refiere Boas a la relación cronológica entre la agricultura y la ganadería y dice:

"...No hay lazos que hagan admisible una conexión entre el desarrollo cronológico de estas dos ocupaciones... Desde el punto de vista psicológico, no hay nada que nos ayude a establecer una secuencia de tiempo para la agricultura y la ganadería".

Sigue también Boas:

"...Cuanto más distintos son los fenómenos tanto menor será su correlación, de modo que finalmente a pesar de la tendencia al desarrollo histórico en fase única de cultura, no se encuentra un esquema armonioso para la totalidad de la cultura que sea válido por doquier" (pág. 177).

En la misma página:

"...Objeciones similares pueden hacerse a la validez general de la teoría del desarrollo de la familia. Se ha sostenido que la organización de la familia comenzó con relaciones irregulares y mudables entre los sexos... Y que sólo mucho más adelante se desarrolló una forma en que el padre era el jefe de la familia... Los datos son contradictorios y no permiten concluir que vida económica y organización familiar estén íntimamente relacionados respecto a su forma anterior".

En líneas generales, dice Boas:

"...No tenemos derecho a suponer que todo pueblo que ha alcanzado un alto grado de evolución tenga que haber pasado por todas las etapas que se encuentran entre tribus de cultura primitiva... Así pues la deducción de que las instituciones maternas preceden a las paternas, se funda en generalizaciones... No hay pruebas demostrativas de que la historia de la organización familiar esté gobernada por una serie única de condiciones específicas..." (pág. 179).

Son muchos más los ejemplos que pone Boas para demostrar la falacia de un desarrollo unilineal como lo han pretendido los evolucionistas; sí me voy a permitir señalar la ligereza con que los comunistas pretenden justificar el materialismo; porque esta obra de Franz Boas ha sido traducida por los comunistas con el nombre de "Cuestiones Fundamentales de Antropología Cultural" y publicada por la imprenta "Lautaro" en 1938, con un prólogo firmado con las iniciales G.W. que corresponden a un conocido militante (Werbisky); hay algo más, porque Boas destruye la teoría del determinismo económico que es el gran invento de Marx, enfermo de cientificismo, en este caso notoriamente falso; dice Boas:

"...No hay razón para llamar a las otras partes de la cultura una superestructura sobre una base económica, pues las condiciones económicas actúan siempre sobre una cultura preexistente y dependen ellas mismas de otros aspectos de la cultura... La teoría de que las fuerzas económicas precedieron a toda otra manifestación de vida cultural y ejercieron su influencia sobre un grupo sin ninguna otra característica cultural es insostenible". (Pág. 186); y consigna también Boas que los complicados conceptos que representan términos tales como lo sobrenatural, alma, pecado, existieron mucho antes de que se desarrollaran los correspondientes conceptos claramente definidos.

Franz Boas es un etnólogo alemán (1858-1942), de una larga trayectoria de investigaciones, destacándose especialmente en los trabajos de campo; se llaman investigadores de campo; sus dos libros, "The Mind of Primitive Man" (Nueva York 1911) y "Primitive Art" (Oslo 1927), son en realidad una compilación de ensayos que había publicado en revistas profesionales. Interesa Boas por su imparcialidad, pues según se dice nunca se ha identificado con problemas científicos que sean fáciles de condensar en una fórmula concisa. El estudiante que quiera enterarse del significado de Boas, puede leer la extensa bio-

grafía que Roberto H. Lowie, profesor de la Universidad de California, publicó en su "Historia de Etnología" (hay una versión española publicada por el Fondo de Cultura Económica, 1946; la primera versión inglesa se publicó en 1937).

Boas llamó la atención por la seriedad de sus trabajos y la imparcialidad de sus juicios, pues sentó el principio de que en la investigación de los primitivos era imprescindible el conocimiento del idioma para evitar la cantidad de errores que había en las investigaciones superficiales que se habían hecho hasta entonces. Boas sabía muy bien que era muy difícil aprender el idioma de las tribus primitivas, pero buscó una serie de procedimientos que lo llevaron al conocimiento lo más perfecto posible de esos idiomas para hacer sus investigaciones; buscando por ejemplo, europeos casados con aborígenes y seleccionando intérpretes cuidadosamente.

Como se ha visto en los ejemplos ya citados, Boas, a diferencia de Darwin, no sostiene ninguna teoría sobre la evolución; se limita a analizar los argumentos que han dado los evolucionistas para acreditar su falta de valor científico; y hemos visto también que ha rechazado los argumentos que se consideraban decisivos para probar el evolucionismo; Boas ha formado escuela y numerosos investigadores que han trabajado con él son los primeros en reconocerle el valor científico de su obra; uno de ellos, el citado Roberto H. Lowie dice: **"La posición histórica de Boas es única. Fue el primer antropólogo que combinó una experiencia amplia en el trabajo de campo, con una oportunidad sin rival para entrenar investigadores".** (A continuación nombre a doce de ellos, pág. 160, obra citada).

Boas no sale en momento alguno del planteo científico; aunque no lo dice no cree en la creación ni en el Génesis, pero tiene una virtud: si algo es dudoso, lo excluye: sus afirmaciones y sus rechazos tienen un fundamento, de manera que anuló las aseveraciones aventuradas de los evolucionistas; a diferencia de Darwin que disparó un proyectil sobre el centro mismo de la cristiandad: la Creación divina, antes de encontrar los eslabones supuestamente perdidos que constituían el fundamento de su teoría; y que desde luego, sus partidarios salieron a buscar creando una falsa ciencia que llenó los museos de huesos, esqueletos, piedras, restos de cocina, etc., etc.; falsa, porque aparte de que Darwin emite sus argumentos refiriéndolos a la evolución, como si la evolución llevara necesariamente al transformismo, cosa que jamás ha sucedido; y tan es así que hoy día se habla de evolución como si evolución y transformismo fueran sinónimos; y falsa también, por-

que los caracteres supuestamente adquiridos no son hereditarios; esos cambios somáticos, en el caso de que existieran, no tienen influencia en los gérmenes de la fecundación.

A diferencia de Boas, Darwin no tiene dudas, dice cualquier cosa siempre que él crea que eso es un argumento en favor de la evolución; transcribo lo que sigue, como prueba:

"...No se puede nombrar a ninguno de nuestros animales domésticos que no tenga en algún país orejas caídas; y parece verosímil la opinión que se ha sugerido en el sentido de que la caída de las orejas se debe a la falta de uso de sus músculos, porque ahora esos animales rara vez sufren alarmas frecuentes" ("El origen de las especies", editorial Diana, pág. 28).

Es decir que los animales domesticados no tienen que estar atentos ante los posibles peligros y en consecuencia se les caen las orejas; hay más de treinta y nueve razas de perros domésticos, educados, enseñados, que tienen las orejas paradas y no hay ninguno que las tenga a medio caer, de manera que debemos suponer que al pasar del estado salvaje al estado doméstico, un día las orejas se les cayeron de golpe.

Escrito está que el padre le dijo un día: "A ti lo único que te interesa son las armas, los perros y cazar ratas; eres la vergüenza de ti mismo y de toda la familia"; el padre era un médico famoso y el hijo fue eliminado de la Universidad de Londres por su incapacidad (*Revista de Geografía Universal*, edición argentina, agosto de 1977: "La Aventura de Darwin").

Es conocido su viaje durante varios años en el Beagle; su preocupación era reunir la mayor cantidad de fauna posible; a su vuelta del viaje trajo cuarenta y siete muestras, y luego se olvidó de ellas; esto evidentemente no es ciencia. Darwin en el pecado llevó la penitencia, pues a fuerza de juntar objetos que abundan en todas partes, perdió el sentido de la inteligencia; él mismo confiesa: **"...Intenté hace poco leer a Shakespeare y lo encontré tan terriblemente aburrido que me puse malo. También he perdido acaso por completo mi predilección por la pintura y la música... la pérdida de la receptividad para estas cosas es también una pérdida de felicidad y posiblemente será perniciosa para el intelecto o más todavía para el carácter moral, dado que delimita la parte excitativa de nuestra naturaleza... si tuviera que vivir otra vez mi vida me fijaría como norma leer al menos una vez a la semana algo de poesía y de escuchar música".** (Revista citada René Anaya, supervisión científica de Andrés Reséndez).

"El Origen de las Especies" fue recibido por el positivismo científico con grandes aplausos pues venía a dar la prueba que le faltaba al materialismo; el positivismo científico ya había hecho lo suyo contra el cristianismo y la tradición bíblica.

Ni el positivismo científico ni el transformismo quedaron en pie, el primero por el indeterminismo de Heisenberg y el segundo por la contrarrevolución arqueológica cuando se investigaron los imperios arcaicos que llevan la historia más allá del año 4.000 a.C., sin que se encuentren rastros del transformismo ni se encuentren los hombres que según la teoría de Darwin debieron haber entrado en la historia.

Sin perjuicio de lo dicho, la teoría evolucionista se enseña en las universidades y hasta en los libros católicos de apologética; es también -en Francia por lo menos- la doctrina de la Iglesia: en "Initiation Biblique" publicado bajo la dirección de A. Robert et A. Tricot, profesores de Escritura Santa en el Instituto Católico de París, 1948. Lettre-Préface de S.E. le Cardinal A. Liénart, Évêque de Lille. En esta obra que dedica el capítulo XIII a la prehistoria se plantea este problema: **"¿toda posibilidad de evolución para el cuerpo del hombre es excluida por las indicaciones que nosotros venimos de recoger en la Biblia y en la enseñanza común de los padres, de los teólogos y de las autoridades eclesiásticas competentes?... Nosotros no lo pensamos así".** El capítulo citado contiene una exposición evolucionista que Darwin habría aprobado con entusiasmo.

CAPÍTULO DÉCIMO PRIMERO

ANÁLISIS DE LA BIBLIOGRAFÍA

Acerca del libro de Samuel Noah Kramer, "La Historia empieza en Sumer", que ofrece la ventaja práctica casi excepcional de que hay ejemplares en castellano en venta y que uno de ellos se encuentra en la biblioteca del Instituto de Historia del Arte, debe hacerse algún comentario y de paso dejar a salvo mi opinión acerca de la interpretación histórica que el libro contiene.

Samuel Noah Kramer es considerado una autoridad en la materia; es profesor de Asiriología y Conservador del Museo de la Universidad de Pennsylvania.

El libro fue escrito en inglés y se publicó con el nombre de "From the Tablets of Sumer"; como podrán advertir, el título ha sido objeto de una traducción libre, pero no inexacta, porque efectivamente la historia empieza en Sumer y así lo sostiene su autor; la enorme importancia que tiene el pueblo sumerio, es que cronológicamente se encuentran en él las primeras manifestaciones de una alta cultura expresada con un estilo literario de excelente calidad.

Pero lo que no es aceptable en Kramer es el violento prejuicio positivista y el cientificismo que gasta en la interpretación de las manifestaciones literarias, religiosas o filosóficas de los sumerios.

El mismo reconoce (pág. 37) sus limitaciones de especialista, su capacidad limitada al tema (pág. 38) y en verdad no se le puede desmentir, porque en materia de información general Kramer es deficiente; del mismo mal padece su admirado colega Edward Chiéra (pág. 46), en su obra "They wrote on the Clay - The Babylonian

Tablets Speak Today" (literalmente: Ellos escribieron en la arcilla - Las Tabletas de Babilonia hablan hoy), porque cree en la edad del cobre y en la del bronce.

Como buenos consejos para interpretar la espiritualidad de estos mundos de concepciones tan distintas a las de los tiempos que hoy corren, recordaré a Imbelloni -aunque no es muy probable que Imbelloni siguiera sus propios consejos- que sin embargo no son malos.

La vasta y complicada obra de Imbelloni, su tentativa harto imposible de dar una explicación científica perfecta y unitaria de la protohistoria, "El patrimonio mental de la protohistoria", en escala universal lo llevan a la fantasía, a la complicación y su obra con su léxico muy particular, por lo menos a mí, se me escapa de las manos.

Su definición del pensamiento templario con su rebuscada etimología, es la siguiente: **"formulación sumamente elaborada y de carácter cíclico de todos los conocimientos adquiridos por el hombre en el estado de cultura que precedió inmediatamente a la historia, organizada sistemáticamente en una construcción de admirable unidad y solidez".**

Pero Imbelloni ha hecho observaciones interesantes sobre los mitos comunes -el diluvio, las edades del mundo, el caos, etc., que aparecen en las narraciones cosmogónicas de los pueblos de la protohistoria, una de las cuales, la de los sumerios -comparada con la de los egipcios- vamos a estudiar nosotros.

La explicación de las "invenciones constantes" y la de las "ideas elementales" (Adolf Bastian, 1894), son notoriamente insuficientes.

Imbelloni se aparta de ellas y propone una penetración en esos mundos con un conocimiento que él llama "intimista", es decir, que nos "adentremos" en ese "mundo perdido" con la simpatía necesaria para comprenderlo íntimamente por dentro y no por fuera, despojándonos de las teorías, sistemas y conceptos propios del momento en que vivimos, etc., etc.

Los antiguos pueblos del ciclo protohistórico, dice, crearon relatos cosmogónicos que son además historiografía y filosofía de la historia, que trajeron la narración de los orígenes del universo y de los seres hasta la propia génesis de su pueblo, para luego relatar sus genealogías y sus listas de reyes.

Se rebela contra esa pretensión de introducirse en este mundo con mentalidad moderna y extraer lo creíble de lo inverosímil y dice: **"Se ha descubierto, en efecto, que los elementos increíbles de esas narraciones forman parte esencial de las mismas,**

por constituir no ya algo superpuesto y parasitario, sino la expresión normal del pueblo que las forjara".

Estoy de acuerdo con el pensamiento intimista que pregona Imbelloni, aunque no hay nada más difícil que prescindir de uno mismo para interpretar a los demás; peró tengo mis dudas de que el pensamiento templario sea realmente una interpretación intimista.

Pero estas observaciones de Imbelloni las recuerdo porque se relacionan evidentemente con las interpretaciones de Kramer y de Edward Chiéra y de todos los asirólogos y sumerólogos en general y también de Contenau, aunque a veces reacciona frente a contradicciones evidentes, una de las cuales se las voy a dar traducida.

Kramer es un evolucionista, cree al estilo de Darwin en la transformación de las especies y en los miles de años de la Prehistoria, de manera que no puede contenerse cuando se encuentra frente a la cosmogonía sumeria y comenta textualmente:

"...el sumerio considera los acontecimientos históricos como si surgieran espontáneamente, ya listos y completos, de repente, sobre el escenario del mundo, y cree, por ejemplo, que su propio país, ese país que ve sembrado de ciudades y de Estados prósperos, de aldeas y de granjas, enriquecido con todo un perfeccionado aparato de técnicas y de instituciones políticas, religiosas y económicas, fue siempre el mismo desde el origen de los tiempos, es decir, desde el momento en que los dioses hubieran proyectado y decretado que así sería. Sin duda jamás entró en la mente de los más sagaces entre los sabios de Sumer que su país en otro tiempo había sido una tierra cubierta de marismas, inhóspita y desolada, con algún que otro caserío miserable esparcido por el marjal, y que no se había transformado en lo que era más que en el transcurso de los siglos, de generación en generación, después de pagar el precio de luchas y de esfuerzos incesantes, gracias a la perseverante voluntad de los hombres y luego de haber realizado incontables pruebas y ensayos, seguidos de un verdadero cortejo de inventos y descubrimientos" (pág. 85 y vta.).

Chiéra, aunque toma el asunto con más calma, también consigna que los sumerios no solamente se olvidaron del pasado penoso sino que advirtieron que había cerca de ellos gente inferior que vivía como ellos nunca habían vivido.

"En efecto, de la etapa pastoral o nómade que había carac-

terizado su pasado, habían perdido toda reminiscencia. Hablaban con desprecio no disimulado de los pueblos que no tenían casa, no cultivaban su suelo... etc." Antes había dicho de los babilonios: "...Su civilización remontaba a tal altura, que no tenían ningún recuerdo de una época en que ellos hubieran carecido de ciudades bien edificadas y praderas florecientes" (pág. 140).

Es un tanto extraño que los sumerios y también los egipcios se olvidaran totalmente de su pasado, o mejor dicho, del pasado que según los evolucionistas tuvieron; y lo que es sorprendente es que se atribuyan otro pasado totalmente distinto a aquél, por el que indefectiblemente debieron haber pasado, de ser exactos los supuestos de la prehistoria científica.

El asunto es para hacer dudar porque, en definitiva, es una fuente histórica perfectamente inobjetable como tal, como es -por ejemplo- el prisma de Well Blundel que da los nombres de los reyes antidiluvianos y que dice que después del diluvio, la realeza descendió de los cielos.

Pero la reacción de Kramer es apasionada, no solamente rechaza la fuente histórica sino que se vuelve contra el pueblo sumerio porque carecía de información científica sobre su propio origen.

Estas son sus palabras:

"Hay que reconocer que Sumer no ha producido ningún historiador digno de este nombre. Ninguno de sus historiógrafos ha redactado una historia tal como la concebimos hoy en día, es decir, como una sucesión continua de acontecimientos cuya evolución está regida por causas profundas que, a su vez, se hallan sometidas a leyes universales" (pág. 85).

La ingenuidad de Kramer es grande, es evidente que si los sumerios estaban en la "aurora de los tiempos" como se suele decir, tenían muy poca historia que escribir. Habría sido sin duda sorprendente dar con un Spengler sumerio o con un Toynbee que descubriera el juego de "challenge and response" (desafío y respuesta) y "withdrawal and return" (flujo y reflujo y literalmente, retirada y retorno). Y sea dicho de paso, Toynbee tiene una idea pobre y equivocada de la importancia del pueblo sumerio.

Es también de buen sentido suponer, que los sumerios para complacer a los historiadores científicos destinados a aparecer unos miles de años después, no podían inventar un proceso evolutivo por el cual no habían pasado; y suponer que lo ocultaron y que de mala fe

silenciaron sus penosos esfuerzos anteriores a la historia, resulta también inaceptable.

El problema hay que situarlo en otra parte; lo que debieran preguntarse los historiadores es por qué los pueblos que venían de tiempos prehistóricos humildes y trabajosos, no los recordaron y en cambio se adjudicaron cosmogonías en las que intervenían poderes superiores, edades de oro, paraísos perdidos con la correspondiente caída de los hombres, etc.

Fuera de esto, Kramer -como muchos otros del mismo linaje positivista- incurren en notables errores científicos; Kramer habla de leyes universales para explicar la formación del mundo y el proceso histórico subsecuente; estas creencias se consideraron científicas en el siglo XIX, pero son profundamente anticientíficas hoy. Lo que antes se consideraban leyes universales, no son para las nuevas investigaciones sino esquemas que están en nuestra mente pero no en el universo; la quiebra de la física clásica con sus leyes universales infrangibles y su principio de causalidad, es hoy asunto profusamente divulgado, aunque son pocos los que lo aplican a la historia y a la filosofía.

James, profesor de Historia y Filosofía de las Religiones en la Universidad de Londres, puede contarse como una excepción, aunque muchas veces él mismo no ha escapado a ciertos prejuicios positivistas que sigue considerándolos válidos dentro del proceso histórico. *

Pero en su libro "La Función Social de la Religión", en el Capítulo VIII dedicado a La Religión y el Mundo Moderno, señala con toda claridad lo que él llama el brutal viraje del pensamiento científico.

Les doy traducidos los siguientes párrafos del libro citado:

"El evangelio del progreso se ha transformado en un pesimismo filosófico que ve el proceso histórico acabándose en términos muy lejanos dentro de una involución, y al mundo que vuelve con todas sus realizaciones físicas, biológicas y humanas a la masa inorgánica e inconsciente de donde salió el orden de los fenómenos".

"...La confianza entusiasta que caracterizaba al pensamiento científico, conoce ahora un brutal viraje. La certidumbre objetiva de la física newtoniana ha sido substituida por un universo misterioso en el cual los sistemas teóricos edificados sobre hechos científicos, que durante largo tiempo fueron aceptados y controlados, hoy solamente tienen un alcance relativo... Si de ahí pasamos a la pasmosa complejidad

de la esencia de la materia, el movimiento de las moléculas y de los átomos revela un orden de ley de un tipo abstracto que es imposible expresar concretamente de otra manera que no sea por símbolos".

Justo es reconocer, que los primitivos se valieron de símbolos en sus cosmogonías para explicar el mundo. Estaban al parecer menos equivocados que Kramer.

Dice también Kramer:

"Los pensadores sumerios, al menos los más evolucionados y reflexivos entre ellos, eran ciertamente muy capaces de pensar con lógica y coherencia cualquier problema que se les presentase, incluso aquellos que tenían relación con el origen y funcionamiento del universo. Su debilidad no radicaba en el orden mental, sino en el "técnico": carecían de los datos científicos que poseemos nosotros y que tenemos a nuestra disposición; ignoraban, además, nuestros métodos científicos, adquiridos lentamente en el transcurso de los siglos venideros; y, finalmente, no sospechaban siquiera la existencia ni la importancia fundamental de este principio de evolución que la ciencia ha sacado del estudio de las cosas y que, hoy en día, nos parece evidentísimo".

Frente a opiniones tan cortantes como éstas, que con ligeras variantes comparten los asiriólogos -o sumerólogos como se distingue hoy- se comprende por qué he considerado cuestión previa o por lo menos primordial, la de los límites de la prehistoria con la civilización sumeria puesto que la bibliografía, que hoy por hoy todavía es la de la investigación y la de los traductores de los documentos, viene cargada con apreciaciones que a mi juicio le quitan a la civilización sumeria todo lo que ella tiene de significativa para la historia humana, es decir la de presentarnos a los hombres primeros en estado de ciencia y de conocimiento y vinculados geográfica e históricamente al Génesis Bíblico que es la primera y la más antigua historia de nuestra civilización y que fue historia creída y admitida hasta bien entrado el siglo XVII en Europa.

Creo además con Huizinga, que la evolución entorpece la clara comprensión de la historia (*El Concepto de la Historia*, pág. 23 y especialmente 35).

Por eso al valerme de una bibliografía que deforma y empequeñece el asunto, necesariamente tengo que plantear la posición contraria.

Por lo demás, la evolución no es cuestión "evidentísima" como lo

afirma Kramer; sino que los propios transformistas saben que el mecanismo por el cual se produciría la transformación de las especies y dentro de ella el proceso que se ha dado en llamar hominización, se les escapa totalmente.

No hay herencia de los caracteres adquiridos, en el supuesto de que se pudieran adquirir esas variaciones extrañas a las respectivas especies; no se conoce el proceso biológico de la transformación; así siguieran encontrándose huesos, como lo observa Raymond Furon (Correspondant du Museum National D'Histoire Naturalle, Ancian professeur de Géologie a la Faculté des Sciences de Téhéran; "La Paléontologie", pág. 108), nada se ganaría: "On ne fait pas de la biologie avec des squelettes".

No pretendo reabrir una vieja polémica entre evolucionistas y no evolucionistas; posiblemente muchos de mis alumnos fueron evolucionistas; yo me limité a darles mi punto de vista.

Creo que el evolucionismo es una manera de explicarse las cosas con exclusión de lo sobrenatural, de manera que en el fondo es un problema más subjetivo que científico.

Pero conviene conocer las dos posiciones posibles, porque si Voltaire se rió mucho de las personas que creían en el Génesis bíblico, también Chesterton en "El Hombre Eterno" hizo humorismo de muy buena ley a costa de los evolucionistas.

Para rebajar un poco el entusiasmo del señor Kramer, no está mal que les recuerde que Paul Lemoine en *L'Encyclopedie Francaise*, en 1936 escribió lo que sigue sobre la evolución:

"En el fondo y pese a las apariencias nadie cree y cuando se dice, se dice sin darle importancia, que evolución pueda significar encadenamiento; o más evolucionado o menos evolucionado en el sentido de más perfeccionado o menos perfeccionado y tal cosa es en realidad un lenguaje convencional, admitido y casi obligatorio en el mundo científico. La evolución es una especie de dogma, en el cual los sacerdotes no creen más pero que lo mantienen en vigencia para el pueblo. Esto hay que tener el coraje de decirlo, para que los hombres de la generación futura orienten sus investigaciones de otra manera".

Para demostrar las contradicciones en que incurren los evolucionistas empedernidos, voy a señalar un párrafo en la obra citada de Edward Chiéra, en el que sostiene que puede considerarse histórico el texto de la Biblia que dice lo siguiente:

"...Mas partiéndose de Oriente, hallaron una vega en tierra del Sennaar, donde hicieron asiento y se dijeron unos a otros: Venid, hagamos ladrillos y cozámolos al fuego. Y se sirvieron de ladrillos en lugar de piedras, y de betún en vez de argamasa; y dijeron: vamos a edificar una ciudad..." (Génesis 11, 1-4).

Chiéra trae una fotografía de los ladrillos que se han encontrado en las excavaciones en Ur de los Caldeos.

Este párrafo de Chiéra lo he citado mucho en mis clases porque acredita además la verdad sobre el Diluvio, pues es evidente que se refiere a los hijos de Noé que, cuando el Arca bajó en el monte Ararat se dirigieron hacia Oriente y llegaron a la planicie del Sennaar.

La cita de Chiéra demostraría también que los sumerios son los hijos de Noé, lo que explica la alta cultura que tenían.

A veces los evolucionistas se encargan demostrar ellos mismos que están equivocados; es el caso del Dr. Gustavo Contenau en su libro "La Magie" (Payot 1947, pág. 45), que nos sorprende -y digo nos sorprende porque sigue siendo evolucionista- diciendo lo que sigue:

"¿Qué seguridad nos ofrece, desde el punto de vista de la civilización, colectividades como ciertas tribus de indios, papús o melanesios? ¿Son verdaderamente primitivos que todavía viven en estado de cultura por el cual pasaron nuestros antepasados; y que alcanzarán en lo futuro el nivel que nosotros hemos logrado o no son otra cosa que retardatarios, atrasados, regresivos, cuyo testimonio en consecuencia tiene poco valor?".

Eso naturalmente lo dice Contenau porque se encuentra con los verdaderos primitivos en estado de ciencia y de conocimiento en el Cercano Oriente; precisamente las excavaciones en el Cercano Oriente, como tardíamente lo descubrió Contenau, demuestran que los sumerios que son los primitivos que aparecieron después del diluvio, no son bárbaros ni han pasado por los tres períodos que inventó Morgan: salvajismo, barbarie y civilización; es decir, que el hombre fue creado en estado de ciencia y de conocimiento, por eso inició la cultura sin mayores inconvenientes; y sin necesidad de caer en esa solemne estupidez que le atribuye a los analfabetos el invento del alfabeto que es una de las hipótesis que se le escapó a Darwin, entre muchas otras.

Los primeros hombres hablaron con Dios Padre, lo cual es no ya sobrenatural sino fantástico para nuestro tiempo, pero el Génesis así lo dice y varias veces; de ahí que esto sea una consecuencia

legítima de que los sumerios como todos los pueblos encontrados ahora en el Cercano Oriente y que son realmente los primitivos, sean profundamente religiosos; lo dice Edward Chiéra en el libro citado:

"En la vida de todos los pueblos de la antigüedad la religión constantemente ha jugado un rol considerable. Ella penetró la existencia de todos los días a un grado tal que difícilmente nos podemos hacer hoy día una idea exacta. No solamente los reyes reinaban en virtud del derecho divino sino que aún los consideraban como los verdaderos representantes de la divinidad y gobernaban sus reinos como vicarios de los grandes dioses. En consecuencia el personaje ubicado en la cabeza del estado era al mismo tiempo rey y sacerdote... el templo era como la Iglesia Católica del Medioevo, el hogar de la ciencia, especialmente de sus ramas expresamente entrelazadas con la religión." (Obra citada, edición francesa, pág. 89; la traducción es mía).

Esta idea de que Dios habló con los hombres explicaría las investigaciones del Padre Guillermo Schmidt; efectivamente este sacerdote que formó una famosa escuela en Viena sobre los idiomas de los primitivos -que eran para él los más cercanos a las bestias- encontró en esos idiomas rastros de creencias en un gran Dios eterno, creador del cielo y de la tierra y que estaba en el cielo.

Como se ve, estos preciosos antecedentes no han podido impedir que Cramer hable de la ley de causalidad y de las supuestas leyes universales desconocidas por los sumerios; que Imbelloni hable de la protohistoria y Chiéra de las edades del cobre y del bronce.

INDICE

Impreso en Edicionesdel Oeste
Luis María Campos 1592, Morón
696-2094. Buenos Aires, República Argentina
23 Noviembre de 1997
Fiesta de Cristo Rey

p.5 artíc.

p. 30 explicación mecanicista de la hist (S XVII)

Con Manuel Gálvez, Juan Pablo Oliver, Ernesto Palacio, Federico Ibarguren y Carlos Ibarguren (h), los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, Rodolfo de Laferrere y Vicente Sierra, intervino en la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel Rosas, en cuyas revistas publicó los siguientes artículos: " El Nacionalismo exótico de Ricardo Rojas"; " Respuesta al ataque comunista al Instituto"; "Las falsedades históricas del General Justo" y con las iniciales C. S. S. , un comentario al acuerdo masónico a que había llegado Mitre con Urquiza y otros designados grado 33.

Con trabajos históricos en la Revista del Instituto, sin su firma, se publicó un artículo sobre la batalla de Pago Largo y otro sobre Marcos Avellaneda, el supuesto mártir de Metán, que fue firmado por todos los miembros del Instituto.

En la Revista "Nueva Política" publicó una brevísima historia del Partido Radical, en dos artículos titulados: " Radicalismo del llano y Radicalismo de la cumbre" y "El Falso Caudillo"; y otro artículo: "Patriotas y Masones".

Ganó a concurso la cátedra de Historia de la Universidad Nacional de La Plata, que ejerció hasta la revolución de 1955 que - como es sabido - dejó cesantes a todos los profesores católicos de las universidades. En el desempeño de esa cátedra estudió el Mundo Antiguo y de acuerdo a las investigaciones en el Cercano Oriente, demostró la historicidad del Pentateuco.

Muchos años después un alumno que asisitió a sus clases, hoy abogado, el Dr. Enrique Díaz Araujo, publicó una síntesis de sus clases con el nombre de "Historia y Biblia": Evolucionismo y Cristianismo: La arqueología del Antiguo Cercano Oriente", que editó la Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, publicación que se agotó en poco tiempo (agosto de 1980).

En la revista "Humanidades" de la Facultad del mismo nombre de la Universidad Nacional de La Plata, publicó un artículo intitulado: "Mitología e Historia", que el Consejo Directivo de la misma facultad dispuso se publicara en una separata (1955); y en " Trabajo y Comunicaciones" de la misma facultad, publicó un artículo titulado: " Ciencia e Historia Antigua ".

En el Instituto de Investigaciones Histórica Juan Manuel de Rosas, integró la Comisión Directiva desde su fundación hasta 1966, fecha en que se radicó en San Luis, donde fue designado Ministro del Superior Tribunal de Justicia bajo el gobierno del ingeniero Garzo, siendo ministro de Gobierno el Dr. José Samper.

En 1982 la librería "Huemul" editó su libro intitulado "San Martín en su conflicto con los liberales", edición ésta que está agotada.